

ALEAGUARA


Letizia Pezzali

Lealtad



Narrativa Internacional Traducción de Carlos Gumpert

ALFAGUARA



Letizia Pezzali
Lealtad

Narrativa Internacional Traducción de Carlos Gumpert



Letizia Pezzali

Lealtad

Traducción del italiano de Carlos Gumpert

ALFAGUARA


SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks
@Alfaguara



@Alfaguara_es



@editorial_alfaguara

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Te deseo todo el bien posible, y espero que seas feliz, admitiendo que la felicidad exista. Yo no creo que exista, pero los demás lo creen, y quién sabe si no serán los demás los que tengan razón.

NATALIA GINZBURG, *Querido Miguel*[\[1\]](#)

1. La educación de los animales

El deseo no se aprende. Cada uno saca a relucir el que tiene. No todo a la vez, no con un ritmo regular. El deseo sale de nosotros al azar, a trompicones, incluso en ocasiones poco espectaculares. Basta una nimiedad. A partir de ese momento sabemos la verdad: hay ciertas cosas que queremos y otras que no.

De pequeña, tal vez a causa de un anuncio o de un vídeo musical, pensaba que para los seres humanos la cima de la felicidad era correr por la playa cogida de la mano de alguien, o por un prado bajo un cielo azul, con un vestido blanco que, en la perfección de la escena, ni siquiera se ensuciaba. No es que me parecieran imágenes feas, pero me costaba entender que pudieran resultar interesantes. Hoy sé que las personas cultivan la ambigüedad: los titubeos, las pequeñas violencias forman parte de la diversión, al igual que los empujones que damos, la fuerza, la volubilidad; la imperfección, la mancha; el dolor que a veces amplifica el placer. Soñamos con un mecanismo que nos desarme, un mecanismo humano: un cuerpo, una mente. Una persona que nos observe y al mismo tiempo se deje observar. Una relación.

Meses atrás, Seamus me dijo:

—A ti por lo menos te quedan los hombres.

Así lo dijo, dejando el vaso de cartón con el capuchino, la palabra «hombres» suspendida en el aire. Eran las diez, o tal vez las once de la mañana. El bar estaba vacío. No recuerdo qué tiempo hacía, el verano acababa de empezar, el cielo era inestable, un cielo que no podía memorizarse. Sé que tenía frío, no llevaba medias; sentía la piel de gallina en las piernas.

Veníamos de noches muy diferentes, yo había pasado la mía en el pequeño apartamento donde vivía, durmiendo mucho, él en cambio había estado en vela sin interrupción: horas enteras con los ojos abiertos de par en par frente al televisor, en el salón de su casa silenciosa, con el rostro iluminado por la luz inquieta de la pantalla. Expuesto a las noticias. Eso podría explicar nuestras actitudes, por un lado mi calma sonriente, imperturbable en apariencia, por el otro su frase fuera de lugar, casi una confesión de la cual avergonzarse más tarde. Había hablado como en esos mensajes que enviamos de noche, tecleándolos en la oscuridad, para arrepentirnos al día siguiente.

Seamus era mi jefe desde hacía años. El Jefe Maravilloso, lo llamábamos. En realidad, estaba lleno de defectos, pero el modo en que protegía a sus subordinados era suficiente para despertar reacciones de afecto, aunque fueran un poco artificiales.

Con él mantenía una relación formal y franca al mismo tiempo. No solíamos andarnos con demasiados rodeos. Sin embargo, no creo que hasta entonces el término «hombres», entendido como resumen de una vida sexual, hubiera aparecido en nuestras conversaciones, que nunca iban más allá de los asuntos profesionales. Pero aquel día todo fue diferente. El mundo mostraba un nuevo colorido, exasperado e incierto. Una tragedia político-económica, según algunos, la gran liberación según otros.

Sobre este último punto podíamos llegar a discutir bastante. Muchos, de hecho, lo estaban haciendo justo en ese momento, gente próxima y lejana, gente arrollada por los acontecimientos y llena de energía que despilfarrar, gente que no tenía nada que ver con el asunto pero que creía haberse formado una idea precisa, gente cansada que buscaba un lugar en el mundo, alineándose donde fuera. Personas como los demás, en definitiva. Sentada en aquel bar, con el pelo arreglado, el traje de chaqueta azul, los zapatos de tacón, las piernas desnudas y la blusa celeste, mientras estaba allí, al mismo tiempo estaba también en otra parte, es decir, existía dentro de posibles cadenas de mensajes, estados y comentarios en páginas de información. Me hubiera bastado con encender el móvil e intervenir para verme repentinamente ocupada discutiendo con el resto del mundo de una manera frenética, hasta la consumación de los siglos.

—¿En qué sentido dices que me quedan los hombres?

La pregunta me salió en voz baja, a causa de cierta timidez, y la cosa me molestó. Traté de corregir el tono.

—¿Qué clase de comentario es ese?

Seamus dio un par de sorbos a su capuchino.

—No me lo esperaba —dijo—. Esta noche, mirando los resultados, me eché a reír. Sabíamos que podía ocurrir, pero nadie lo pensaba en serio.

De repente parecía vulnerable, sincero, pero lo que noté fue la facilidad con que había evitado responderme.

¿Por qué a mí al menos me quedaban los hombres? ¿Qué significaba eso? Y, sobre todo, ¿qué tenía que ver con lo que pasaba? A lo mejor quería decir que, más allá de la desestabilización internacional, siempre quedaba la posibilidad de refugiarse en el sexo, sublimando la indignación. Pero, en tal caso, ¿es que a él no le quedaban las mujeres?

Me había telefonado cuando yo aún estaba en la cama. No había oído el despertador, era tarde, al ver su nombre en el teléfono pensé que se me había olvidado una cita, por más que estuviera segura de no tener nada importante. Llevaba una semana quedándome todos los días en la oficina hasta las dos o las tres de la madrugada. Esa mañana, sabiendo que podía permitírmelo, había decidido llegar más tarde. Luego, la llamada de Seamus.

—Giulia, cojones. ¿Lo has visto?

Abrí la página de Bloomberg sobre la marcha.

—¿Cuándo vienes? —continuó—. Necesito ver una cara que no me disguste. Si no, voy a acabar pegando a alguien.

Y ahí estaba yo, por consiguiente, sentada frente a él en un triste bar. He aquí la frase acerca de los hombres. Pero esas palabras iniciales ya habían sido reabsorbidas, Seamus las había hecho desaparecer.

—Tendremos que estudiar la situación —dije—, las opiniones de los analistas nos llegarán en seguida.

—Por favor, no me vengas con trivialidades, no te he llamado para eso. Quiero escuchar algo inteligente, así podré pasarme el resto del día repitiéndoselo a todos.

—Pero es que tengo que pensarlo, no tengo ni idea. He subestimado la situación.

—Michele me dijo una vez que eras una mujer muy despierta.

Me quité un zapato por debajo de la mesa. Me quité el otro también.

—¿Michele?

—Sí, Michele. Venga, vamos. Él.

No tenía ni idea de que Michele le hubiera hablado de mí. Estaba convencida de que nadie

sabía nada acerca de Michele y de mí. Me puse los zapatos.

—Me alegra que te haya dicho que soy una mujer despierta. Dale las gracias de mi parte.

—También me dijo otras cosas. No cosas malas, solo un poco extrañas. Cosas que hicisteis. Desde luego, es una persona de gran valor. Una lástima que se fuera.

—No se fue. Os despellejasteis vivos y ganaste tú. Es diferente.

No sé por qué se me escapó esa frase: después de todo, ni siquiera estaba segura de que fuera verdad, aunque llevaba dentro esa imagen de lucha entre ellos dos. Preferí no pensar en las cosas que Michele le habría contado sobre mí.

Seamus se sacó el bolígrafo del bolsillo y dibujó algunas caras estilizadas en la servilleta de papel.

—No tengo ganas de subir —dijo—. Hablemos cinco minutos de cosas que nos relajen. Me gusta mucho esa chica famosa, esa estrella de Instagram.

—¿Cuál?

—Veinteañera, morena, tetona. Con un apellido extraño. Se hace selfis con pantaloncitos cortísimos. A menudo enseña el trasero.

—Esos pantaloncitos están de moda este año. Los usan muchas chicas famosas.

Ahora sonábamos forzados, estábamos volviendo a la normalidad. Nos pusimos a mirar el teléfono. Permanecimos así unos minutos, en silencio. Yo leía los periódicos en línea, tratando de interesarme por la complejidad del momento histórico, pero en mi fuero interno lo único que quería era soltarle un buen discurso a Seamus. Un discurso sobre la realidad del deseo. Las medidas, la ropa, las actitudes, los pantaloncitos, nada de eso se acerca a la realidad del deseo. La realidad del deseo no se puede fotografiar. Y aunque fuéramos capaces de fotografiarla, sería completamente imposible de publicar.

Por la tarde volví a casa temprano, alrededor de las ocho. En las noticias solo hablaban del tema del día; alguien estaba dando un discurso en el que la palabra «democracia» aparecía más de una vez, pronunciada con arrebato y un pelín de tenebrosidad. Bajé el volumen y entré en el dormitorio. Me desvestí y me probé algunos pantalones cortos que tenía en el fondo del armario. Todavía me sentaban bien, aunque al mirarme en el espejo pensé que treinta y dos años ya no era edad de pantalones cortos; llevarlos requiere un cierto esfuerzo, un compromiso, una voluntad de desafío; la naturalidad ha desaparecido, en su lugar hay un nuevo odio por las rodillas en exhibición.

Saqué más ropa de verano que tenía guardada aparte para las vacaciones en la playa. Comprendí que podía tirarla sin arrepentirme. En cambio, volví a colocarla en su lugar, con cuidado.

En el armario había también una caja de cartón, y la puse sobre la cama. Contenía muchas hojas escritas a mano y un sobre amarillo. Aparté el sobre y empecé a leer las páginas. Sabía de lo que hablaban, pero la caligrafía me dejaba sorprendida cada vez que la veía, era la mía y la sentía como algo ajeno.

Dos meses después de que acabara mi historia con Michele, tenía veintidós años, había garabateado una especie de reflexiones. Algo que no iba en serio, un juego casi. En aquella época estaba estudiando Economía en Milán y tenía mucho que hacer, pero encontraba tiempo para vivir

y para darles vueltas a las cosas. No me gustaba fantasear ni quería hacerme daño a propósito, de modo que lo que escribí asumió, a la fuerza, un tono torpe y científico. El tono de la juventud. Y, sin embargo, me interesaban las emociones: el hecho de que algunas personas destinaran mucho tiempo a preocuparse por cosas más bien pequeñas y dolorosas, consumiéndose poco a poco; el hecho de que entre esas personas me contara yo también.

Había leído en un libro que la existencia entera se sustenta en dos pilares: amar y envejecer. Era una buena síntesis, clara, simple, aunque no incluyera, al menos no de manera explícita, la realización de lo que aún hoy se llama el sueño burgués: casa grande, dinero suficiente, un hijo guapo. El sueño burgués en el sentido de aquello que da respuestas plausibles.

Mi escrito se titulaba *Quiero aprender de los animales*. En aquella época acostumbraba a reflexionar sobre temas de lo más dispar, que tenían pese a todo un elemento en común: me recordaban a Michele. La educación de los animales era uno de esos temas.

Comenzaba diciendo que dejarse educar no debe de ser muy agradable para un animal. Es un mal trago, aunque en ciertos casos se obtengan buenos resultados: los animales aprenden algunas reglas, empiezan a comportarse como las personas desean, a veces llegan a ejecutar órdenes complejas que los humanizan. Entonces decimos que los animales están amaestrados: amaestrados es más incluso que educados.

Pero el amaestramiento no tiene lugar solo entre especies diferentes, atañe también a los seres humanos. Hay personas que nada más conocerse saben de inmediato lo que quieren la una de la otra. Sin embargo, esto ocurre muy raras veces, no solo en el ámbito de los afectos sino también en los negocios. A menudo las personas están desfasadas, no buscan las mismas cosas. No entienden lo que el otro está diciendo, por lo que deben encontrar el modo de amaestrarse recíprocamente. En ese caso el amaestramiento toma la forma, en apariencia desapegada, de una negociación.

Hallarse inmerso en una relación es como ser al mismo tiempo prisionero y guardián. En calidad de prisioneros, tenemos dos posibilidades. La primera es volvernos locos, gritar, intentar escapar y condenarnos a acabar mal. La segunda es tratar de entender qué se nos está pidiendo, qué se pretende de nosotros, siempre que se pretenda algo. Tal vez haya alguna manera de complacer a los guardianes, por ejemplo adaptándonos a su lenguaje. Imaginemos una situación amorosa en la que una persona quiera decirle a otra «Te amo», pero la otra persona no quiera oír esas palabras. Existen individuos así: no quieren que se digan ciertas frases, se sienten incómodos, se ponen nerviosos. El animal bien entrenado comprenderá inmediatamente cómo debe comportarse y aprenderá a quedarse callado.

Sin embargo, como se ha dicho, en una relación también somos guardianes. Si como prisioneros debemos adaptarnos para no decir «Te amo», como guardianes podemos repetirlo tantas veces como queramos, podemos importunar al otro con insistencia, encerrarlo en la jaula de nuestra miseria y cantarle serenatas desde fuera. O bien podemos optar por no volver a decir nada bonito, interrumpiéndonos de repente y sin explicaciones. El otro nos pide: «Por favor, no me grites que me quieres a cada minuto». Respondemos: «Ah, ¿sí? Pues de ahora en adelante no volveré a decirte una sola palabra». O todo o nada. Porque sí, porque nos apetece. Porque creemos tener acceso a las motivaciones superiores por las que las cosas se hacen de determinada manera.

El texto que escribí terminaba así:

En las relaciones con los demás, somos a la vez encarcelados y carceleros. En consecuencia, se crea confusión, resulta difícil aclarar algo. Resulta difícil cambiar de papel mientras nos

acordamos, al mismo tiempo, de que la idea inicial era la de entrar en contacto, la de acercarnos a un ser humano para entender quién es. Una idea demasiado noble y por lo tanto irrealizable, de hecho no tardamos en olvidarla: estamos demasiado ocupados desenmarañándonos entre el personaje del guardia y el del prisionero, poseídos por el esfuerzo de entender lo que hacemos y decimos en cada momento, y luego hay que elegir qué hacer y decir en el momento siguiente, y cómo, y así una y otra vez. Hay mucho trabajo de planificación, en definitiva.

El resultado final de las relaciones humanas es la fatiga.

Dejé las páginas escritas y abrí el sobre amarillo con cierta sensación de ritualidad. Ví las fotos, muchas. Las conocía bien. Fotos que me retrataban desnuda. De espaldas, de pie, acostada, dispuesta, preparada para el espectáculo. Sonriendo a menudo. Y con una mirada incitante, la clase de mirada que apenas puedes creer que hayas podido poner alguna vez. Por desgracia, el sobre tenía una esquina doblada y las fotos también. Podría colocarlas debajo de un objeto pesado para aplanarlas, pero tal vez ya no hubiera nada que hacer. Miré a mi alrededor y vi que todo, de repente, parecía demasiado ligero, inútil para ese propósito. Pensé que no tenía prisa, al fin y al cabo había estado tranquila durante mucho tiempo.

En el silencio volví a escuchar la televisión, apenas audible: habían dejado de hablar de democracia, ahora estaban afrontando el problema de los tipos de cambio. Me quedé quieta unos instantes. Nunca he llegado a saber si mis instantes de inmovilidad nacen de la calma o del miedo, de la resignación o del dolor.

2. Canary Wharf

En las películas sobre el mundo de las finanzas, las personas corren, están inquietas, mueven sus dedos sobre los teclados, observan números volubles, hablan a gran velocidad usando un código oscuro que comunica sin embargo un mensaje elemental, de una simplicidad publicitaria: «Sé lo que quiero».

Viéndolas de verdad, las cosas siempre me han parecido algo diferentes. Más viscosas, más entrecortadas, menos relucientes. Como si el aire dentro de las oficinas fuera demasiado denso y la viveza de los gestos se viera afectada, degenerando en fricción, en complicaciones, en la opacidad de las consecuencias.

Desde hace algunos años, en mi vida está Canary Wharf, el centro financiero erigido a orillas del Támesis. No es un lugar imparcial, fue creado para transmitir poder y contención: los rascacielos que perforan las nubes de la forma más precisa posible, el agua canalizada que acaricia los edificios con amabilidad y sentido del deber, la multitud bien vestida que lo pisotea todo evitando dejar rastros. Un modelo viviente, una fantasía de bienes raíces, un deseo urbanístico realizado sin excesiva efusión de realidad, sin contaminarse con lo que está a su alrededor. Quien llega allí cada mañana debería dejar las emociones superfluas fuera del perímetro, recorriendo un itinerario de purificación con la esperanza de que las cosas funcionen de verdad. Pero no es tan sencillo. Cada edificio, cada apariencia humana esconde una ansiedad temblorosa: la posibilidad de la destrucción.

Cuando se ocupan de este lugar, los periódicos casi siempre comienzan con una referencia a sus orígenes («construido a partir de finales de los años ochenta, tras la recalificación de una vieja zona portuaria, el distrito debe su nombre a las islas Canarias, el destino de los antiguos intercambios comerciales»), para desviar luego el discurso hacia consideraciones sociológicas: cien mil personas trabajan allí y casi ninguna nacida en los alrededores; la riqueza especulativa de quienes operan en los mercados contrasta con la pobreza de los suburbios circundantes; los grandes edificios, los metros cuadrados como metáfora elemental de Londres, de su agresividad.

Continuamente ocurren cosas en las pantallas de los ordenadores de Canary Wharf: una fusión entre dos compañías que pone patas arriba la vida de diez mil personas en tierras lejanas, una apuesta en el mercado de divisas que cambia el poder adquisitivo de naciones enteras. Sin embargo, los acontecimientos que realmente quedan en el imaginario común son los que desplazan por un momento la atención hacia el mundo exterior. Hay un puente peatonal que gira sobre su propio eje para dejar paso a las barcas: quien lo haya visto puede contarlo. Una vez un barco de la Royal Navy, un gigantesco portahelicópteros de guerra, se detuvo en el puerto y de repente los edificios parecían diminutos. Por la noche puedes toparte con algún zorro; quien sale tarde de la oficina y se cruza con uno se hace a un lado para dejarlo pasar. Durante el día hay lugares especiales: un jardín en los tejados donde se imparten clases de yoga, un local que ha puesto un fútbolín.

El edificio que alberga mi oficina tiene un aspecto clásico, metálico y cristalino, y tiene algo de verde, aunque no sea abiertamente de ese color. Refleja la luz en treinta y tres plantas. Por encima de todo, tiene una historia notable en su amargura. Al principio estaba destinado a Enron, pero Enron quebró en 2001 como consecuencia de varios escándalos contables. Se convirtió entonces en la sede central europea de Lehman Brothers, que desapareció durante la crisis financiera de 2008. Nuestro banco, en 2010, indiferente a toda consideración supersticiosa, compró el inmueble por 495 millones de libras. En 2012 nos mudamos. En 2014 uno de los empleados se suicidó saltando desde el último piso. Los responsables de comunicación, en aquellas circunstancias, expresaron su «profundo pesar».

En la planta vigesimoprimera se halla mi escritorio. Perdido, idéntico a los demás. Paredes divisorias en tres lados, no muy altas, apenas acolchadas. No es un cubículo de verdad, pero puedes fijar cosas con chinchetas. Por ejemplo, a mi derecha tengo una hoja impresa que reza: «¡Lo sentimos! El estilo de vida que han encargado se halla actualmente fuera de producción». Es una frase de Banksy que apareció en un muro en 2011.

De vez en cuando alguien pasa por allí, se detiene para hablar conmigo y lee la frase. Hay reacciones de todo tipo: algunos me preguntan si me gusta Banksy, lo que opino de él; otros permanecen en silencio y me miran como si de repente ya no se pudiera confiar en mí; los hay que se sienten obligados a soltar una ocurrencia. Entre estos últimos está Fred, uno de mis escasos colegas ingleses. Cuando leyó la frase, dijo:

—Giulia, ¡no serás comunista!

Luego se lanzó a un razonamiento ordenado, compuesto de varios bloques.

—El estilo de vida, pues. El nuestro es fácil de describir. Ganamos dinero para hacer y tener cosas agradables, cosas que en teoría llenan los espacios vacíos de la existencia. Pero para ganar dinero debemos trabajar mucho, de modo que el tiempo de que disponemos se reduce, se vuelve fragmentario y difícil de manejar. Corre el riesgo de quedarse vacío debido a las excesivas complicaciones. Este aspecto es molesto, pero optamos por no quejarnos y ya está. Algunos ni siquiera parecen percibir la molestia: son personas afortunadas, han nacido para esto, no en el sentido de que hayan vislumbrado el significado superior por el que estamos aquí, porque todos sabemos que eso no existe, sino en el sentido de que se revuelcan el banco como cerdos en el fango. Dicho sea sin intención despreciativa, que quede claro. Los cerdos son animales muy inteligentes. Por último, claro, están los comunistas. Gente muy divertida. Gente casi inexistente. Gente como tú.

Sonrió y se fue. Recuerdo haberme preguntado si él sería de esos que resisten mucho tiempo. Trabaja con una *managing director* a la que le gusta rodearse de personas brillantes y obedientes, impecables a la hora de hacer cálculos. Pero para salir adelante no es suficiente. Ya hay quien empieza a decir que Fred tiene una voz demasiado modesta, que no llena la sala, que carece de talento político.

Yo misma desconozco cuánto resistiré. Nadie puede decirlo con certeza. Sé que atravieso fases de tibio entusiasmo profesional a las que siguen momentos de oscuridad, de aversión por mis jornadas de trabajo; nada muy original, es una actitud generalizada, basta con mirar a los demás con atención para comprenderlo: los cajones llenos de pastillas para el dolor de cabeza y el dolor de estómago, los juguetes antiestrés esparcidos por los escritorios, las fotos de las vacaciones como salvapantallas, el paso rápido pero poco deportivo de quienes se acercan a la impresora, los rostros jóvenes deshidratados por la permanencia en un ambiente artificial.

Por la mañana salgo del metro escuchando viejas canciones. Subo las escaleras mecánicas,

emerjo desde las profundidades a la luz y he ahí el edificio, listo para acogerme sin darme tiempo a concentrarme o, peor aún, a interiorizarlo. Sopeso la posibilidad de darme la vuelta e irme a casa a dormir. No lo hago. Tal vez estar aquí me da una sensación de consuelo. Tengo un lugar en el mundo: la entrada del banco, que cruzan hombres y mujeres moviéndose en orden dentro y fuera de los ascensores, tranquiliza de inmediato, con su apariencia de dispositivo que facilita muchas respuestas. Además, me pagan. Pienso: «Mientras dure». Por un momento pienso también en otra clase de tranquilidad, en Michele, que un día me dijo: «Me gusta consolarte». Revivo la soledad que, tiempo después de esa frase, me tocó vivir.

Sucede a veces que ciertas vidas, a su manera próximas aunque diferentes a la mía, las vidas de quienes he conocido durante mi infancia, me llegan a través de las redes sociales: algunos se han quedado en su lugar de nacimiento, otros han viajado por todas partes sin ser capaces de detenerse en ningún sitio; hay quien ha tenido niños y por lo tanto ha decorado una habitación con colores pastel, y quien ha intentado e intenta prolongar su propia adolescencia, o para ser más precisos su propia indeterminación. No falta quien no ha podido elegir. Todos han tenido que ajustar cuentas con ese sentido de la proporción que la edad adulta nos impone adquirir.

Alguno, cuando pasa por Londres, me escribe: «¿Nos vemos?, me acerco a tu oficina en la pausa del almuerzo». Y nos vemos, caminamos un rato, yo les enseño los edificios, el entorno. Nos sentamos a comer en algún local y hablamos un poco tal como se habla en estas situaciones, con escasa naturalidad y mucha cautela. Mi historia —la historia externa, la biografía simple— me parece cansina, no me sale contarla. Y sé que quien está sentado enfrente está haciendo el mismo esfuerzo. Al final, despedirnos es un alivio.

Una vez, una compañera mía del instituto, que en tiempos era una rubita delgada, tímida, buena en gimnasia y en italiano, y hoy es una mujer elegante y sensual, madre de un niño de tres años, vino a ver una exposición con unas amigas y me escribió para que nos encontráramos.

Nos abrazamos y nos besamos. Habló mucho de su hijo. No dijo una sola palabra sobre su trabajo y yo no le pregunté nada. En cambio, habló sobre el trabajo de su marido, y luego me recomendó novelas que tenía que leer, películas que debía ver, explicándome por qué le gustaban. En determinado momento me dijo:

—¿Y tú no quieres tener hijos?

Su tono partícipe, su mirada fija en mí, algún detalle imperdonable de mi persona reflejado en la pared de espejos del restaurante..., todo ello me confundió. Contesté como una niña:

—Pues... no sé. En todo caso, todavía tengo tiempo.

Ella asintió.

—¿Sales con alguien? —me preguntó—. Porque hay que correr riesgos, no tener miedo. Si uno tiene la suficiente resistencia para trabajar muchas horas entre tanto número, lo que sea que quieras...

No completó la frase. En cambio, dijo:

—Cuando te ponen al niño encima, al niño recién nacido, es tan hermoso.

Sonreí, quería darle a entender que estaba muy contenta de escucharla, que no excluía nada ni a nadie, que me interesaban las opiniones de los demás; de haber tenido una libreta habría tomado apuntes.

Poco después nos separamos, y durante unas horas tuve la sensación de haber sufrido algo.

Esa tarde ordené el escritorio del ordenador. ¿Qué era lo que estaba equivocado en su vida, en la mía? No habíamos hablado de sangre o de dolor, no abiertamente. Y, sin embargo, mi cabeza se llenó de repente de insultos.

Incluso antes de acabar la carrera, ya había elegido las finanzas y Londres. En aquella época lo que me interesaba por encima de todo era el dinero; tal vez no sea muy elegante decirlo, pero no tengo muchas otras explicaciones. Todo el mundo entiende el deseo de tener dinero, un deseo que es siempre igual, más allá de quienes lo experimenten y más allá de sus justificaciones concretas. De la misma manera, el dinero es siempre el mismo, no está influenciado por el lugar del que proviene o por cómo se usa, de hecho es reciclable en el sentido criminal, solo por poner un ejemplo.

Cuando era una niña pensaba: «Soy huérfana de padre, podría intentar al menos hacerme rica algún día». Tendemos a olvidarlo, pero de pequeños hacemos un montón de razonamientos económicos, construimos fantasías de riqueza, soñamos con interminables praderas de juguetes y habitaciones principescas donde meterlos. No solo eso, buscamos indemnizaciones, entendemos el concepto de compensación, incluso en un sentido trágico: por ejemplo, no tener padre e imaginar que nos hacemos ricos, de mayores, como compensación. Una especie de cuento de hadas.

Mi madre me crio ella sola y lo hizo sin que me faltara de nada. Tenía un buen empleo, no éramos pobres, y sin embargo no faltaba el desasosiego. Recuerdo su pelo grueso y oscuro, las manos bien arregladas, los ojos pintados con raya, el cuerpo diminuto, más delgado que el mío, y ropa minimalista; a mí no me gustaba, pero ella sabía llevarla. Todo muy estudiado, esencial, perfecto. Y detrás de este sentido de la medida, el fantasma de las preocupaciones prácticas.

Se me viene a la cabeza la velocidad del gesto con que se acariciaba los antebrazos, como para protegerse y satisfacerse, mientras miraba las carpetas de las cuentas domésticas, alineadas cuidadosamente en un estante. Aprecio sus esfuerzos y los resultados de esos esfuerzos, pero siempre supe que quería algo más. Cuando crecemos huérfanos a medias, navegamos en una inseguridad mayor. Hay un riesgo empresarial significativo. Todo nuestro mundo depende de un solo adulto. En economía se llama *key-man risk*: los peligros que se derivan de que toda la compañía repose sobre los hombros de una única persona, la persona clave. Si la persona clave muere, se acabó. Es un riesgo al que un potencial inversor concede gran importancia. Un riesgo que un niño advierte intensamente.

Lograr que te contraten en un lugar como este puede ser el resultado de una obsesión o la respuesta a algún vacío, la reacción a una carencia. Es necesario pasar un proceso de selección para entrar, adaptarse al lenguaje, a los códigos, aprenderse los trucos, anesthesiarse donde haga falta. Afrontar los ritos de tránsito. Últimamente las cosas han cambiado un poco, pero es un fenómeno de superficie, de marketing: las finanzas han empeorado su ya no muy brillante reputación y para compensarlo han asumido una apariencia menos belicosa. Las páginas web de los bancos, en la sección «Trabaja con nosotros», mostraban hasta hace unos años imágenes de rascacielos. Cristal, cemento, personas vestidas de oscuro sentadas alrededor de una mesa. Una representación fría, combativa y perfeccionista de la realidad que no daba pie a ningún malentendido: el ambiente es duro, pero te prometemos poder y éxito desde el primer día que pises la oficina. Una verdad muy parcial, porque el poder y el éxito llegan al cabo de mucho tiempo y solo para algunos. Para los demás, quedan las diversas declinaciones de la mediocridad, una mediocridad acomodada, sí, pero eso no garantiza la ausencia de frustración. Los recién licenciados lo saben, aquellos que vienen a trabajar con nosotros están programados para no dejarse engatusar, y pese a todo la imagen del centro del poder ha funcionado durante mucho tiempo. En el fondo de las ambiciones existe a menudo la convicción, que carece de validez

estadística, de ser los elegidos. O bien predomina una actitud preventiva: la voluntad de no quedarse atrás, el miedo a vernos derrotados, en el futuro, por gente con menos méritos que los que creemos tener nosotros; el intento de protegernos de volvernos envidiosos, algún día.

Hoy nuestra web se ha modernizado, y en lugar de rascacielos muestra paisajes naturales y personas que, frente a grandes ventanales, conversan en mangas de camisa y vestidos coloridos. El mensaje de agresividad, sin embargo, sigue ahí, disfrazado.

Al principio, cuando llegué, vivía en un apartamento de dos habitaciones en Islington; la sede del banco todavía estaba en la City. La vivienda daba a una plaza con un jardín, donde una noche apuñalaron a un chico. Durante meses alguien estuvo dejando flores frescas en ese punto. En la calle de al lado había una tienda de decoración repleta de mesas, sillas, camas. Todos los días, al pasar por delante, pensaba que fuera del banco hay personas con una vida, personas que compran muebles y decoran sus casas. No sabía si alguna vez yo tendría una existencia así, quizá con el paso de los años. Me preguntaba en qué trabajarían los clientes de la tienda de muebles, las personas con libertad para pasear. ¿Tendrían buenos sueldos o irían tirando a duras penas? ¿Provendrían de familias acomodadas? Si no era así, ¿cuál sería el precio de su libertad, la libertad de perder el tiempo eligiendo la tela de los sofás?

Hace tiempo que dejé de plantearme ciertas preguntas, he aprendido a vivir en esta ciudad del mismo modo que viven aquellos que comparten mi profesión, es decir, mediante la combinación de dos elementos: la entrega al exceso de trabajo y la ostentación del escaso entretenimiento. El uso del dinero allí donde falta el tiempo. Hice los esfuerzos necesarios para acostumbrarme a ciertos tipos de multitudes, de ruidos, de olores, las particulares exhalaciones de Londres a las que no hay más remedio que adaptarse, y hace falta paciencia, pero también para acostumbrarme a las incertidumbres, por un lado la materialidad de los lugares, por otro la fugacidad de las historias y los destinos con los que nos topamos.

Nunca pensé que Londres representara algo estable, para mí, para los demás. Algo que podríamos atrapar. La ciudad nos observa, nos ha observado siempre, muchas veces ha susurrado a nuestro paso: «No me conseguiréis». Y aun así no podemos negar el peso de la acumulación de los años, la sorpresa de la costumbre, nuestra mirada satisfecha al posarse en los escaparates, en los árboles y en las farolas habituales. El ser humano es inteligente, la inteligencia es la capacidad de adaptarse a situaciones diferentes. El ser humano, por lo tanto, sabe encontrar refugio; con dificultad, pero antes o después lo encuentra. Y será suyo en algunos casos para siempre, en otros por desgracia no. Porque, en cualquier momento, los lugares contruidos antes que nada por nuestra mente, contruidos por el pensamiento y por la historia, pueden transmutarse en entornos hostiles y en materia de desilusión. Un desplome, una desintegración, un acontecimiento cualquiera que se convierte en el Acontecimiento y destruye la guarida. Un duelo, en definitiva, con todas sus fases, que ha de afrontarse. Ante la duda, evaluar por anticipado la magnitud del propio fracaso puede ser de ayuda en la reelaboración.

3. Oscuridad, irracionalidad, euforia

Pasé el sábado que siguió al referéndum en compañía de los análisis que poco a poco iban apareciendo en los periódicos o proponía la televisión: los datos y su significado. Por la noche me reuní con algunos italianos en un restaurante español; a diferencia de los demás, no tenía demasiadas ganas de discutir, de profundizar. Un extraño desinterés estaba madurando dentro de mí, la sensación de no pertenencia que experimento de vez en cuando. Pensaba más bien en las palabras que Seamus me había dicho el día anterior: «A ti por lo menos te quedan los hombres». La verdad era que no había estado con ninguno desde hacía bastante tiempo.

La noche antes, después de mirar mis fotos juveniles, me pasé media hora en una web pornográfica, persiguiendo algo de vídeo en vídeo. Había sentido placer en determinado momento, un placer seguido de la sensación de poder hacerlo mejor. Se dice que de cualquier fantasía sexual existe una versión pornográfica. No sé si es verdad, tal vez sea solo una ambición comercial de los productores de vídeos.

Me duché y me puse a dibujar a un hombre y una mujer, arrodillados el uno frente al otro. Se besan, y al hacerlo expresan incomodidad y deseo. Un dibujo estilizado, poco conseguido, pero cuya idea me gustaba. Imaginé lo estupendo que sería saber dibujar cualquier pensamiento; por desgracia, carezco de talento. Me atraía la idea de una sexualidad oscura e intensa, tal vez mis fantasías no existían ni en los vídeos ni en los dibujos, por más que entreviera algunos destellos dentro de mí: el busto de una mujer, sus pechos iluminados por una lámpara, un hombre vestido que al desvestirse adquiere grados de realidad, escenas de lucha seguidas de una repentina delicadeza. Y la importancia de los espejos, las formas relucientes que desaparecen en la oscuridad, los primerísimos planos carentes de pudor, los ojos sobrecargados, algún gesto de tormento, mucha devoción. La sospecha de vivir bajo una lupa, pero sin miedo, sin vergüenza. Besarlos todo y mucho, pensando: «Esto es sexo de verdad». No advertir el ridículo de tu propio énfasis.

En el restaurante español me encontré también con Fred. No era extraño que estuviera allí, salía a menudo con los italianos. Nos dieron una mesa al aire libre debajo de una gran carpa impermeable. Una buena mesa, en teoría; en la práctica pasaban demasiados coches por la calle. Fred se sentó a mi lado. En ese italiano impregnado de acento que usaba de vez en cuando, y que le daba de inmediato un aire de inglés pálido de vacaciones, me dijo:

—La pelirroja se ha largado.

Era esa clase de persona que habla de sí misma como si tú lo supieras todo sobre ella.

—Lo siento.

—Se había venido a vivir conmigo, pero solo quería aprovecharse.

También podía ser una historia real. Nadie se creía nunca las historias de amor de Fred, pero,

en el fondo, quién sabe.

Trajeron muchos platos, alguien había pedido para la mesa entera. Los platos calientes pasaron de mano en mano; el olor a comida era, más que bueno, reconfortante. Los demás hablaban en voz alta, seríamos una docena quizá, de vista los conocía a todos o a casi todos, pero no era amiga de nadie. Un chico con un polo rojo, que trabajaba en un fondo de cobertura, estaba haciendo un análisis demográfico del referéndum: qué habían votado las personas instruidas, qué habían votado las personas con bajo nivel de instrucción, y los londinenses, y los no londinenses, y las distintas áreas geográficas. Lo que más le apasionaba era el contraste de los datos en función de la edad: los jóvenes y los viejos. Los primeros, que votan mayoritariamente por el bien; los segundos, que escogen el mal, el mal que triunfa.

Un colega mío de otra división estaba sentado frente a él. Acababa de ser padre y se preguntaba por el futuro; hablaba como alguien que debe huir de una guerra con un recién nacido colgado del cuello. Pasó un Lamborghini y algunos se dieron la vuelta.

Comí croquetas de patata. Una chica que tenía enfrente se esforzaba por explicar las que, en su opinión, podían ser las consecuencias para la ciudad. Tenía un apartamento en el centro, recién reformado. Explicó que se sentía como la víctima de un acto vandálico, como si alguien hubiera pintarrajeado las paredes de su casa. Dije:

—No exageremos.

Ella me miró con aire de curiosidad y luego enojada. Una arruga vertical cruzó su frente y desapareció, como si fuera un relámpago.

Volví a pie, los demás prosiguieron la velada.

No vivía lejos, hacía tiempo que me había mudado al suroeste; para llegar tenía que recorrer una larga avenida flanqueada por edificios victorianos. Entradas con pequeñas escaleras, columnas. Balconcillos en el primer piso, setos de boj recortados para formar figuras innaturales, laureles. Todo bien cuidado, y luego algunas excepciones: una repentina fachada en ruinas, cristales sucios. Ejemplos de declive que sobreviven en medio de la riqueza: es típico de Londres mostrar, incluso en el centro, su naturaleza frágil de ciudad polvorienta, sus propios orígenes de madera y moqueta y ventanas siempre mal cerradas, estructuras anticuadas y falsas ocultas tras las pretensiones de relumbrón de los residentes acomodados, extranjeros a menudo, animados a su vez por un amor profundo hacia la ciudad y por los sueños de gloria inmobiliaria. Pero ahora había tenido lugar el referéndum.

En casa, decidí ponerme a leer. Cuando me mudé al nuevo apartamento, hice montar una pequeña librería en la sala de estar. De vez en cuando compro algo: novelas de autores que me gustan, libros que me recomienda alguien, tendencias del momento. En una balda están los ensayos de economía. Por ejemplo, la primera edición de *The Dark Side of Valuation*, que explica las estimaciones de internet durante la burbuja financiera de 1999-2000: para una persona de mi generación, un texto de historia. O bien *Exuberancia irracional*, que habla de la euforia y la depresión, entendidas como aspectos psicológicos de la volatilidad en los mercados de capitales. Son títulos sensuales, a su manera: oscuridad, irracionalidad, euforia. También está *El cisne negro*, donde se elabora una teoría sobre el impacto de acontecimientos raros y difíciles de prever. Abajo a la derecha, apartado, casi escondido, hay un pequeño volumen en italiano con la cubierta azul. No tiene un título atractivo, sino humilde y amable: *El manual del inversor*. En el prólogo se dice: «Invertir es en cierto modo como vivir: algo que no es fácil, que no se puede

evitar y para lo que en principio no estamos preparados». Su autor es Michele.

Hace muchos años le escribí un SMS, uno entre muchos, usando esta frase. Todavía nos veíamos, pero ya no nos iba bien. El libro representaba un vínculo entre nosotros, nos habíamos conocido gracias a él. Me respondió de inmediato.

«No me cites. Por favor.»

«¿Por qué?»

«Me pone triste.»

«¿Por qué?»

Él ya no respondió. Me sentó mal. En aquella época me sucedía a menudo, mi comportamiento incluía una intensa susceptibilidad.

Cuando Michele publicó *El manual del inversor* acababa de superar los cuarenta años. Las cosas, como a muchos otros a esa edad, le ocurrían casi siempre por casualidad. Incluso el asunto del libro le había caído del cielo. Un día, un colega suyo del trabajo —no uno cualquiera sino Seamus— había recibido la propuesta de escribir un breve ensayo para una editorial milanesa que pertenecía a un cliente. Pero no le apetecía mucho, sostenía que no era capaz de hacerlo, y sobre todo, a diferencia del editor, consideraba un problema no ser italiano. Por todo ello se había dirigido a Michele.

—¿No puedes escribirlo tú? Si les digo que no, podrían ofenderse. Tú eres perfecto.

—¿Qué tengo que ver yo con eso?

—Vamos.

—¿De qué hay que hablar?

—Será un texto básico sobre inversiones.

Michele estaba perplejo.

—Pero eso no es lo nuestro, pásaselo a alguno de banca privada.

Al final acabó aceptando, algo debió de azuzar su vanidad, su antiguo sueño de convertirse en profesor (durante un breve periodo pensó en trabajar en la universidad, pero terminó rindiéndose más tarde ante las lisonjas del dinero); o tal vez fuera solo su incapacidad para decir que no.

La idea de publicar en seguida lo asustó, como si se dispusiera a dar a la imprenta sus recuerdos más íntimos. El caso es que, a lo largo de los años, sentía que había acumulado experiencia. En Londres había gente que se había enriquecido bastante más, pero él estaba satisfecho con la concienciación alcanzada, gracias a la cual experimentaba en su interior una sensación de complejidad. La editorial, sin embargo, había pedido un manual escrito de manera sencilla, un texto que, pretendiendo dirigirse a un público sofisticado, fuera capaz de atraer en realidad a uno mucho más amplio. Pero la simplificación no era la mejor manera de representar las cosas según Michele, y sin meticulosidad no podía haber verdadera comprensión: ¿por qué arriesgarse a quedar como un idiota?

Al final, hizo lo que le habían pedido, punto por punto. La editorial quedó muy contenta. Lo felicitaron calurosamente, elogiaron su claridad, su habilidad para tratar una materia aburrida con ligereza, etcétera. Él no se divirtió. En líneas generales, lo consideró un episodio extraño.

Tiempo después del lanzamiento del libro —yo aún vivía en Italia y estaba estudiando—, mi universidad invitó a Michele a dar una charla. Así fue como lo conocí.

El manual se había convertido en un pequeño éxito de ventas y el acto reunió a una cierta multitud, si bien he de decir que, como estudiantes, nos atraía más el nombre del banco donde el autor trabajaba que el libro en sí mismo. Aún no se había producido la gran crisis financiera, era un periodo de optimismo, y sin embargo estábamos obsesionados con buscar un puesto de trabajo,

como si advirtiéramos algo en el aire.

Un profesor presentó a Michele, quien subió a la cátedra con la actitud algo cautelosa de aquellos que no están acostumbrados a la situación. Iba vestido con elegancia —camisa blanca y corbata azul sin dibujos— y llevaba el pelo corto, castaño con algunas hebras grises. Tenía los ojos oscuros con abundantes pestañas, las cejas espesas. Era alto, aunque no en exceso, y tenía algo de imponente. Reparé en su ropa, de mayor calidad comparada con lo que se solía ver por ahí, pero no habría sabido decir por qué. Se le veía diferente a la gente de mi edad, de manera clara, y diferente también a las personas de su edad: alejado de nuestro tiempo. Recordaba a un hombre nacido a principios del siglo XX, el hombre de una fotografía histórica. Yo lo encontraba muy guapo. Me di cuenta de que llevaba una alianza dorada.

Después de un arranque titubeante, Michele convirtió el encuentro en una lección sobre la estimación financiera de las empresas. Pocos días antes se había publicado la noticia de un estudio importante: tres profesores estadounidenses habían analizado a fondo la previsibilidad de los precios de las acciones a corto y largo plazo. Michele parecía tener su propia opinión sobre el asunto, pero debía de ser una opinión muy suya, de la que no deseaba hablar. Un estudiante de la primera fila le preguntó:

—¿Cree usted en la inestabilidad o en la eficacia de los mercados?

La respuesta llegó en voz baja.

—Es posible creer en ambas cosas. En el sentido de que pueden coexistir. Una no excluye la otra.

Mientras los decía daba la impresión de estar avergonzado, como si se considerara personalmente responsable de la fragilidad de las teorías económicas, de la debilidad de su lenguaje. Se apoyó en el púlpito; había dado unos pasos y se había colocado delante. Le miré los pies y me parecieron grandes y frágiles. Pensé en la imagen del coloso con pies de barro. Alguien, desde atrás, gritó:

—¡No se oye!

El de la primera fila, en cambio, le había oído bien y no estaba satisfecho.

—Sí, pero ¿en qué cree usted?

Michele logró zafarse de la pregunta repitiendo prácticamente la misma respuesta y concluyó con una anécdota divertida. Se le seguía viendo en un apuro, sin embargo. Tal vez no le gustara la gente que dice frases como «¿En qué cree usted?».

Después de la presentación, el profesor se despidió de él y nosotros nos acercamos para hacerle algunas preguntas más personales: las verdaderas preguntas. Quitándose el disfraz de buenos chicos atraídos por el conocimiento puro, en estas situaciones los estudiantes adoptan la expresión más creíble de personas preocupadas por el mercado laboral, y eso hicimos nosotros. Muchos llevaban encima una copia de su currículum. Yo no, no se me había ocurrido. No sabía aún qué clase de trabajo me interesaba; mi currículum era un borrador que no tenía el valor de distribuir.

Michele explicó, con paciencia, que la cosa no funcionaba así, que no era necesario pedirle ayuda a él. Teníamos que completar el cuestionario en la página web del banco. Pero recogió los papeles de las manos de quienes se los dieron y los guardó cuidadosamente en el maletín; lo hizo por amabilidad y, creo, también para librarse de la insistencia evitando parecer grosero.

Sin pensármelo demasiado, me acerqué y me presenté. Él me miró con aire de cansancio, sin prestarme mucha atención. Me mordí el interior de la mejilla y le estreché la mano. Pensé que no

lo conocía, pero que por alguna extraña razón sabía quién era. Era una persona inconfundible: vi su sensualidad atravesar toda su existencia.

4. ¿Es bonito casarse en otoño?

—¿Quiere saber mi opinión? —le dije.

Solo entonces me miró mejor. Aquel día yo llevaba un suéter y unos vaqueros. Tenía el pelo largo, suelto, no demasiado peinado. Recuerdo mi preocupación por ir mal vestida. La tela de su traje parecía realmente muy suave.

—¿Su opinión sobre qué?

—Primero le han preguntado si cree en la inestabilidad o en la eficacia de los mercados. Usted ha contestado que pueden coexistir. Hasta ahí, estoy de acuerdo.

—Gracias.

—Pero hay un límite. En determinado momento, la inestabilidad puede poner en peligro la eficacia.

—Sí, la inestabilidad puede volverse destructiva. Aunque sea difícil predecir cuándo sucederá.

—¿Acaso es tan importante que la eficacia no sea destruida?

Me temblaban un poco las manos. Apreté los puños para que no lo notara y proseguí.

—Estaba pensando en una persona inestable, impredecible, que se abandona a los acontecimientos, que toma caminos al azar, sin un criterio de utilidad. ¿Puede esa persona encontrar un lugar en el mundo? En mi opinión, sí. A veces encontramos nuestro sitio gracias a la casualidad o incluso al fracaso. Obtenemos resultados invirtiendo en nuestras derrotas existenciales. Estaba pensando...

Me daba vueltas la cabeza.

—¿En qué estaba pensando?

—Estaba pensando en un pintor.

—¿En qué sentido?

—Un pintor que alcanza el éxito pintando sus propios tormentos. Es un ejemplo de una inversión casual en derrotas existenciales. ¿Alguna vez ha tratado de revolcarse en el desorden?

Se hizo el silencio y sentí cierta vergüenza. Aparte de lo que había dicho, en aquellos tiempos yo hablaba de una manera extraña. La voz, el tono. De forma entrecortada, como si tuviera que recargarme de cuando en cuando. Además, no se me ocurría otra cosa que hacer largas pausas entre oraciones, deteniéndome a menudo en busca de las palabras adecuadas. Desde que comencé a trabajar he mejorado, he aprendido algunos trucos, si bien sigue suponiendo un esfuerzo para mí.

Michele me sonrió por primera vez. Más adelante me dijo que no le había dado importancia a mi forma de hablar. Le gustaba mi cara, en particular la boca y los ojos. Le gustaba mirarme y al mismo tiempo experimentaba una sensación de incomodidad al hacerlo.

Dijo:

—Sí. A veces he tratado de revolcarme en el desorden. Es divertido.

Las caras de los otros estudiantes se crisparon levemente, confundidas; luego todos asintieron.

Entró un bedel diciendo que teníamos que salir del aula. Era tarde, las siete pasadas. Michele

se disculpó, se encaminó hacia la puerta. Nosotros lo seguimos. Mi vergüenza se vio reemplazada por el deseo de recuperar terreno.

—La verdad es que quería pedirle algo.

Se giró y me miró, la rapidez del movimiento delató un exceso de diligencia.

—Si usted también quiere dejarme su currículum, de acuerdo, pero ya se lo he dicho, hay que entrar en la página web.

—No, no es eso. No me interesa trabajar en su banco.

Él se rio.

—Todos quieren trabajar con nosotros.

Los pocos estudiantes que quedaban parecían aburridos, ya nadie nos escuchaba.

—Tengo que escribir una tesina —le dije—. *La humanización como motor del crecimiento en el sector de los animales domésticos.*

No era cierto, pero había llegado la hora de inventarse algo.

El banco de Michele publicaba estudios sobre el sector, así que le pregunté si podía mandarme alguna cosa sobre productos para mascotas. El día anterior, en la biblioteca, había leído un artículo sobre el tema. Según el autor, a los animales domésticos sus dueños los trataban como a personas, y los gastos para mantenerlos, en el mundo occidental, llevaban años creciendo de forma constante, insensibles a las crisis económicas. La necesidad de amor y compañía, la intensidad de los vínculos emocionales que se establecen entre el hombre y el animal eran fenómenos localizables en todas las clases demográficas. Según una encuesta, dos tercios de los dueños de mascotas afirmaban dormir con su mascota, más del sesenta por ciento le llevaba algún regalo a la vuelta de un viaje, el veinticinco por ciento le preparaba la comida en lugar de adquirirla ya lista, y el veinte por ciento le compraba ropa. La mitad de los encuestados no consideraba sus propios gastos médicos como prioritarios en comparación con los de su mascota: en definitiva, había muchas personas dispuestas a dejarse morir por el bien de su perro.

Michele dijo que no estaba seguro de lo que tenían. Me dejó una tarjeta, sugerí enviarle un mensaje para recordárselo, prometió mirarlo.

Esa noche, a última hora, ponían en televisión una película francesa ambientada a finales de los años setenta. Decidí que la protagonista, Carmen, se me parecía un poco de cara. Carmen es una delincuente, forma parte de un grupo extraparlamentario. Va a visitar a un tío suyo que está hospitalizado para pedirle que le preste una casa deshabitada junto al mar. Poco después la vemos involucrada en el asalto a un banco. Elegantemente vestida, alta, segura de sí misma. Hay un tiroteo. Acaba luchando, cuerpo a cuerpo, con un guardia de seguridad, Joseph. Ruedan por el suelo, luego se besan allí tendidos. «Salgamos de aquí.» Él ata la muñeca de ella a la suya con la corbata para simular un arresto. Huyen, llegan a una estación de servicio, van juntos al baño porque él no quiere desatarla... ¿De verdad se parecía Carmen a mí? En realidad, solo tenía el pelo del mismo color y la tez un poco pálida. Apagué la televisión. ¿Estaría viendo Michele esa película? Si era así, ¿pensaría que me parecía a Carmen?

Entré en el dormitorio y me tumbé en la cama sin desvestirme. Hundí la cabeza en la almohada fresca, como una niña pequeña, aunque tenía veintidós años. Me quedé allí unos minutos, cogí el teléfono y escribí un mensaje.

«Soy Giulia, la estudiante que hoy en la universidad le ha pedido material sobre animales domésticos. Como habíamos quedado, le envío un recordatorio. Ha sido un placer conocerle.

Buenas noches.»

Michele respondió al cabo de unos segundos: «El placer ha sido mío. En breve le haré saber algo. Buenas noches a usted».

Me desvestí, me puse una camiseta limpia para dormir. Apagué la luz y el móvil. Volví a encender el teléfono. No sabía si la conversación había terminado o no. Me había contestado de inmediato, pero eso no significaba nada. Era de esos que, a causa del trabajo, viven pegados al teléfono.

No volvimos a escribirnos hasta la semana siguiente, cuando regresó a Milán y me envió un mensaje.

«Voy a estar por la zona de la universidad, si le apetece podemos vernos hacia la una. Dispongo de aproximadamente media hora.»

Eran palabras simples y directas, carentes de malicia, pero también de toda referencia a los materiales sobre el sector de los animales domésticos. Hoy lo considero un mensaje perfecto. Algunas personas tienen una habilidad natural para la simplificación, sobre todo si hay una corriente erótica de por medio. Los más hábiles son los que no lo demuestran: siempre parecen distraídos y casi nunca lo están.

Nos citamos en el bar de la facultad. Cuando llegué, él ya estaba allí. Al mirarlo, pensé que era muchos años mayor que yo, pero que eso era algo ajeno a la situación. No lo era, el tiempo nunca es secundario, pero entonces no lo tuve en cuenta.

No me vio de inmediato, o tal vez sí y fingiera. Estaba sentado, leyendo una revista. Llevaba un traje parecido al del día de la presentación, pero sin corbata. La camisa era azul, no blanca. No llevaba alianza en el dedo. Levantó la mirada y dijo:

—¡Aquí!

Ahora los dos estábamos sentados a la mesa. Después de un breve intercambio de palabras, me propuso que nos tuteáramos, algo normal que, sin embargo, me resultó precipitado. El bar estaba lleno y nadie nos prestaba atención. Hacía un poco de calor, el aire estaba viciado.

—¿Quieres tomar algo? —me preguntó.

—No.

—¿Nada?

Estaba indecisa, pero él no había pedido nada.

—Estoy bien así.

Miré la revista, había algunas fotografías de gente sonriente. Banqueros, empresarios. Él me dijo:

—Me la he encontrado aquí.

—¿Es interesante?

—No son más que chismes. Chismes sobre finanzas. Casi siempre erróneos.

—Entonces ¿para qué los lees?

—Me gusta saber qué rumores corren por ahí. Encontrar noticias inexactas y pensar: ah, yo sé cómo están de verdad las cosas. Nada, una estupidez.

Cerró la revista y la arrojó a una silla. Cruzó los brazos, una postura incómoda que me pareció graciosa.

—¿Qué se dice en Londres? —pregunté.

Fue una pregunta mediocre, habría podido esforzarme un poco más. Aquel año se podía hablar

del mercado de deuda, entonces estaba de moda, pero no me apeteció.

—¿En Londres? Nada especial. ¿Y aquí?

—Bueno, tengo que estudiar.

—Ya me lo imagino.

—No tengo tiempo para nada.

No era verdad. Estudiaba, pero disponía de huecos aquí y allá. Además, no es que tuviera muchos amigos. Había gente con la que salía, chicos y chicas a los que conocía en clase y en la biblioteca. Hablábamos, nos gastábamos bromas tontas más que nada, inventábamos apodos para compañeros de clase y profesores, salíamos por la noche, de vez en cuando surgía una intriga romántica que duraba un par de semanas. Sin embargo, sentía también la necesidad de estar sola y trataba de hacerlo, a la menor ocasión.

—Yo también tengo poco tiempo —dijo—. Trabajamos mucho últimamente, hay operaciones en todas partes. Por cierto, sobre ese asunto de los animales domésticos...

—No importa, ya no lo necesito. He optado por otro tema.

—Qué pena. En mi opinión, era una buena idea.

Lo había dicho en un tono serio, como si hubiera dedicado tiempo a reflexionar sobre ello.

—En realidad, te he pedido que nos viéramos porque eres muy simpática.

Relajó los hombros, los brazos. Su cuerpo ocupó por fin la silla de forma natural.

—Gracias. Tú también eres muy simpático.

—¿Te molesta que te lo diga?

—No, no, en absoluto.

—¿Seguro? ¿No te hago sentir incómoda?

Tanta insistencia dificultaba la respuesta. Sentí una ligera excitación. Él debió de notarlo.

—Lo siento —dijo.

Colocó las manos abiertas sobre la mesa, una especie de rendición. Me vi obligada a precisar.

—Es que no me siento incómoda muy a menudo. Bah.

Me gustó eso de decir «Bah». Saqué de la mochila un paquete y se lo di.

—Mira, te he traído una cosa. Una especie de regalo.

—¿Un regalo? ¡Gracias! Ahora me siento culpable. Yo no he traído nada.

—Es un libro. Bueno, se ve.

—Soy un maleducado.

—Ábrelo.

Él lo abrió.

—Lo conozco, pero no lo he leído. Tal vez tendría que haberlo leído en el instituto, pero sin duda encontré la forma de librarme.

Mientras hojeaba las páginas, dije:

—He subrayado algunos pasajes. El subrayado forma parte del regalo.

—«Ettore decidió no seguir echando pan en la leche, sino bebérsela, de forma que pudiera levantar el cuenco para taparse los ojos y pensar detrás de aquel refugio.»

Leía bien, con una buena entonación. Una habilidad bastante rara. Por un momento me recordó un audiolibro de cuentos que escuchaba de niña.

—«No hallaba nada dentro de sí mismo que pudiera detener la maquinaria de hechos y palabras que lo arrastraba a trabajar al día siguiente, no se le ocurría una sola idea, nunca se había visto tan sorprendido, ni siquiera en la guerra.»[\[2\]](#)

Me miró.

—O sea que este Ettore no quiere ir a trabajar, ¿verdad?

—No, no quiere. Es muy joven.

—¿Y tú, Giulia? ¿Tú quieres ir a trabajar?

—No hablemos de mí. Él es partisano, acaba de volver de la guerrilla, es un mundo diferente. Pero yo sé que no es solo eso. Hay algo más.

—Siempre hay algo más.

Este lugar común nos tranquilizó. Michele hojeó algunas páginas, luego volvió hacia atrás, deteniéndose en la portada.

—*La paga del sábado*. Un título de otros tiempos.

—No es de otros tiempos. La paga del sábado es un concepto abstracto y atemporal. Como cierta clase de belleza.

Me pareció pensativo. Tal vez no hubiera entendido que estaba hablando de él. De modo que añadí:

—El de la foto de la contraportada es el autor, un hombre nacido en los años veinte del siglo XX. No se parece a ti físicamente, pero sí en cierto modo en el estilo.

Sonrió.

—Dices cosas muy amables. Gracias.

Volvió a abrir el libro y buscó otro pasaje subrayado.

—«En tu opinión, ¿es bonito casarse en otoño?»[\[3\]](#)

Se pasó una mano por el pelo, casi con violencia, dos o tres veces. Tosí. Pensé que era hora de cambiar de tema. El regalo había sido un éxito, pero el entusiasmo que sentía dentro de mí se estaba transformando en ansia. Dije la primera frase que se me pasó por la cabeza:

—El otro día estaba razonando por mi cuenta, y en determinado momento me pregunté: ¿la guerra es impredecible?

—Caramba, menudos pensamientos.

Miró su reloj.

—Ay, mierda, qué tarde es ya.

De repente, su cabeza estaba en otra parte, la velocidad del cambio me dejó sin palabras. Se levantó y me tendió la mano, intercambiamos un ligero apretón.

—Te llamaré por la tarde. Perdóname, pero tengo que irme.

—Sí.

Esa tarde no me llamó. Le envié un mensaje.

«Disculpa, no sé por qué he dicho esa frase tan extraña sobre la guerra. No me gustaría que me tomaras por una loca.»

No me contestó hasta el día siguiente.

«No te preocupes. Eres muy simpática, ya hablaremos. Tranquila, dices muchas cosas interesantes. Y además, eres muy guapa.»

Sus palabras me atravesaron. Decidí que había un flujo de sentimientos que había que seguir, que él lo había entendido todo el primero y que tenía razón. Michele me parecía entonces una persona fuerte, mucho más que yo. Hoy, en una circunstancia similar, notaría sus debilidades y leería en ellas una posible razón del fracaso profesional que sufrió más adelante.

Michele siempre ha carecido de la frialdad necesaria.

5. La materia de la que están hechos los mercados

En las horas que siguieron a nuestro encuentro en el bar de la universidad senté las bases de mi obsesión amorosa. Por lo demás, las obsesiones nacen de repente, y con rapidez, o no nacen nunca.

Empecé a pensar con insistencia que Michele era guapo e inteligente, que hablaba y caminaba de la mejor manera posible, que era un regalo, que era todo fuerza y dulzura, que en definitiva era la estrella de mi corazón. Pensé también en otras cosas menos delicadas, fantasías de infinita disponibilidad física, de adoración, de dependencia: huir juntos, viajar a lugares apartados, hacer de todo. Luego en mi indumentaria, en mis gestos.

Para mantener una apariencia de racionalidad, una parte de mí registraba en cambio las imperfecciones de la situación: ¿habría por casualidad algo equívoco, no digo en la persona, sino en la rapidez de los sentimientos que experimentaba? ¿Era realmente inevitable, tal como parecía? Estas dudas pronto quedaron sofocadas por el entusiasmo, mi cociente intelectual descendió. La obsesión amorosa se basa en una fe de tipo religioso: nada debe ponerse en duda, la mente pasa a un segundo plano, la reemplazan los guardianes de la sacralidad, la sacralidad de la pasión. Sobre todo ello aletea un espíritu adolescente.

Me dije que deseaba responderle de inmediato en lugar de urdir una conversación imprecisa compuesta por mensajes divertidos al principio, sensuales más tarde y por último eróticos. Sin embargo, la cosa no era tan sencilla. Pertenecíamos a generaciones diferentes, la mía se caracterizaba por un desparpajo comunicativo superior, aunque solo fuera por razones de historia de la tecnología. Pero incluso dejando de lado las generaciones, Michele no era un hombre de mensajitos: bastaba con mirarlo a la cara. Además, estaba su trabajo, su familia. Vislumbré el dolor en mí.

Me senté en mi escritorio, y en la última página del libro de matemáticas financieras escribí:

Tendremos que establecer algunas reglas desde el principio. La naturaleza humana es débil, de modo que resulta útil marcar ciertos límites que sirvan para garantizar algo. Como cuando se hace una dieta, a pesar de que comer mucho y sin criterio es más divertido.

Lo escribí para mitigar mi desasosiego, que en cambio aumentaba. Después, sin solución de continuidad, fantaseé con su divorcio. Con nuestro matrimonio. Mi mente se saltaba los pasos y reescribía las reglas continuamente. Me vi a mí misma con el pelo recogido, mejor dicho, no, suelto y despeinado, pero hermoso, y un vestido liso, rosa claro, y un par de zapatos delicados, y al fondo una larga mesa de madera para el banquete de bodas en el campo. ¿Mes? Septiembre. ¿O tal vez sería mejor elegir la convivencia? Sí, ya había cambiado de idea, no nos casaríamos: las personas que se aman de verdad no se casan. Un día nacería una niña de nuestro amor y la llamaríamos Olivia.

Dos días después, Michele regresó a Milán. Me escribió para decirme que, si quería, podíamos vernos, tenía tiempo entre las 16:30 y las 19:00 horas, empleó esos números exactos. Yo respondí que sí. Él me llamó. Al principio hablamos de otras cosas, temas neutrales, no recuerdo cuáles. Luego se interrumpió y dijo:

—Tengo una casa en Milán.

—De acuerdo.

Así empezó nuestro trato carnal.

Llamé al telefonillo, subí las escaleras, la puerta se abrió, entré. Nos besamos inmediatamente, caminamos hacia atrás en dirección a la cama, él me levantó la falda, me acarició, ni demasiado suave ni demasiado fuerte. Yo estaba muy contenta. Me desvestí deprisa, dejándome puestas solo algunas prendas, ropa interior especial que había comprado para la ocasión. Me tumbé sobre las sábanas frescas, me giré hacia un lado y hacia otro, para que me viera, me puse a cuatro patas, me recosté de nuevo, me estiré. Se sentó en la cama para mirarme, tenía los ojos serios. Se quitó los calcetines antes de quitarse los pantalones, yo bromeé.

—A los hombres siempre les resulta difícil saber en qué orden deben desvestirse, empezar por los calcetines es una gran intuición.

Después me harté de bromas y me acerqué a él. Me dejé llevar por aquello que deseaba.

Me gustaron muchas cosas, más bien todas. Me llamaron la atención algunas sensaciones físicas, la persona nueva. Él parecía feliz por la naturalidad que yo demostraba: más tarde, cuando hablamos, la atribuyó a mi generación, y este pensamiento lo exaltó, como si hubiera hecho un descubrimiento revolucionario. Estaba inmerso en un estado mental complaciente. Buscaba correspondencias fáciles y discordancias excitantes.

Regresé a casa y pensé en lo que habíamos hecho, y también en la construcción sentimental que creía haber entrevisto. Ya no fantaseaba con el matrimonio o la convivencia, no porque no fueran atractivos sino porque me espoleaba algo más complejo, un impulso que consideraba menos infantil. Me convencí de que estaba en una nueva fase de la vida. ¿Era Michele la persona que, en este mundo, me apreciaría y comprendería más que cualquier otra? ¿La persona que me daría toda la fuerza que me faltaba?

Empezamos a vernos a menudo; él, por trabajo, trataba con muchos clientes italianos. Pasaba la mitad de la semana en Londres con su familia, descubrí que tenía una hija y eso me entristeció. El resto de los días, en cambio, los pasaba en Milán, solo.

Nuestros encuentros fueron semejantes en la práctica y distintos en cuanto a las emociones, que se fueron haciendo cada vez más complicadas. Yo prestaba atención a las palabras que nos decíamos antes de separarnos, en los momentos de calma en los que nos quedábamos relajados en la cama. No eran particularmente memorables, pero algunas frases me intrigaban y me empujaban a repetir de memoria, más tarde, diversos extractos de lo hablado, para examinarlos. Por un lado, estaba lo que ocurría; por otro, mis reelaboraciones mentales sucesivas, cada vez más enrevesadas.

Pero Michele tenía otra vida, de modo que todo debía consumarse en esas pocas horas. Yo también tenía mis compromisos, pero él —lo dijo en más de una ocasión— tenía una familia. Una *familia*: con el tiempo desarrollé cierta aversión hacia esa palabra, que empezó a parecerme vulgar; entre nosotros existía una asimetría.

Hubo algunos diálogos difíciles.

—De modo que tienes una hija.
—Va a comenzar primaria. Tiene seis años.
—Con seis años me eché yo novio.
—Madre mía. Ciertas cosas prefiero no saberlas.
—Y a los doce me fumé el primer cigarrillo.
—Vamos. Déjalo estar.
—Sí, pero hoy ya no fumo.
—Bien. Yo, en cambio, fumo, o mejor dicho, voy a encenderme uno, si no te importa.
—Preferiría que no fumaras.
—Ah, disculpa. Si te molesta, nada.
—No, Michele, no me molesta. Lo digo por tu salud.
Me preocupaba que no fuera a vivir siempre.
—¿Mi salud? Entonces fumo.
Se encendió su cigarrillo. Dije:
—¿Es que no quieres hablar conmigo?, ¿hablar como es debido?
—Por supuesto que quiero. Es solo que no me apetece hablar de niños y de salud.
—¿Puedes decirme al menos lo que se siente al ser padre de alguien?
—Giulia, venga.
—Yo creo que las personas con hijos deberían decirles la verdad a las personas sin hijos, deberían explicarles cómo se siente uno.
—Bueno, pues yo no puedo. ¿Lo ves? Nos estamos poniendo nerviosos.
—Pues yo adoro estar aquí.
En la palabra «adoro» puse mucho énfasis.

Un día me dijo que teníamos que dejar de vernos durante un breve periodo.

—Mañana por la mañana regreso a Londres y me quedaré allí más de lo habitual. Debo resolver algunos problemas familiares. Sería mejor que no nos llamáramos, ni nos enviáramos mensajes: ¿te supone un problema?

Esta forma suya de construir la frase, formulando la pregunta al final mientras buscaba los calzoncillos, no ayudó. Algo se agrietó dentro de mí. Hoy tengo las cosas mucho más claras: no soy frágil, soy una chicarrona. Pertenezco a la categoría de las personas alterables, pero irrompibles en su conjunto. Depende de la materia de la que uno está hecho. Yo estoy hecha de la misma materia que los mercados: inestables, pero que nunca desaparecen por completo; capaces de influir en los acontecimientos, también; y, a veces, de establecer conclusiones; y de encontrar puntos de llegada y perderlos y volver a encontrarlos. El mercado tiene la característica de imaginarse superior al desorden pese a operar dentro de la volatilidad. Es una ilusión bastante efectiva, aunque no necesariamente inteligente.

Michele, en cambio, empezaba a parecerme frágil. Después de habernos acostado, se sentaba con la espalda sobre el cabecero, se tapaba en parte con la sábana, fumaba un cigarrillo. Con delicadeza, trataba de desviar la conversación hacia un tema distante, una noticia de sucesos, una historia personal del pasado remoto. No abandonaba en ningún momento la cautela en sus gestos y palabras. Era evidente que no le convenía su conducta, pero era incapaz de cambiarla.

Al observarlo, se me venía a la cabeza la expresión «trastorno de estrés postraumático» que había leído una vez en un artículo sobre veteranos de guerra. Pocos instantes antes estaba lleno de

energía, ahora exhibía el rostro de un superviviente. La vulnerabilidad es un asunto misterioso, nos afecta a todos, mujeres y hombres, pero asume diferentes formas en cada uno.

Un día pensé: «¿Y si llega a perder el deseo? ¿Y si eso ocurre mientras está conmigo? Se dice que los hombres, a partir de cierta edad, pierden el deseo y solo les queda la memoria. Pero él todavía es joven para eso».

En aquella época el sexo era para mí una cuestión obvia, una evidencia. No sabía aún que antes o después descubrimos que tenemos menos imaginación de lo que pensábamos. Descubrimos que siempre estamos dándoles vueltas a las mismas perversiones. No somos inagotables. El deseo se convierte en un asunto delicado, que ha de ser alimentado con mimo, usando unas pocas herramientas.

A lo largo de su vida, Michele había estado con muchas mujeres, no todas hermosas. Me explicó que el hecho de que no todas fueran hermosas tenía su sentido. La apariencia es importante, pero luego depende. De acuerdo con sus gustos, yo era atractiva, si bien no era esa la razón principal de su interés por mí. Le pregunté cuál era la razón. Me dijo que era difícil de explicar con palabras, que en el fondo esperaba que se entendiera por su comportamiento. Yo pensé que no se entendía, pero no se lo confesé.

Una vez le conté algunos episodios de mi infancia, esas pequeñas cosas que, antes o después, les referimos a los demás para darles una idea de nuestra historia. Él me escuchó atentamente, su atención me conmovió.

A pesar de sus peticiones de un mayor desapego, a lo largo de toda nuestra relación no pude dejar de pensar en él; su imagen revoloteaba continuamente en mi cabeza, una pantalla siempre encendida. Pero, sobre todo, no podía dejar de *decirle*, a través de mensajes, que pensaba en él. Y de qué manera.

Le escribía casi cualquier cosa: «Pienso en ti apasionadamente».

O bien: «Sería muy agradable ponerme tu abrigo. ¿Hay algo más bonito que tu abrigo?».

Cuando empezó a contestarme que no podíamos estar hablando siempre, le dije que no lo entendía. Se puso nervioso, aunque hizo un esfuerzo para mostrarse amable. Un día, sin embargo, explotó.

—¿Cómo es posible que una persona inteligente no lo comprenda? Giulia, para el carro.

Michele estaba confuso, en suma, mientras yo empezaba a recorrer un sendero mental y acababa pensando en incentivos fiscales y en pensiones. El hecho es que, para aceptar el dolor, habría que razonar a largo plazo. Si uno se situase al final de su existencia, y la observara desde la perspectiva de la víspera de la muerte, tal vez admitiera introducir algunos instantes dolorosos en la vida para hacerla, en general, más sensata. Pero el ser humano no hace razonamientos de conjunto. Los incentivos fiscales, por ejemplo, pueden resultar útiles para que una persona se muestre espontáneamente dispuesta a acumular en un fondo de pensiones un poco de dinero ahorrado. Reservar dinero para el futuro es una actividad dolorosa. Recibir a cambio ventajas fiscales puede aliviar este tipo de sufrimiento.

Michele intentó recuperar una y otra vez el control de la situación:

—Giulia, debes aprender a controlar tu obsesión por los mensajes. No puedes escribirme sin parar. Antes no eras así.

—Si te escribo como mucho tres mensajes al día...

—Ayer me escribiste cerca de treinta.

—Tenía un examen.

—Ya sé que tenías un examen, y está bien, como excepción. Pero debes aprender a pasarte unos días sin enviarme mensajes. Tengo que trabajar, y cuando trabajo no dispongo de un solo minuto libre. Sabes que entonces no respondo y te enfadas.

—De acuerdo.

—Debes intentar despegarte de mí. Debes hacerlo por ti misma. Me gustaría que lo hicieras por ti. En lugar de escribirme, me gustaría que pensaras en ti misma, en quién quieres ser, en tus sueños.

—Estoy estudiando, ¿sabes? No estoy perdiendo el tiempo.

—Estudiar no es suficiente y lo sabes. Vales mucho, qué coño. Es una pena.

La frase «Vales mucho, qué coño» podía tener sentido. Michele estaba convencido de su honestidad al pronunciarla. Reflejaba su moral: concedía importancia tanto a su propio valor como al de las personas que le gustaban. Se esforzaba por ser optimista, por creer en la realización personal, en las posibilidades. Al mismo tiempo, cuando me pedía que me despegara de él, sentía una euforia erótica que manifestaba bajando la mirada: el debilitamiento. Él sabía que solo las cosas físicas pueden pegarse o despegarse. Sabía, por tanto, que yo era una cosa física que no se despegaba. Eso le causaba miedo, turbación, aflicción, pero también deseo. Y una sensación de omnipotencia que naturalmente no se atrevía a confesar.

La situación no mejoró. El número de mensajes que le enviaba alcanzó los sesenta al día. Eran de todo tipo: felicitaciones, siempre; frases sueltas, cosas raras. Casi nunca respondía, pero a mí no me importaba. Si leía el eslogan de un anuncio publicitario, también se lo mandaba. «Compre nuestras cocinas...» Cosas así. Cuantas más palabras inútiles escribía, más me vaciaba.

Un día, Michele decidió que era hora de pedirle consejo a alguien para resolver lo que él definió como mi «obsesión comunicativa», y llamó a un psiquiatra amigo suyo. No sé lo que se dijeron, pero sé que él, poco después, me soltó un discurso muy serio: yo no estoy bien, tú no estás bien, no podemos continuar así; debemos calmarnos o bien tienes que intentar curarte.

Le expliqué que no me gustaban los psiquiatras. Él me dijo:

—Es muy bueno. Tiene su consulta en Harley Street.

Hice algunas promesas, a partir de entonces solo escribiría cinco mensajes al día, a cambio pedía uno de respuesta. Aceptó por puro agotamiento, no sin subrayar la desesperación inherente a un acuerdo semejante. Mantuve el compromiso durante un par de días y luego volví a las andadas. Entonces dejó de responderme por completo. Durante una semana me encontré sola, sintiendo un dolor nuevo, frío, inmóvil, y sin embargo, por alguna razón, insuficiente para dejarlo: continué escribiendo igual y más que antes. Una tarde, envié el enésimo mensaje.

«Hola, guapo.»

En ese momento, me contó más tarde, él estaba en casa, en un raro paréntesis de tranquilidad laboral. Estaba montando el chalecito de Barbie para su hija. Oyó vibrar el teléfono, vio «Hola, guapo» y se derrumbó. Le dio una patada a la construcción de plástico rosa, salió de la habitación casi corriendo, su mujer le preguntó: «¿Qué ocurre?», él dijo: «Esos gilipollas van a acabar conmigo», y ella, al oír «esos gilipollas», pensó que se refería a algún problema en la oficina, dado que él, a sus colegas, solía llamarlos así, «los gilipollas», y estaba acostumbrada a episodios de drama profesional; de hecho, él había pronunciado esa frase a propósito, para desviar su atención. Michele se dirigió a la puerta, dijo que quería tomar un rato el aire. Su mujer gritó: «¡Mándalos a la mierda! ¡Ya está bien! ¡No podemos vivir así!».

Fuera, en la calle, marcó mi número, esperó unos cuantos timbrazos y saltó el contestador

automático. Lo intentó de nuevo, mientras caminaba, tambaleándose como un borracho. Respondí:

—Hola. ¿Qué pasa?

Michele dijo, en voz baja:

—¿No querrás hablar con mi mujer por casualidad?

Colgué. Volvió a llamar.

—No quiero hablar con tu mujer.

—¡Ya lo sé! ¡No lo digo en serio!

—Ah.

—¿Te das cuenta de que estoy llorando? ¿De que tengo cuarenta y un años, ya soy mayor y todo un grandullón, y estoy llorando?

—No eres un grandullón. Eres muy guapo.

—Giulia, ¡esto tiene que terminar!

Luego se calmó, así, de un momento a otro, como si tuviera un interruptor. Me explicó, con racionalidad y paciencia, por qué tenía que terminar: el asunto de los mensajes.

—Está bien, Michele, lo entiendo. Discúlpame. Lo siento mucho.

—No tienes que disculparte. Solo procura estar mejor. Si quieres nos vemos para tomar un café, pasado mañana estoy en Milán. Un café y nada más, es decir, no iremos a mi casa. ¿Entendido? Te llevaré un regalo.

La calidez de su voz, la amabilidad, la cortesía: recibí el golpe de gracia. Ya no me quedaban fuerzas, desde entonces algo se extinguió en mí.

Llegó pasado mañana. Entretanto me había mostrado disciplinada, o sea no le había escrito. De repente, lo había conseguido. Era una nueva etapa del dolor, un tormento que lo ocupaba todo y no dejaba espacio para escribir mensajes.

Fuimos a tomar un café. Intercambiamos un pequeño beso en la mejilla, sin apenas tocarnos. Estaba muy cansada, pero antes de salir me había arreglado cuidadosamente. El resultado era el pelo lavado, recogido en una cola con una goma, una falda hasta la rodilla y una blusa. En los pies, un par de bailarinas azules. Parecía vestida para un examen. Me dolía el estómago, por un momento temí tener que ir corriendo al baño.

El regalo de Michele era una pluma con la marca de una tienda de Brompton Road. Junto con la pluma había un cuaderno con la tapa de color lavanda.

—Giulia, lo he estado pensando. Podrías hacer lo siguiente. Cada vez que se te ocurra enviarme un mensaje, en vez de escribirlo en tu teléfono lo escribes en este cuaderno. Tampoco en el ordenador, te lo ruego. En el cuaderno, con la pluma. En una semana habrás acumulado unos cuantos. Si aún te siguen pareciendo sensatos, hablamos y me los lees, como si fuera una carta. Ya verás como funciona. ¿Quieres intentarlo?

—Sí, quiero intentarlo. Gracias.

Quién sabe si quería intentarlo de verdad. Tal vez sí, pero cambié de idea. Le dije que debía irme, que tenía un compromiso, es decir, mentí. El caso es que no quería seguir allí. Su cara, que era la cara habitual, me aterrorizaba.

A partir de ese día no volví a escribirle nada más a Michele, ni por teléfono ni en el cuaderno. Perdí la pluma en seguida y no la encontré. Ni siquiera la busqué. Una tarde, quizá porque se sentía algo triste, me envió un mensaje con puntos suspensivos.

«Giulia...»

No respondí. Pero Michele no es de esa clase de personas que insisten: es un buen hombre. Nuestra relación terminó de esa manera.

Unos meses después recibí un largo email que decía más o menos:

Querida Giulia:

Me he enterado de que estás en el proceso de admisión y de que has conocido a Seamus. Excelente. Él es un gran profesional, su equipo gana un montón de dinero, es el mejor lugar para aprender. Serás una superestrella, en unos años te convertirás en la jefa de todo, no lo digo en broma. En cuanto a mí, ya no estoy en el banco. Lo sabrás ya, tal vez. Bueno, en la vida debemos cambiar, avanzar. Un consejo: Seamus tiene su manera de ser, de vez en cuando finge ser un estúpido, pero no lo es. Es un hombre con poder, capaz de estar dentro y fuera del sistema al mismo tiempo. Nadie puede hacer que se sienta incómodo... En fin, ya habrás entendido el consejo. Buena suerte, pues. Pase lo que pase, no le digas que me conoces (Seamus me odia. Es la persona más competitiva que he conocido. Una vez le dije que había nacido en una familia modesta y se empeñó en demostrarme que la suya era aún más modesta. Me lo demostró con números, con las condiciones de vida y con estadísticas...). Te mando un abrazo. (No hace falta que me contestes, pero si te apetece contestar, puedes hacerlo, como quieras.) Te quiero mucho. Te mando un beso. Yo estoy mucho más tranquilo. Te abrazo otra vez, Michele.

No le contesté.

6. El paseo del río y cuadros con amapolas

«¿Por qué te has ido con tanta prisa?»

El mensaje provenía de un número desconocido. Estaba en italiano, no podía tratarse de un error. Al menos, no era fácil que lo fuese. Pasaron un par de minutos, recibí otro.

«Me ha dado tu número Fred. Soy Gabriele, el de Astrid Capital, estaba cenando con vosotros en el restaurante español hace una hora. Soy el chico del polo rojo.»

Era el tipo ese que trabajaba en un fondo de cobertura y había hablado sobre el voto de los jóvenes y los viejos en el referéndum. No estaba mal, eso fue lo primero que se me vino a la cabeza sobre él, pero no tenía ganas de responderle. Sin embargo, tampoco podía dejarlo correr: Astrid Capital acababa de recaudar tres mil millones para invertir y mi trabajo me impide hacer caso omiso de las grandes promesas.

«¡Sí, me acuerdo de ti!»

«Ahora estamos en TripleX. ¿Por qué no te acercas? —TripleX era una discoteca del centro—. O, si lo prefieres, nos vemos en cualquier otro sitio. Tú y yo.»

¿Formaba parte de esos que tienen ya establecido cómo deben funcionar las cosas? Eran las once de la noche, ya había llegado a casa, me había duchado, tenía el pijama puesto y había escogido el libro que iba a leer.

«Es solo que me gustaría hablar un rato contigo —escribió de nuevo—. Venga, me acerco hasta donde vivas, te llamo, bajas. Y vamos a tomar algo. Mándame la dirección».

Me hice la pregunta que siempre me hago en estos casos: ¿qué haría Seamus en mi lugar?

«¡Pues claro! Vente», respondí, y le mandé la dirección.

Media hora más tarde estaba en la calle, caminando al lado del chico del polo rojo; en mi cabeza había decidido llamarlo así, no Gabriele. Tenía el pelo rubio ceniza, estaba ligeramente bronceado, como si acabara de bajarse del velero. Su rostro quedaba interrumpido por una nariz grande y torcida, que no parecía pertenecerle, el resultado de un accidente quizá, o de una pelea. Ese detalle le daba un aire transgresivo, pero la cosa no pasaba de ahí.

Tenía sueño, me esforzaba por no bostezar. Desde fuera, seguro que nos tomaban por una pareja: no se necesita mucho para pasar por una pareja. Yo llevaba zapatos planos, unos vaqueros oscuros, un suéter, una chaqueta entallada.

—Paseemos por la orilla del río —dijo.

Me pregunté si a mi madre le habría gustado un Gabriele de polo rojo. Era difícil de saber, y por otra parte no importaba mucho. Aun así, desde que ella no estaba no era raro que me preguntara algunas cosas.

—¿Sabes?, he llegado a una edad en la que si encuentro a una persona que me gusta, quiero volver a verla en seguida, no me ando con demasiados rodeos. ¿No crees que es lo mejor? Tengo ya treinta años, no digo que sea viejo, pero...

—Yo tengo casi treinta y dos.

—Ah. En todo caso, el asunto es que me pareces interesante.

Pensé de nuevo: ¿qué haría Seamus? Pero incluso haciendo un esfuerzo de la imaginación, Seamus y yo no éramos la misma persona. Él era un hombre en un sector en el que prevalecían los hombres, yo no.

El chico del polo rojo se encendió un cigarrillo.

—Una idiotez que no deja de fascinarme es mirar los informes mensuales de mis propios gastos. Es una forma extraña de observar tu propia vida. Por ejemplo, tengo la impresión de que siempre compro las mismas cosas. Y en parte es así y en parte no.

Ya está, en eso consistía el salir con alguien. En escuchar un guion leído en voz alta, un guion que no funciona. Después te toca leer tus propias líneas, igualmente farragosas. Hacía un año que evitaba hacerlo. Hasta ese momento había salido con muchas personas. Historias de un par de noches, algunas semanas, uno había durado más de seis meses. Recuerdo la sensación de empezar de nuevo cada vez, pero sin sorpresas, las sorpresas van espaciándose gradualmente. Después emergen de inmediato las dificultades en la relación, y esas otras que se intuyen pero que no da tiempo a que se manifiesten. La sensación de cansancio permanente que la esperanza de enamorarse implica.

—El mes pasado compré algo distinto —prosiguió—. Un cuadro de un artista desconocido. Me gustaba, era barato.

—¿Cómo es?

—Es rojo. Si lo miras detenidamente, te das cuenta de que es un campo de amapolas.

—O sea que te gusta el rojo.

—Sí.

Me cogió de la mano y ya estábamos en el instituto.

¿Quién era este Gabriele? ¿Un sujeto delicado y romántico que compraba cuadros con amapolas y todas las mañanas a las siete se transformaba en un monstruo despiadado que operaba en los mercados? ¿O alguien que en el curso de los años había afinado su estrategia con el mundo femenino, concluyendo que la combinación de paseo fluvial y pinturas con amapolas era una apuesta ganadora? La segunda hipótesis parecía la más probable, y sin embargo la idea de la delicadeza y el romanticismo mezclados con la crueldad tenía su lógica.

Quería volver a casa. Me imaginé las posibilidades. Se abrió paso en mí una aversión hacia el cuerpo de la persona desconocida que estaba a mi lado, que en sí misma no tenía nada de malo, al contrario, debajo del niqui se traslucían los hombros anchos, los músculos. Sin embargo, todo me echaba para atrás.

—Tengo sueño —dije—. Tengo mucho sueño.

Eso es lo que Seamus nunca habría dicho.

Regresamos en silencio. Él, para diluir el bochorno de un paseo que había salido mal, habló de un viaje que estaba organizando a tierras lejanas; me sonó complicado, un viaje que yo no hubiera querido hacer. En la puerta me estrechó la mano. Esbozó una inclinación de cabeza, su nariz torcida temblaba. Solo entonces intuí que había algo en él profundamente carnal. Le miré el cuello y me entraron ganas de acercarme, entre la mejilla y el hombro había un escondrijo natural, debía de ser cálido. Pero bastó una nimiedad, su sonrisa ensanchándose formal, para que de repente una especie de amargura resurgiera en mí.

Cuando era niña, cogía de vez en cuando una hoja de papel y escribía una lista de objetos. Debían ser lo más casuales posible: vela, arena, fresa. El esfuerzo consistía en encontrar cosas que carecieran de parentesco: me atraía la imposibilidad de darles un sentido. Mientras observaba

al chico del polo rojo me invadió un intenso deseo de ponerme a elaborar listas de palabras inconexas.

En casa no me costó mucho quedarme dormida, sentía frío dentro del pijama.

A la mañana siguiente era domingo, desayuné en un local cerca de Victoria. Pertenece a una cadena de origen belga cuya filosofía es «sentarse todos juntos en torno a la idea del placer». En el centro de la sala hay una mesa con dieciséis asientos para uso común. A su alrededor, sin embargo, también hay varias mesas normales. Yo siempre elijo una de estas.

En la grande había tres mujeres con tres niños. Cada niño era el hijo de una de las mujeres, o eso fue lo que deduje por simplicidad. Los pequeños estaban dibujando, las madres hablaban en voz baja. De repente, un niño agarró del brazo a una de las mujeres y gritó:

—¡Mamá, ahora dibujas tú!

Ella obedeció sin dejar de participar en la conversación en voz baja, se veía que estaba acostumbrada a charlar y dibujar a la vez.

Recuerdo una frase: «Las mujeres están dotadas para la multitarea». No me describe. No creo que sea una buena idea, para mí, hacer más de una cosa a la vez. Mi trabajo, de todos modos, no me permite elegir, trabajamos en un clima de distracción continua. El caos nos da la sensación de estar haciendo que ocurran las cosas.

Seguí observando a las madres, quería entender qué era lo que se decían. Sentí una envidia momentánea por su amistad. Revisé Facebook.

Encontré una frase publicada por una mujer a la que conocía, aunque no muy bien. Alguien de los años de la universidad. Decía: «Me he separado de mi marido».

Veintiséis personas ya habían hecho clic en «Me gusta». Había comentarios de todo tipo.

«¿En qué sentido?»

«Ay, no, ¿qué dices?»

«Hablemos en privado.»

«¿Ha pasado algo? ¿Estás bien?»

«Cálmate y borra el mensaje.»

Ella no se calmó ni lo borró. Poco tiempo después, escribió: «He dicho que me he separado. Ya no nos amamos. Ahora me gustaría saber qué cojones opináis. Gracias».

Quince personas, en menos de un minuto, hicieron clic en «Me gusta». Pero nadie hizo comentarios, no de inmediato. Se percibía lo embarazoso de la situación en la superficie de la pantalla. Un hombre, cuya foto de perfil era un gato atigrado con la inscripción «El gato del juicio», rompió el silencio.

«Maravilloso. Has hecho muy bien.»

La situación se desbloqueó y, a toda prisa, muchos expresaron elogios de distinto género, algunos en broma pero otros con entusiasmo. Felicitaciones. El feliz acontecimiento. Vamos a celebrar una fiesta. Yo también sumé un «Me gusta», quería vivir la sensación de hallarme en un flujo de emociones colectivas. Pensé que las redes sociales funcionan como un mercado.

No es un símil perfecto, pero no cabe duda de que existen analogías: el encuentro de la oferta y la demanda, por ejemplo. La demanda somos nosotros cuando miramos, aprobamos, comentamos, la oferta también somos nosotros cuando publicamos contenidos que otros pueden leer y observar. El precio es el consenso, el número de reacciones. Facebook no existe sin el conteo de los «Me gusta», al igual que los mercados no existen sin el precio. En las redes sociales hay también una

idea de liquidez. Si no obtienes un buen nivel de aprobación, desapareces, el algoritmo te relega a los márgenes, como un título que nadie intercambia: nada personal, es solo que tu presencia ha perdido peso. No generas tráfico. Las redes sociales, como los mercados, llenan los espacios y crean una sensación de entretenimiento, de intensidad, seguida por una impresión de vacío, de agotamiento; de vez en cuando alguien levanta la cabeza, se queja, y eso también se convierte en un hábito. Las redes, al igual que los mercados, ocultan otros mercados por encima y por debajo de ellas mismas, numerosas derivaciones: la publicidad, nuestra condición de usuarios y, por tanto, de consumidores para anunciantes; de manera más general, el valor de la información que entregamos al sistema sin pedir nada a cambio.

Salí de la página de mi amiga y pasé a leer el post de un economista: había escrito nada menos que cinco párrafos repletos de signos de interrogación. Cuando terminé, el niño sentado en la mesa común gritó:

—¡Mamá, no sabes dibujar!

Levanté la cabeza, vi los ojos desencajados de ella y la mueca del niño. Volví a mirar el móvil. Inmediatamente después, sin abandonar el cómodo interior de mi mente, me reencontré con Michele.

7. Es el amor

El post del economista, el que estaba repleto de signos de interrogación, hablaba de las crisis monetarias, de las tasas de cambio, de los movimientos de la libra esterlina. Era denso y empleaba un lenguaje técnico. Muchas personas ya habían intervenido, en algunos casos no habían leído el texto hasta el final, se notaba, pero el autor respondió a todos cuidadosamente. De pronto escribió:

«¿Cómo es esa frase? “Todas las familias felices se parecen, pero cada familia infeliz lo es a su manera.”^[5] A ver, ¿podemos decir, en vuestra opinión, que cada crisis monetaria es una crisis a su manera?»

Alguien le respondió:

«La frase sobre familias infelices nunca me ha convencido.»

El que lo escribía era Michele.

No tardé mucho en verificar que era realmente él. Lo había buscado varias veces antes, sin encontrarlo. Es probable que su presencia en Facebook fuera algo reciente.

Entré en su página. La foto de perfil estaba tomada de lejos, el resto permanecía oculto por la configuración de privacidad, pero no había error posible. Estaba más delgado, o tal vez daba esa impresión debido a la ropa poco formal, y no conseguía saber si realmente había cambiado, si seguía siendo guapo. Demostraba los años que tenía, más de cincuenta, pero la cuestión de la edad, como en el pasado, no me afectaba. Michele me pareció de nuevo, de inmediato y sin duda alguna, una de las pocas personas en el mundo que me interesaban seriamente.

Sentí una mezcla de conmoción y enojo. Vislumbré algunos rasgos de mi personalidad que no se manifestaban desde hacía tiempo. Añadí «Me gusta» a su comentario. Pensé que esa imagen, la imagen de mí misma sentada en un bar con el dedo índice en el teléfono, constituía la coronación de la escena de nuestro reencuentro al cabo de los años. No una mirada inequívoca de antiguos amantes en medio de la multitud de un teatro, no dos cuerpos que se acercan actuando como si nada durante una fiesta, ni siquiera un saludo tras el encontronazo en un supermercado frente a los estantes de los yogures. Solo el dedo en el teléfono. Usado para expresar aprobación. Desde ese momento todo sucedió con mucha rapidez.

Él me pidió amistad, lo hizo sin agregar mensaje alguno. Antes de aceptar, limpié mi perfil de las fotografías o contenidos que no estuvieran a la altura, es decir, lo eliminé todo, aunque lo cierto es que no tenía muchas cosas. Dejé una foto mía de las vacaciones, con una camiseta, una falda corta, sandalias amarillas, la cara cubierta con unas grandes gafas de sol. La elegí porque aparecía más delgada que en otras. Acepté la amistad, sin añadir mensajes tampoco. Me recliné en la silla del bar.

Ese día no nos escribimos nada, yo no habría sabido qué decirle. Me asombraba su conversión de persona que detesta recibir SMS a alguien que tiene un perfil en Facebook; me admiraba que estuviéramos repentinamente conectados, sin lágrimas, sin dramas. Pero no era tan raro. Dos

personas pueden haberse amado de la manera más apasionada, o haberse odiado profundamente, y al cabo de los años, un día cualquiera, aceptar la recíproca amistad electrónica con desapego burocrático.

Por la tarde, en casa, estudié su página de nuevo, ahora que éramos amigos tenía acceso a imágenes e información, las restricciones de privacidad ya no regían. Había escrito que vivía en Milán, que tenía un título en Economía, que un tiempo atrás había vivido en Londres. No había indicaciones sobre su profesión actual o sobre las anteriores. Había fotos de las vacaciones: el Caribe, Tailandia, las islas del Mediterráneo. Él no aparecía, pero se veía a menudo a dos mujeres, una adulta, la otra adolescente: su mujer y su hija, que ya tenía dieciséis años. Eran guapas. Delgadas, bien proporcionadas, con el pelo castaño. Boca y nariz delicadas. La madre imitaba a su hija en la indumentaria playera: pareo, camiseta, chanclas, uñas color geranio.

Encontré el álbum de una fiesta. Un interior, un árbol de Navidad. Michele estaba al lado de su mujer, que iba vestida de azul, con el pelo recogido y una amplia sonrisa. La mirada de Michele era diferente a como lo recordaba, tenía los ojos brillantes de quien acaba de encontrar una respuesta satisfactoria. Pero a fin de cuentas no era más que una imagen. Se veía también lo que debía de ser su casa. Las cortinas gruesas, un sofá esquinero, una lámpara anaranjada. Orden y geometría, pero con un poco de calidez. La idea de las alegrías domésticas ajenas, aunque fueran diminutas, me dolió.

Pensé que las fotos de otros —las fotos felices exhibidas— son composiciones visuales cuyo propósito es desafiar nuestro sentido de la moralidad. Emiten un júbilo exasperado, la suma de todas las fortunas. Por un momento deseamos que las personas fotografiadas mueran. Luego se nos pasa.

Imaginé que Michele y su esposa, en aquella foto, acababan de celebrar una hermosa Navidad de los años ochenta, una Navidad rica, pero no podía ser, la foto era reciente, retrataba a dos cincuentones de 2015 o por ahí. ¿Por qué imaginé eso? ¿Me había vuelto loca? En realidad, cuando pensaba en Michele y en su felicidad vivida lejos de mí, siempre se me venían a la cabeza los años ochenta. Algunas veces, en nuestros encuentros, me había contado episodios de su pasado. Historias que a menudo terminaban con esta frase: «Claro, que tú no puedes saberlo, en los ochenta eras demasiado pequeña». O bien: «Es un problema de registro civil, pertenezco a una generación de idiotas, soy irrecuperable». Idiota o no, esa era la época en la que había estado en el apogeo de su energía física. Hablaba a menudo de aquel entonces, con una especie de orgullo desesperado.

¿Qué son los años ochenta? Para mí, son solo el periodo en que Michele tenía veinte años y vivía despreocupado, en condiciones de conocer a su mujer, pero no a mí. Así es como me los imagino, años en los que la persona que me es menos indiferente en el mundo conoce a una mujer que puede jactarse de una fecha de nacimiento más favorable que la mía.

Al lado de esto estoy yo, a quien en 1988, a los cuatro años, fotografía mi madre en compañía del Santa Claus de unos grandes almacenes. Llevo un jersey con elefantes. Mi distancia de Michele es insalvable.

En su página, además de las fotos, encontré algunos enlaces a artículos de prensa, algunas citas de libros, pero ningún texto escrito que pudiera definirse como personal. Me di cuenta de que había una mujer, llamada Beatrice, que comentaba cualquier cosa que él escribiera, recibiendo por parte de Michele respuestas corteses, a veces divertidas. Eso me llamó la atención: me vi explorando la página de Beatrice.

Por su aspecto, parecía tener la misma edad que él. Las fotos, en su caso todas públicas,

revelaban una familia con dos hijos. Vacaciones en el mar, de nuevo, playas famosas. Y numerosas imágenes de ella en primer plano y de cuerpo entero, en distintas situaciones, incluidas algunas con traje de baño.

Llevaba gafas, vestía con pulcritud y tenía un perro que aparecía a menudo a su lado. Había algo discordante en ella, tal vez la cabeza grande sobre unos hombros un tanto caídos. No obstante, era sin duda una persona sensual. Pensé que había hombres a los que con toda seguridad les encantaría esta mujer, sus labios entreabiertos de cuando en cuando, las gafas de montura roja apoyadas en la punta de la nariz.

Decidí pedirle amistad a Beatrice. Ella aceptó de inmediato. Era de esas personas que conceden amistad sin pensárselo mucho, por lo demás tenía más de dos mil contactos.

Empecé a leer su página, sus comentarios. Escribía mucho, opiniones e historias de la vida cotidiana. No escribía mal. Se vislumbraba una mente racional, bien informada y simpática. No buscaba problemas y no los creaba, solía reaccionar de manera humorística. Ella y Michele podían perfectamente ser amantes. La mujer inteligente y sexy, de su misma edad, complaciente, casada y con hijos, poco molesta. Mi cabeza se llenó de pompas de jabón.

En ese momento, Beatrice escribió:

«Para todos los de ahí fuera: somos el resultado de cuatro mil millones de años de éxito evolutivo, así que comportaos bien.»

Tres minutos más tarde cambió su imagen de portada, la anterior era una foto de unos pies sobre la arena, la nueva era un cuadro inquietante y al mismo tiempo atrayente. Figuras que tenían algo de humano. Al observarlas, uno cambiaba continuamente de opinión, a veces parecían representaciones de gran compasión, a veces imágenes crueles. A propósito de la nueva foto, escribió:

«Hoy me siento tan alegre como el tríptico de la Crucifixión de Francis Bacon.»[\[6\]](#)

Algunos de sus amigos, pero no Michele, se apresuraron a comentar:

«Pon mejor la foto con el vestido rojo, tus fans quieren verla.»

«Este Francis Bacon se vendió por ciento cuarenta y dos millones de dólares en Christie's. Pero aunque me lo regalaran no lo colgaría. Qué ansiedad.»

«Chica, no pongas esas imágenes tan deprimentes, que hace un tiempo horroroso y con eso tenemos bastante.»

«Lo que se vendió en Christie's no fue la Crucifixión. Se vendió el tríptico de Lucian Freud.»

«¡Enseñanos las tetas!»

«Beatrice, cuelga una foto con los niños, que hace dos meses que no los veo.»

«Aquí en Piamonte hace calor.»

«Pues aquí lleva lloviendo una semana. ¿Dónde está el verano?»

«Fumaos un porro, por favor.»

«Sé que para las personas religiosas, para los cristianos, la Crucifixión reviste un significado totalmente diferente. Pero para mí, como no creyente, es solo un acto de comportamiento humano, un modo de comportarse frente a alguien (Francis Bacon).»

«Ya estamos con las citas. Las citas son lo peor del hombre contemporáneo.»

«No, lo peor del hombre contemporáneo eres tú.»

«Vale, pero ¿os habéis fumado un porro? Es importante.»

Beatrice no respondió a ninguno de los comentarios. Puso una foto del perro tirado en el suelo, acompañado por la frase «Es el amor».

Michele escribió al momento.

«Cómo te entiendo», y subió la foto de un gato blanco.

Así descubrí que tenía una mascota.

Imaginar a Michele cuidando de un pequeño mamífero me provocó estupor y un principio de melancolía. Mi amante del pasado se había convertido en alguien a quien le gustaban los gatitos y sus fotos, y no solo eso: además las publicaba. ¿Y si el gatito fuera, en cambio, una tapadera? La imagen que oculta una vida atormentada. Los gatos en Facebook tienen miles de significados. Pensé que yo no podría tener un animal porque viajo demasiado.

A la mañana siguiente, justo durante un viaje de negocios, la melancolía se convirtió en desasosiego y el desasosiego acabó imponiéndose. Ni siquiera los gatitos me han vuelto extraña o indiferente a Michele. De uno mismo, más que de los demás, nunca llegamos a liberarnos.

8. ¿Qué se dice de verdad en Italia?

Me levanté temprano, el coche que debía llevarme al aeropuerto estaba esperando fuera. No tenía necesidad de ir a Milán en el primer avión, pero siempre lo hago, me ayuda a camuflarme, a adecuar la jornada a las expectativas de los demás. Entre los hábitos de Seamus está el de ser madrugador. Muchos de nosotros lo imitamos, eludiendo el temor a la inadecuación.

El secreto para sobrevivir en múltiples ambientes de trabajo es eliminar la protesta interna reemplazándola por el talento para la imitación. Estos ambientes no son aptos para los revolucionarios, pero tampoco para los indignados y los rabiosos, que tarde o temprano se muestran ridículos.

Henry Kissinger dijo que las pugnas políticas académicas son tan ásperas porque lo que está en juego es poco. Donde trabajo yo, siendo lo que está en juego mucho en el sentido de que se trata de dinero, y esto es lo que importa a las personas que están aquí, las pugnas políticas se desarrollan de manera subterránea, con pocas palabras y cierto respeto por las formas. La sangre que se derrama es transparente. Se usa guante blanco. De vez en cuando me pregunto qué pasaría si algunas personas que conozco fueran catapultadas a un contexto de confrontación diferente, más explícito. Me temo que estarían confusas. Y viceversa: las personas de otros ámbitos, al bajar al mío, no entenderían el lenguaje de la guerra, el código de la conveniencia y la idoneidad, las estrategias de visibilidad cuando se hacen necesarias, la capacidad de esconderse de repente. No lo entenderían y perderían todas las batallas, muy rápidamente y con mucha tragedia.

Otra razón por la que siempre tomo el primer avión es que me da la sensación de una existencia llena de acontecimientos. Fred dice que llevamos una vida de estrellas del rock: vuelos en primera clase, salas VIP, automóviles y chóferes, hoteles de lujo, diferentes países, zonas horarias. Naturalmente, bromea: estamos muy lejos de las estrellas del rock por multitud de razones prácticas y tristes; sin embargo, tenemos en común con ellas un buen sistema inmunitario, muchos kilómetros recorridos y estancias en las cadenas hoteleras de todo el mundo.

Mientras salía de casa pensé que tenía que poner al día mi memoria sobre algunas noticias italianas. Sé lo que sucede en general, pero a menudo siento miedo de no entenderlo bien. Nuestro país de origen, cuando nos alejamos durante demasiado tiempo, se convierte en parte de un complejo de inferioridad. Los periódicos parecen hablar sobre acontecimientos que no están a nuestro alcance. Nuevas figuras políticas, estructuras empresariales que se amplían y colapsan siguiendo las cadenas accionarias, rumores que suenan interesantes y acaban revelándose inútiles, amistades secretas entre personas de las que nunca hemos oído hablar, sonrisas y rencores indescifrables. Mientras tanto nuestro país de residencia, el país extranjero que nos acoge, se vuelve familiar, aunque solo sea en la superficie. Basta una nimiedad: la broma de un cómico en televisión. Captamos el significado literal, entendemos por qué es divertido, pero no nos reímos. No conseguimos integrarnos en el país extranjero en el que vivimos desde hace años. Suspendidos entre dos tierras incomprensibles, a la fuerza nos sentimos inestables. Si hubiera una tormenta, en

algunas películas sería el momento de echar a andar bajo la lluvia.

Cada vez que voy a Milán lo primero que hago, si puedo, es ver a un amigo con el que estudié en la universidad. Vamos a tomar un café. Yo procuro que me explique lo antes posible y en persona lo que se dice de verdad, en Italia. Eso es justamente lo que le pregunto:

—¿Qué se dice de verdad en Italia?

Por supuesto que podría llamarlo, pero no sería lo mismo. Aun así, a pesar de las explicaciones que recibo, me sigo sintiendo ignorante.

Los italianos que no se han ido, cuando confieso que no entiendo, responden:

—¿Y tú qué crees, que nosotros entendemos algo?

Pero no creo que sea lo mismo. Su falta de comprensión contiene ironía y amargura, la mía es incompetencia real.

Lo más importante, en cualquier caso, es que los clientes no se percaten de mi ignorancia, sobre todo los nuevos, por ejemplo los dueños de empresas de dimensiones medianas a los que de vez en cuando vamos a visitar: nunca se sabe, hoy son medianas, mañana serán grandes. Algunos de ellos me cuentan lo que consideran que han hecho por el país a lo largo de los años.

—Y mire la situación en que nos encontramos hoy. ¿Sabe usted en qué situación nos encontramos hoy?

O bien, tuteándome de repente, lo que me recuerda a un tipo abriéndose la gabardina en un parque, dicen:

—Hemos aguantado carros y carretas. Tú ni siquiera habías nacido. ¿De qué año eres?

—De 1984.

—Naciste, y luego fuiste a la escuela y al instituto. Más tarde a la universidad para estudiar Economía.

—Sí.

—Y después te marchaste. Sí, pero te marchaste ¿para hacer qué? Aún no he entendido a qué te dedicas. Qué hacéis. Qué queréis de mí.

Enumeran los errores que creen haber cometido, y no dejan de aludir a su habilidad en muchas cosas. Su astucia y su presencia sobre el terreno.

—Un terreno que los que son como tú no conocen. La astucia que no puedes tener: de lo contrario, te habrías quedado aquí. En Italia luce el sol, te pones moreno, mira lo pálida que estás.

Una vez, uno me dijo:

—¿Usted sería capaz de mandarme a la mierda?

Le respondí con una sonrisa, pero insistió:

—No, en serio. ¿Usted sería capaz de mandarme a la mierda a mí, a su potencial cliente?

—No, no sería capaz.

—Pues eso, ¿lo ve? Viva la honestidad. Por cierto, ¿qué hace usted con el dinero, lleva a sus hijos al colegio en Porsche?

—No tengo hijos. Por no tener, ni siquiera tengo coche.

—¿Pero nació rica o pobre?

—Ni una cosa ni la otra.

—Hubiera apostado a que era rica. Verá, es que necesito entender qué hace la gente y de dónde viene. Si no, no puedo trabajar con nadie. Tengo que encuadrarla. Una vez uno de ustedes me dijo: la gente trata de ganar dinero porque el dinero, después, hace todo lo demás por ellos. Qué buena

respuesta. Parece un anuncio de tarjetas de crédito. ¿No es divertido? Vamos, ríase un poco, maldita sea.

En el aeropuerto despaché los trámites y me fui a la salita de British Airways. Comí un poco de salmón ahumado de un platillo blanco y frío. Hubiera podido levantarme a coger unos huevos revueltos, me apetecían tostadas y mucha mantequilla, pero estaba a gusto en el sillón observando a los demás.

Dada la hora, la sala estaba llena de gente que viajaba por negocios; algunos estaban sentados en pequeños grupos y discutían preparándose para las reuniones de trabajo que los esperaban. Se me vino a la mente la frase «Solo los imbéciles son brillantes a la hora del desayuno». Un hombre alto y rubio, pálido, se puso de pie de un salto y dijo en voz alta:

—¡Debemos concederles el beneficio de la duda!

Y se bebió el café de un solo trago.

Me dolía un poco la cabeza, instintivamente me llevé las manos a la cara, olían a salmón. Fui al baño a lavármelas tres veces, luego abrí Facebook. Escribí un mensaje privado que solo decía: «Desagrado».

Hacía mucho tiempo que no escribía mensajes de esa clase, es decir, ricos en significado para mí pero sin sentido para quienes los leen. Yo no solía entrar en Facebook durante la semana, y mucho menos por la mañana. Pero no pude evitarlo. Enviar ese mensaje fue lo único que se afianzó en mi mente desertificada pero no carente de automatismos del pasado. Era un mensaje dirigido a Michele. Al escribirle, profané por primera vez su buzón privado, y fue como el principio de un sendero.

9. El poder del agrado

—Solo creo en el análisis de los datos históricos. El resto son gilipollices.

—Porque tienes la mentalidad del crédito. En cambio, lo que a mí me interesa es que el consejero delegado responda por el plan de negocio. Quiero a alguien que ponga su alma en las previsiones. Y si comete un error, quiero ver rodar su cabeza.

Las dos voces, masculinas, provenían de los asientos a mi espalda. Interrumpieron el breve consuelo de un sueño incómodo pero tibio. Miré hacia fuera. El avión sobrevolaba los Alpes.

Las voces hablaban del pasado y del futuro, de los análisis históricos por un lado y de las previsiones por otro. ¿Y el presente? Es uno de los temas favoritos de Fred cuando se lanza a pontificar en la oficina a las once de la noche, mientras espera el taxi que le lleve a casa. Puede parecer delirante, y sin embargo creo que solo tiene nostalgia de los discursos en público que le hacían prepararse desde primaria en el exigente colegio inglés donde fue el primero de su clase: sus mejores años. Por ejemplo, dice:

—Para los seres humanos el presente es demasiado complicado. Para otras formas de vida tal vez no, pero para las personas sí. Algunos prefieren cultivar la memoria, tienen la manía de documentarlo todo, reflexionan sobre sus orígenes. Si se van de vacaciones, fotografían con ahínco, buscan acumular detalles para recordarlos más tarde. Estas personas viven en el pasado. A otros por el contrario les encanta alimentarse de esperanzas, perseguir sueños, interrogarse sobre los miedos. Cortejan el futuro con amor y preocupación, piensan en la muerte o planean el Año Nuevo, que en el fondo es lo mismo. Ahora bien, me pregunto, y os pregunto: ¿existe una tercera categoría de personas, la categoría de aquellos que se ocupan con pasión del presente? Si he de ser honesto, yo creo que no. El presente, por lo general, nos atrae superficialmente, alabamos a aquellos que saben aprovechar el momento. En la vida cotidiana, pese a todo, es difícil que nos preocupe de verdad. Sabemos que existe, llegamos a entreverlo cuando conducimos un automóvil, cuando hacemos deporte o vemos un partido de fútbol. Pero no son más que impresiones. El presente, en teoría, constituye la materia prima de nuestras vidas; en la práctica, se queda fuera. No se deja comprometer, dañar, implicar. No se deja observar. Es él quien nos observa, más bien. Ahora que lo pienso, el presente es como un espía. ¿Enviado por quién?

Cuando aterrizamos, me di la vuelta para ver quiénes eran los dos hombres que estaban sentados detrás. Uno era calvo y llevaba unas gafas de montura negra, el otro era joven y lucía una barba bien cuidada, daba la impresión de ser uno de esos hombres que saben que no son guapos, pero sí interesantes. Era imposible determinar por su aspecto quién era el paladín del pasado y quién el del futuro.

Le di al taxista la dirección de la casa donde me crie. Después de la muerte de mi madre, hace

unos años, no se la he alquilado a nadie. Siempre llevo las llaves conmigo, no voy casi nunca, pero acostumbro a revisar el correo. Una vecina echa un vistazo a la casa de vez en cuando, la ventila; el mobiliario está cubierto con sábanas.

Saqué el teléfono, estaba lleno de emails de trabajo, en la proporción habitual. Solo el veinte por ciento permitía dar una respuesta inmediata, la mayoría me obligaba a dirigirme a otros, exponiéndome a la incertidumbre de su reacción. No tenía ganas. Miré por la ventanilla, reflexionando sobre las diferencias de paisaje entre Londres y Milán. Verifiqué si había alguna respuesta de Michele.

El desasosiego que había sentido antes parecía haberse retirado quién sabía adónde, dejando un espacio vacío. En cualquier caso, el hecho de que hubiera o no una respuesta me interesaba, lo cambiaba todo, marcaba el tono de la jornada.

Bajo mi mensaje, «Desagrado», Michele había escrito:

«Lo siento, pero ¿por qué me dices eso?»

Mi tranquilidad se esfumó.

«Estoy en Italia», escribí.

Él respondió de inmediato:

«Yo también estoy en Italia. Vivo en Italia.»

Guardé el teléfono en el bolsillo sin añadir nada más.

El piso donde me crie se encuentra en la tercera planta de un edificio amarillo que aspira a mantener una apariencia señorial. La impresión que da es la de un lento declive.

En el portal encontré un letrero: «Se alquila piso de dos habitaciones». Escrito así, sin hache. Pensé en Seamus. Los errores siempre me hacen pensar en él.

Cada año, cuando los estudiantes en prácticas llegan en verano al banco, Seamus pronuncia un discurso introductorio.

—El nuestro es un trabajo donde no se cometen errores —declara, levantando el índice—. Si cometes uno, te llaman al orden. Si cometes dos, te vas a la calle.

Los becarios suelen sentir por él, en ese momento, aversión, curiosidad y respeto. Todo a la vez. Quedan hipnotizados. Piensan sin duda que es joven para el puesto que ocupa. No lo es, pero conserva su aire juvenil: los rizos tupidos, los ojos azules, el cuerpo enjuto, la voz suave de alguien que nunca ha fumado. Disfruta al decir:

—Si tuviera algunas arrugas más, sería mejor de cara a los clientes. Pero hay que apañarse con lo que uno tiene.

Sufre a causa de su baja estatura. Cuando vamos juntos a alguna reunión, me observa a escondidas, creyendo que no me doy cuenta. Soy unos centímetros más alta que él, y además uso tacones a diario. De modo que me observa, por ejemplo en el ascensor. Es cosa de un instante e inmediatamente se aplaca, se ajusta el nudo de la corbata. Tal vez piensa que las mujeres altas, al lado de un hombre, proyectan una imagen de éxito. Creo que una vez lo dijo.

La frase esa sobre nuestro trabajo donde no se cometen errores es falsa. Todos cometemos errores, muchos incluso, no necesariamente torpes como los de alguien en prácticas, aunque los errores sofisticados a menudo son los más peligrosos. Hasta Seamus los comete, luego los supera con desenvoltura. A partir de los errores es capaz de bailar, de construir nuevos mundos. Sobre todo, se las arregla para perdonarse a sí mismo, para olvidar.

Si es necesario, se esfuerza por ser maleable con quien es más poderoso. Y es amable con los

que trabajan para él, cuando quiere. Conoce el poder del agrado. Sabe que los interlocutores más peligrosos pueden estar por encima de nosotros, pero también por debajo, a la derecha y a la izquierda. Enfrente y detrás. En una infinidad de posiciones creativas y dolorosas. Pero ninguno se resiste al agrado. A menudo dice:

—Yo sé amar.

Lo dice de verdad y algunos se ríen a escondidas.

En una ocasión me explicó que siempre debemos intentar ver en los demás algo con lo que podamos identificarnos, de lo contrario terminaremos sintiéndonos diferentes.

—Sentirse diferente es una gran pérdida de tiempo. Lo dijo Hegel.

Nunca he comprobado si es verdad.

En otra ocasión me hizo una confidencia, creo que quería crear un vínculo, así que me contó algo personal. El caso es que Seamus se apellida Heaney.

Estábamos en un taxi, él revisaba los emails y respondía como un loco, me hacía sentir náuseas solo de verlo. Sin apartar los ojos del móvil, me dijo:

—Hace un tiempo me pasó una cosa tremenda. Algo que no olvidaré.

Sus dedos enloquecían sobre el pequeño teclado, casi con placer. Continuó:

—Aquel día abro la página de las noticias irlandesas y ¿a que no adivinas lo que veo publicado? «Ha muerto Seamus Heaney.»

Me miró un instante y volvió a teclear. Parecía insatisfecho, permaneció en silencio treinta segundos por lo menos. Con una sonrisa de suficiencia dirigida a algún email, prosiguió:

—¿Entiendes lo que quiero decir? Seamus Heaney era un poeta. Ganó el Nobel.

—Lo sé.

—Ah. Porque por lo general nadie lo sabe aquí. La verdad es que la homonimia nunca me ha creado ningún problema. Hasta el día en que, como te digo, abro las noticias y leo: «Ha muerto Seamus Heaney». Desde entonces siento una leve angustia. ¿Tienes homónimos famosos?

—Tendría que comprobarlo.

—Compruébalo. Te conviene. Es mejor saberlo primero.

Levantó la mirada, que se volvió realmente penetrante.

—Giulia, ¿has leído alguna vez un poema de Seamus Heaney?

—No.

—¿Al menos has entendido por qué te he hecho esta confidencia?

—Me temo que no.

—El mundo me debe algo. Así que a tomar por culo.

La conexión entre esta última frase y lo demás no estaba del todo clara, pero no le pedí explicaciones. Dio una patada por delante de él, al vacío. Los taxis ingleses son espaciosos.

—Efectivamente, a tomar por culo —dije.

Meses después, leyendo el periódico dominical, encontré un artículo que citaba algunos versos de Seamus Heaney, el poeta:

*Cada año sembraba mi jardín de una yarda.
Sacaba una capa de terrones para construir la tapia
que alejaría a los cerdos y el picotazo de las gallinas.*[\[7\]](#)

Hace un año, Seamus se casó. Para celebrar la boda se fue hasta Cerdeña y alquiló un complejo de lujo. Una gran fiesta, no carente de pompa, aunque en esencia una boda llamativa no es muy

diferente a cualquier otra. Todas las bodas conllevan la ambición de mostrar algo. Incluso las minimalistas: quieren mostrar que no se quiere mostrar.

A partir de los veinticinco años, como es normal, empecé a recibir con regularidad invitaciones de boda de amigos y conocidos. Siempre que he podido, he acudido. Así me he hecho una idea, he madurado mi opinión sobre el asunto. Por ejemplo, creo que la celebración, desde la ceremonia hasta el banquete y el baile, no debería durar más de siete horas. Después de siete horas los invitados empiezan a estar hartos.

Aquel día, en la fiesta de Seamus, hacía calor, pero una leve brisa suavizaba la atmósfera. El sacerdote, traído a propósito desde Irlanda, era joven, atlético, se le veía a gusto en la pequeña iglesia del pueblo, no muy lejos del complejo. Se parecía un poco a Daniel Day-Lewis, con el pelo arreglado. Habló del amor como ejercicio de voluntad. No solo en el sentido de ser fieles, sino también en el otro sentido: no sofocar a la persona amada, limitar los excesos del amor, si no deja de ser amor, es hacer daño. Luego dijo:

—La esperanza no es la convicción de que las cosas saldrán bien, sino la certeza de que algo tiene sentido sin que importe el resultado final.^[8]

Sus palabras resonaron sin drama, enmarcadas en la exuberancia de las flores blancas que adornaban el altar.

—Es una cita de Václav Havel —añadió—. Me parece muy apropiada.

Los invitados lo escuchaban y no lo escuchaban. Casi todos se estudiaban unos a otros sin llamar demasiado la atención: el objetivo era registrar presencias y ausencias. Casi todos eran de Londres, casi todos vinculados al trabajo. Al considerar el número de personas que Seamus conoce profesionalmente, resultaba interesante tratar de comprender qué criterio de selección había adoptado. ¿Había clientes? Había colegas, sí, pero ¿cuáles? ¿Había figuras importantes, dignas de mención, famosas? ¿Famosas en nuestro ámbito o famosas en general? Todos se entregaban a cábalas por el estilo. Una abrumadora mayoría de invitados eran bastante jóvenes, entre los veinticinco y los cuarenta. Gente que conocía el dinero, que tenía familiaridad con él. Seamus, el cincuentón de aspecto indefinido, era a todas luces uno de los más viejos.

Me dispuse a estudiar el atuendo de las mujeres, extrayendo una sensación de heladería: los colores, la ligereza, el día caluroso que amenazaba con derretir los cuerpos como estatuas de cera. Y los trajes de los hombres: nada de particular, los chicos de espaldas eran todos iguales y se distinguían únicamente por la forma física, altos y bajos, delgados o gordos, calvos y ese tipo de cosas. Sabía que, si se volvían de repente, exhibirían sus corbatas de color liso o estampadas con motivos inteligibles solo desde muy cerca. Cuando llegó el saludo de la paz, los de la fila de delante se dieron la vuelta y tendieron sus manos, mis vecinos se las estrecharon, yo seguí su ejemplo. Por un segundo apreciamos el gesto de fraternidad y al mismo tiempo nos invadió una sensación embarazosa.

Al final de la ceremonia, mientras los recién casados se hacían fotos, nos trasladamos al complejo para tomar un aperitivo. Champán, comida en pequeñas dosis, variedad de estilos y sabores, elegantes composiciones. El mar al fondo, el césped perfecto y suave, el mobiliario de color crema. Por encima de cualquier otra cosa, la indiscutible sensación de hallarme allí sin acompañante: tal vez no importara, pero no se podía negar.

Me acerqué a un pequeño grupo de personas que conocía: había un joven enojado con el sistema porque en el último año, tras haber optado por operar, según decía, con especial rigor moral, había ganado menos dinero que otros; estaba el emprendedor que había dejado las finanzas unos años antes y vivía con algunas privaciones, por decirlo así, en el sentido de que lo invertía

todo en la empresa esperando alcanzar ciertos resultados y mientras tanto se alimentaba de pizza congelada; y estaba la supermamá. La supermamá trabajaba en banca y tenía ya tres hijos. Según nos explicó, lo manejaba todo a través de un complejo sistema de niñeras, ayudantes y una hoja de ruta diaria muy rígida.

—Es cuestión de organizarse.

Junto a ella estaba su marido, un hombre empequeñecido a causa de los esfuerzos por vivir dispendiosamente; transmitía erosión de espíritu. La supermamá lo señaló.

—Él me ayuda muchísimo.

El más locuaz era el emprendedor. No quería hablar de su trabajo, sino de cuestiones filosóficas.

—La cantidad de fobias contenidas en el miedo a volar es impresionante —decía—. Los ruidos y los espacios cerrados, la altura, la soledad, en el sentido de que todos se sienten solos en sus respectivos asientos. Luego está la ansiedad por la separación: del suelo y de las personas que se han quedado en tierra. La madre de todas las separaciones, daos cuenta, es la muerte. Por eso, quien tiene miedo a volar no puede librarse de la ansiedad. El avión es una metáfora. El miedo es un mecanismo de supervivencia. No se deshace uno tan fácilmente de un mecanismo de supervivencia.

El chico enojado con el sistema comentó:

—Los mecanismos de supervivencia nos hacen tirar la vida por la ventana.

En ese momento, una pequeña orquesta empezó a tocar una canción de Nat King Cole. La supermamá movía la cabeza, quería cantar, se sabía la letra. Se nos acercó una señora anciana, tal vez la única persona más mayor que Seamus entre los presentes. Tenía un rostro bello, los ojos verdes, el pelo blanco. Su vestido era demasiado pesado para esa época del año.

—Soy la madre del novio —dijo en un tono formal que delataba cierta ironía.

Siguieron las felicitaciones de rigor. Ella sonrió, pero parecía incómoda. Ya me había fijado en ella en el atrio de la iglesia y me había dado la impresión de que se sentía fuera de lugar.

Nos contó que cuando ella se casó habían celebrado la boda al aire libre, pero estaba lloviendo, el clima de Irlanda era así. Tuvieron que comer en una sala improvisada, bajo techo, aunque para bailar, pese a todo, salieron afuera, empapándose por completo. Sus zapatos de oro y plata se estropearon con el barro, y ella se disgustó, pero solo un poco. En el disgusto había cierta satisfacción: una fiesta es una fiesta, y en cuanto a los zapatos, qué se le va a hacer.

—¿A alguien le apetece beber algo? —propuso al final.

Entonces se dirigió a mí:

—A ti seguro que sí.

Me agarró del brazo y me condujo a un enorme cenador blanco bajo el que se servía el alcohol.

—No entiendo esta boda con este calor. En Italia se casan los italianos, ¿cierto? Pero Seamus es así. Y, además, no entiendo cómo se puede ganar tanto dinero. Yo soy maestra, no soy idiota. Mira a tu alrededor: ¿tú sabrías explicármelo?

¿Debía explicarle que su hijo formaba parte de una anomalía en el mercado laboral? ¿Una anomalía que me incluía a mí también y que reflejaba una distorsión de la realidad? ¿Pretendía que luego empezáramos a hablar de lo que entendíamos por realidad? ¿Se derivan los modelos económicos de la naturaleza de las cosas, o son mecanismos ficticios aplicados a la naturaleza de las cosas para modificarlas gradualmente, como los aparatos dentales?

Apreté los labios. El viento encrespaba la hierba y hacía ondear las faldas. Ella se me quedó mirando unos instantes, lo suficiente para hacerme sentir incómoda.

—¿No me respondes? Qué le vamos a hacer. Moriré sin haber aclarado el misterio. A partir de hoy, por lo menos podré decir: ya lo he casado. Aunque no sea más que para ahorrarme el ir a Londres a vigilarlo, por temor a que se abandone. Una madre se preocupa, ¿sabes? No importa que su hijo tenga cincuenta años. La de veces que me hice ilusiones. Una tarde que estaba con él salimos a pasear y nos topamos con una chica muy guapa que iba al gimnasio. Llevaba una sudadera fucsia que le sentaba genial. Se detuvo y lo saludó muy calurosamente, y él me la presentó en seguida. Confié por un instante en que hubiera algo entre ellos, tal vez ese encuentro estuviera preparado. Pensé que era su novia. Pero no, nada. Me sentó fatal. Desde hoy, afortunadamente, estas cosas no volverán a suceder. Pero hablemos de ti, eres muy joven. No estés mucho tiempo en la oficina, de lo contrario se te quedará el culo plano.

Cuando volvimos a reunirnos con el grupito, la supermamá les estaba enseñando a todos las fotos de sus hijos. El emprendedor proseguía con sus razonamientos. Yo los escuchaba a ratos, vaciaba el vaso, volvía a llenarlo e iba poniéndome más alegre poco a poco. El alcohol tenía en mí un efecto inmediato. En determinado momento, el emprendedor soltó la siguiente frase:

—La ballena es un animal gigantesco del cual, a fin de cuentas, no sabemos mucho. Aparece y desaparece.

—¿Eso también es una metáfora? —dije.

Fingió no haberme oído, tal vez porque me estaba riendo.

La cena tuvo lugar en un ambiente relajado. La *wedding planner* y sus ayudantes con traje y auriculares, que hasta entonces no habían dejado de correr arriba y abajo, se calmaron y se sentaron a una mesa, quitándose las chaquetas todas a la vez. Hubo música en vivo, fuegos artificiales. Bailé mucho, me quité los zapatos y me quedé descalza, abracé al emprendedor y descubrí que usaba una de esas lociones de afeitado persistentes. La supermamá alcanzó por fin el micrófono y se puso a cantar. Algunos corrieron a la playa y se mojaron los pies, luego regresaron y gritaron:

—¡Todos en bañador!

Percibí el desapego en los rostros de los invitados, la idea de que somos aún más incomprensibles de lo que parecemos. Divertirse es difícil. En el curso de la vida intentas quedarte en el lado correcto, me refiero al lado correcto de la diversión. La pregunta existencial que nos acongoja es: ¿me estaré perdiendo algo?

10. La vida pasa y yo no bailo

Frente al portal de la casa de mi infancia, decidí no entrar. Algo me arrastró lejos de allí, una debilidad, la indolencia que uno siente ante una maleta pesada. Retomé mi caminata, tenía una cita al cabo de una hora, no sabía bien cómo matar el tiempo. No había organizado nada para ver a mi amigo, para saber qué se dice de verdad en Italia.

Hacía calor, un calor húmedo. Llevaba puesto mi uniforme, siempre el mismo, con alguna variante: el traje de chaqueta oscuro, en este caso más ligero, una blusa de corte masculino, un par de zapatos de salón con la punta redonda. Hacía tiempo que le daba vueltas a la posibilidad de cambiar, de vestirme de manera más refinada, como en una serie de televisión sobre abogados de la que había visto algunos episodios: allí las mujeres lucían ropa colorida y desafiante.

Para sentarme un rato, entré en un bar y pedí un café. La reunión a la que iba a asistir era importante, pero no me preocupaba: conocía bien a la persona con la que estaba citada. En el maletín llevaba algunas diapositivas que, estaba convencida, ni siquiera tendría que sacar, no iban a ser necesarias. Tenía también un ejemplar de la novela que le había regalado a Michele años atrás, *La paga del sábado*. Siempre lo llevo conmigo. De vez en cuando abro una página al azar y encuentro una frase que parece hecha a propósito para ese momento, por ejemplo: «La vida pasa y yo no bailo».[\[4\]](#)

Llegué a la cita con un cuarto de hora de antelación. Me senté en una sala, había una mesa larga en la que estaban posados tres jarrones transparentes llenos de piedras azules y violetas. Entró un chico que traía agua:

—Tardará un poco. Le pide disculpas.

Le di las gracias. Salió cerrando la puerta sin hacer ruido.

Había algo extraño. Notaba las piernas flojas. En mi cabeza me sentía como una niña pequeña, como si algunas partes importantes de mí se estuvieran desprendiendo, dejándome solo una sensación de letargo y una especial estupidez. Deseaba ser una niña en una habitación llena de trenes eléctricos, quería jugar feliz y sin pensar, protegida por padres cariñosos. Bebí un poco de agua, cerré los ojos y los abrí de nuevo.

Justo entonces entró la Princesa. Así es como la llaman, aunque no es una princesa de verdad. No se conoce el origen del apodo, podría ser una broma. En todo caso, a ella no le molesta.

A pesar de que nos reunimos a menudo, siempre me deja impresionada: imponente, el cabello muy rubio por los hombros. Nació en Sudáfrica, pero vive en Italia desde hace muchos años. Habla inglés, francés, alemán e italiano, el italiano con acento milanés. No le gusta financiarse incurriendo en deudas —no le gustan los bancos— y se jacta de ello. Es inteligente, y sobre todo no tiene piedad. Por suerte, yo le caigo simpática, incluso si su afecto hacia mí, según creo, es una consecuencia del hecho de que odia a Seamus: se alegra de que sea yo quien trate con ella.

Empecé a hablar de inmediato, lo más rápido que pude, sin devanarme los sesos en exceso.

—Estaba pensando que en este momento me gustaría ser una niña y dedicarme a jugar y a nada más. Con mamá, o mejor dicho, con papá.

Ella se rio. No sabe que no llegué a conocer a mi padre. Se rio e hizo un comentario sobre el hecho de que a todos nos gustaría escondernos en una isla desierta, sin teléfono ni periódicos. Asentí con la cabeza. La habitación parecía flotar. La Princesa añadió:

—Esta mañana se me ha ocurrido que la historia, como siempre, se reduce a unos cuantos momentos fundamentales. Como el referéndum de los ingleses. Podría decir que no me importa, hace tiempo que he renunciado a la libra esterlina y respecto a lo demás mantengo una actitud laica. Sin embargo, hay algo que no me gusta, cierta fealdad. El caso es que hoy no estoy de humor. Ahora mismo me gustaría estar sentada en alguna otra parte. En cualquier parte, incluso aquí. Pero no para hablar. Para que me dieran un masaje.

—Entiendo.

—¿Me darías un masaje?

—¿Cómo?

—Era una broma. Quería comprobar si me estabas escuchando.

Se sentó, hice lo mismo.

—Giulia, disculpa, pero ¿qué te ocurre hoy? ¿Tienes problemas amorosos?

Parecía satisfecha de haber pronunciado esa frase informal, pero yo sabía que formaba parte de la ceremonia. Comprendí que había llegado la hora de la verdad. Mi cabeza se volvió muy ligera, y me encontré en una zona blanca, suave, llena de tibieza. En esas condiciones mentales empecé a hablar con alivio y precisión del mercado de deuda. El tiempo pasó en un suspiro.

Al salir de la reunión me di cuenta de que había durado casi una hora y media. En la puerta, la Princesa me hizo una recomendación:

—Intenta descansar un poco. Tienes cara de pasar demasiado tiempo detrás de los hombres.

Ese día, estaba claro, quería perder el tiempo, distraerse, buscaba las confidencias, extrañamente parecía incluso satisfecha con lo que le habíamos propuesto como banco. Pero yo me había hartado, al cabo de un rato me canso, si no hay una razón precisa para seguir ahí. No soy una vendedora nata, tengo que esforzarme para discernir el sentido profundo de la cháchara, y eso es una gran limitación. Me despedí con toda la efusividad de la que era capaz. Dio la impresión de que bastaba.

Faltaban casi tres horas para el vuelo de regreso a Londres. Di un paseo y sin darme cuenta me encontré de nuevo frente a mi casa. En algún punto del recorrido una nueva fantasía se había infiltrado en mí.

Escribí un mensaje a Seamus:

«Tengo que hablar contigo. He decidido dejar el banco.»

Borré las palabras cuidadosamente, como si fueran objetos contaminados. Es algo que me ocurre de vez en cuando, lo de escribir cosas así solo para contemplarlas, pero luego no las mando. En cambio, tecleé:

«La reunión con la Princesa ha ido muy bien, está muy interesada, y eso ya es una sorpresa. Te lo explicaré cuando vuelva, no es urgente. No volveré a Londres esta noche: por desgracia, tengo que resolver un asunto relacionado con la herencia de mi madre. Me tomo un par de días libres, tal vez tres. No he podido evitarlo, lo siento.»

Pulsé «enviar». El mensaje era falso, no había ningún problema relacionado con la herencia, pero sabía que ante un tema patrimonial Seamus no tendría nada que objetar.

Cerca de la casa había un local nuevo, lleno de empleados a la hora de la comida. Entré y pedí una ensalada completa con ingredientes superfluos. No miré el teléfono ni una sola vez mientras comía, a propósito, como si estuviera ignorando a una persona a la que quisiese castigar.

Pagué y salí. Crucé la calle, abrí el portón de la casa, por fin reuní valor suficiente. Dentro estaba oscuro y húmedo. A la derecha quedaban los buzones. Mi padre nunca había vivido con nosotras, pero su apellido siempre estuvo al lado del de mi madre; por otro lado, también es el mío. Hacía algunos años se había añadido una tercera etiqueta: Ferrari. El último compañero de mi madre, Luca. En determinado momento se había mudado a nuestra casa. Alguien debía de tener todavía esa dirección, porque en el buzón había una carta dirigida a él. El sobre, que metí en el maletín, contenía algo grueso.

Mientras subía las escaleras me detuve a la mitad; Seamus me había contestado.

«De acuerdo, tómate el tiempo que necesites. Ya te escribo yo. Si hay trabajo que hacer para la Princesa, llama a alguien y pon en marcha la maquinaria. No me importa si no te parece urgente, que arranque de todas formas. Hay que estar detrás de cosas así. La actitud lo es todo.»

«La actitud lo es todo.» No eran palabras al azar: me vinculaban a él a través de un recuerdo ambiguo.

Alrededor de un año antes, Seamus me había involucrado en uno de sus proyectos más íntimos.

—Giulia, tengo que hablarte sobre algo muy reservado.

Había cerrado la puerta del despacho. La pizarra blanca estaba completamente llena: siglas de fondos especulativos, cifras, símbolos. Me preguntaba qué clase de situación requería que me hablara a puerta cerrada. Desde hacía unos días, circulaba el nombre de un cliente: una operación con números más grandes de lo habitual.

Me senté a la mesa redonda, abrí el cuaderno. Él me detuvo.

—Ciérralo. No voy a involucrarte en una operación que pasará a la historia de las finanzas, como dice ese de ahí.

«Ese de ahí» era un colega nuestro al que le gustaba decir, en efecto, «pasará a la historia de las finanzas». Lo repetía en cualquier coyuntura.

—Antes que nada, contéstame a una pregunta —continuó—. ¿Qué es lo más importante aquí?

Me atusé el pelo.

—¿Desde qué punto de vista?

—No intentes ganar tiempo, me conozco los trucos. Responde.

—De acuerdo. El dinero, la reputación y la obsesión son importantes. Pero no son lo más importante.

Se rio, luego gritó:

—¡Responde! Una sola cosa. ¡Responde!

—Las personas.

—Bien. Si fuera tu padre estaría orgulloso de ti.

Mordí el bolígrafo demasiado fuerte. Una pieza de plástico se desprendió. Él continuó:

—El otro día me llamó desde Nueva York un antiguo compañero mío de universidad. Después de un par de bromas me sale con la clásica charla sobre los júnior. La diferencia entre cómo se trabajaba en otros tiempos y cómo se trabaja hoy. De vez en cuando alguien se deja llevar por esa

clase de jeremiadas.

—Es una manera de darse tono.

—Exacto. El gran discurso sobre los jóvenes, sobre los analistas. Decir: «En mis tiempos nos dejábamos la piel en la oficina, hoy lo de estar en la oficina hasta las tantas ya no lo aguantan, son gente sin nervio, con horchata en las venas». A mí no es que me vuelvan loco estos razonamientos, no me gusta afirmar que cualquier tiempo pasado fue mejor. Pero hay algo de cierto. A los recién llegados se los trata como a osos panda, como a animales en peligro de extinción. Todos los meses tienen un fin de semana libre garantizado, y luego está la regla de «el viernes se cae el boli».

La regla se llama efectivamente así: el viernes se cae el boli. El viernes por la tarde, a partir de las siete y hasta el sábado a mediodía, los analistas no pueden trabajar. No se admiten excepciones. Hasta pasa un vigilante para asegurar que nadie se quede en la oficina.

Seamus estiró los brazos.

—¿Alguna vez te lo has planteado? Les pagan menos que antes, pero los colman de pretensiones y derechos. Derechos a cambio de menos dinero. Mientras tanto las finanzas, como profesión, han dejado de estar de moda; todo por culpa de Steve Jobs. Hoy los jóvenes quieren ser como él y al final acaban tirando el dinero a la basura, pero con mucha creatividad. Suerte tenemos de poder contar aún con los que provienen de contextos menos sofisticados, o incluso de países en vías de desarrollo. Tienen más entusiasmo. Siempre lo he dicho: contratemos a los pobres, hagamos una auténtica política de reclutamiento. Puede ser un nuevo criterio, ¿por qué no? Seleccionamos a un pobre, preferiblemente inteligente, le enseñamos las finanzas, le hacemos rico y a tomar por culo los demás. No por razones morales. Simplemente tiene sentido. Basta de pijillos. Yo era pobre.

Me miró.

—En fin. Hoy vamos a hacer una cosa de otros tiempos. Sí, y tú vas a hacerla conmigo. Una cosa que podría ir contra las reglas blandas del presente, las reglas de la corrección, pero nosotros valemos mucho y nos las apañaremos, ¿verdad?

—¿A qué cosa te refieres?

—No te lo voy a decir. Por ahora no. Tú procura que no se te note nerviosa.

Era el último día antes de las vacaciones de Semana Santa. Muchos analistas estaban listos para emprender un largo fin de semana. Tenían la maleta al lado del escritorio, zapatillas deportivas en los pies.

Seamus pidió a su secretaria que mandara un email a todos los júnior. Los invitaba a acudir, a las dos de la tarde, a una de las salas de conferencias de los pisos superiores, donde los pondría al corriente de algunas novedades sobre el equipo. Un email que, tal como estaba escrito, parecía importante.

A la hora establecida, los analistas se dirigieron disciplinadamente al lugar indicado. Seamus no estaba allí, me había dicho que subiera yo también y que lo esperara. Yo todavía no sabía qué quería comunicar.

—Te lo explicaré justo antes de entrar —me había prometido—. Te pediré que salgas. Es una sorpresa.

Pasó media hora. Todos miraban el móvil o el portátil, algunos trabajaban en serio, otros fingían hacerlo: se reconoce en seguida a los que fingen, tienen una manera dramática de encorvar los hombros.

—Disculpa, ¿tú sabes algo? —me preguntó uno.

—Vendrá. Si ha dicho que viene, lo hará —respondí.

Al cabo de una hora, cuatro analistas se levantaron y uno de ellos me preguntó:

—¿Podemos irnos? Tenemos que coger un avión dentro de nada.

No quería soltar sermones.

—Vosotros mismos.

Se fueron. Seamus se presentó poco después. No me pidió que saliera, no me explicó nada antes. Llevaba una hoja de papel y un bolígrafo en la mano, los dejó sobre la mesa y les dijo a los chicos que quedaban:

—Escribid vuestros nombres aquí.

Obedecieron. Entonces él dijo:

—En 1991, el sénior de un prestigioso banco hizo esto mismo que yo acabo de hacer. Convocó a los jóvenes antes de las vacaciones y llegó tarde. Algunos, como vosotros, esperaron, otros se fueron. Los que se marcharon fueron despedidos. La lección que se quería dar era esta: aprended a esperar a quien es más importante que vosotros. Un día podría llamaros un cliente y dejaros fuera de su despacho durante horas antes de recibirlos. Vuestro trabajo, en tal caso, es permanecer sentados. Vendemos servicios. La paciencia es fundamental. No importa si estáis titulados por la universidad más famosa del mundo, sin la actitud correcta no iréis a ninguna parte. Con la actitud correcta, nadie podrá deteneros. La actitud lo es todo.

El discurso, según supe más tarde, era idéntico en lo esencial al del sénior del banco prestigioso. No surtió, sin embargo, el efecto de ensalzamiento, de elogio de la abnegación que supongo tuvo en 1991.

Cuando salimos, Seamus me llevó aparte.

—Ahora debería despedir a los que no están en la lista, a los que se han ido. Obviamente, no puedo. Los de recursos humanos me matarían. Lo que sí puedo, quizá, es escribirles una valoración mediocre a final de año. No hace falta mucho, dos palabritas tibias y acabarán en la parte de abajo de la clasificación. ¿No?

Sus ojos se abrieron como si hubiera vislumbrado un pensamiento ulterior, nuevo y seductor.

Yo me quedé callada.

El email en el que Seamus me decía que me tomara el tiempo que necesitara llevaba posdata.

«Recuérdame que tengo que decirte algo. Pero no te preocupes, no corre prisa.»

Me habían llegado otros mensajes de trabajo, decenas, a los que no hice caso. Escribí a Michele.

«Estoy en mi casa de Milán.»

11. Un caso extremo de persistencia de la memoria

La casa de Milán representa el tiempo que pasé con mi madre, y sin embargo suscita en mí, por encima de todo, un recuerdo más irrefrenable e individual. Michele nunca puso un pie en ese piso, pero no importa. Los lugares se dejan influir por la situación emocional de quienes viven en ellos. De esta manera, los muebles y los adornos que he heredado conservan en primer término la huella de mis pensamientos insistentes sobre él, de mi necesidad física de verlo en tiempos de la universidad. Solo después dejan que emerja el rostro de mi madre: la figura se vuelve más nítida y ocupa espacio con agilidad. Se apropia de los olores de las habitaciones, ilumina las baldas de madera de la cocina, se refleja por unos instantes en el espejo redondo que cuelga en el pasillo. Me doy la vuelta y busco una ventana, la abro y respiro.

Mi madre se llamaba Lidia. Murió hace unos años, cuando yo ya vivía en Londres. Desde entonces soy huérfana al cien por cien. También mi padre se quedó huérfano de ambos progenitores siendo bastante joven. A veces creo que me ha transmitido su destino: la plenitud de la soledad, sin expectativas de acercamiento, sin orígenes aprehensibles.

Desde hace tiempo he empezado a intercalar ciertas angustias con una reinterpretación errática pero curiosa de los recuerdos. No son exactamente recuerdos, en verdad, son imágenes que se acumulan sobre mis hombros, restos accidentales, fantasías. A pesar de estos contenidos, más que una sombra pero menos que un cuerpo, cuando pienso en mi madre pienso en la lista de cosas que ella no soportaba. No en el sentido de que sus obsesiones me fastidiaran, más bien me pregunto cómo y por qué esas cosas le molestaban tanto. También recuerdo cada detalle que me contó sobre la historia entre mi padre y ella, pero aquello que no podía soportar adquiere en mí una evidencia luminosa.

Por ejemplo, detestaba a las personas que empezaban una conversación diciendo: «Puede que me equivoque, pero...». O a las personas elegantes que comen bocadillos, sobre todo si son mujeres con las uñas pintadas, especialmente de rojo. Odiaba que las cocinas estuvieran a la vista, a los perros negros, a quienes usan demasiados adjetivos, el color beis, el agua con gas, la caligrafía angulosa, la ópera y los musicales, la gente que siempre habla de comida, la gente que siempre habla de viajes, los hombres lampiños, los chalés adosados, las bicicletas de mujer con cesta.

Vivimos juntas hasta que me mudé a Londres. El piso era grande para nuestras necesidades: tres dormitorios, el salón, una cocina, dos baños, una terraza rectangular llena de plantitas. Le propuse a menudo alquilarlo para sacarle dinero, podíamos irnos a vivir a un barrio menos céntrico. Ella nunca quiso. Le presenté los cálculos de las ganancias potenciales: no era mucho, pero durante cierto tiempo me ilusioné con la idea de algún dinero extra. Mi madre, no obstante, mostró un apego romántico a lo que había sido el hogar de sus padres, el nido de su infancia feliz. Un apego que yo no entendía y que hoy imito: ahora que ha muerto podría poner la casa en alquiler o incluso venderla, y sin embargo no lo hago. También es cierto que por el momento no necesito dinero.

Queda en mí una pizca de envidia cuando me la imagino allí de niña, dichosa, con dos padres; cuando miro un lugar que ha tenido para ella un significado diferente al que puede tener para mí.

Como no nos faltaba espacio, no era raro que nos aisláramos. De vez en cuando mi madre se metía en el baño, echaba el cerrojo a la puerta, dejaba correr el grifo de la bañera y se quedaba allí sola largo rato. Creo que simplemente se relajaba. Se tomaba un descanso de la humanidad.

Trabajaba en una agencia de relaciones públicas para empresas que cotizaban en bolsa, un oficio construido en torno a las palabras, a la visibilidad. Una vez se produjo un desastre natural debido a un error técnico cometido por una multinacional: ella se encargó de pilotar la comunicación, evitando que la imagen de la compañía acabara por los suelos. Una tarea impopular que manejó bien.

Un día me dijo:

—En cualquier ámbito pueden hacerse mejor las cosas. Lamentablemente, el mundo está en manos de aficionados, pero no debemos rendirnos.

Me sentí cuestionada. Yo ni siquiera era una aficionada: todavía no era nada. Y el tono de motivación de mi madre me molestó, me pareció la pose de una mujer de carrera de su generación, la generación de Michele, ya que ella solo tenía cinco años más que él. De pequeña vi *Armas de mujer*, la película con Melanie Griffith, Sigourney Weaver y Harrison Ford. Una secretaria que trabaja en Manhattan sueña con abrirse camino; hay una frase que me impresionó: «Si quieres que te tomen en serio, ¡empieza por peinarte de manera seria!». Tal vez mi madre fuera la clase de persona que sacaría fuerzas de esa película. Yo me enamoré de Harrison Ford.

Con el tiempo tuvo ocasión de entrevistar a jóvenes licenciados, cuando le hacía falta un asistente. Se produjeron algunas situaciones ridículas. Un aspecto que nunca dejaba de sondear era la sección «Aficiones e intereses» del currículum.

—Ha escrito usted que le gusta cocinar. ¿Cuál es su especialidad?

—El pollo.

—¿Y cómo lo hace?

—Pues no sé. Hago pollo.

Mi madre desplumaba al candidato. En su opinión, ni siquiera en el campo de las aficiones y los intereses llegaba la gente a tomarse las cosas en serio. E intentaba animarme de nuevo:

—Mira la de espacio que hay ahí fuera. El mundo está esperándote.

Yo no contestaba.

Una tarde, al volver de una exposición de arte contemporáneo, me contó que había visto una obra que consistía en un panel con la leyenda «Todas las personas de esta sala han imaginado, al menos una vez, que mataban a alguien».^[9]

—Yo no —dijo—. Yo nunca he imaginado matar a nadie.

—Por supuesto. Ya lo sé —respondí.

Le hice una caricia desmañada en la cabeza.

Cuando le expliqué que había elegido el sector financiero, que trabajaría en Londres, me felicitó. Era una buena elección, conforme a sus parámetros, pero no fue capaz de transmitirme una alegría o un entusiasmo profundos. Se sentía incómoda, no esperaba que me volviera independiente así, de repente, creía que me mostraría más insegura, siempre había temido los efectos de la ausencia de un padre en mi vida. Mi seguridad no la convencía.

—Me alegro mucho —dijo—. Estupendo. Y aparte de pensar en tu futuro trabajo, ¿qué haces?

—¿En qué sentido?

—Te veo un poco cerrada. ¿Tienes amigas?

—Las de siempre.

—¿Las de siempre?

—¿Pero qué clase de preguntas son esas?

—Deberías cultivar amistades. De lo contrario, un día te encontrarás sola, quién sabe dónde, te ocurrirá algo y ¿con quién hablarás? En el jardín de infancia eras más sociable. Te reías un montón.

Hoy, en efecto, ya no la tengo a ella ni a nadie a quien confiarme. No tengo una sola amiga. Entre las frases célebres que Seamus ha dicho en la oficina está la siguiente: «Nuestra madre nos limpia el culo cuando somos pequeños. Lo sabe todo de nosotros, lo sabe para siempre. Lo dijo Wittgenstein».

La primera vez que advertí en ella el problema del amor yo estaba en primaria. De repente comenzó a usar ropa más sofisticada y a salir más a menudo. Su apariencia cambió: estaba menos guapa para mi gusto infantil de entonces, pero más hermosa según los hombres. Empezó a maquillarse de manera diferente, se compró minifaldas y botines. Intuí algunos rasgos secretos de su persona, aperturas e inhibiciones.

Yo ya era mayor y estaba en la universidad cuando descubrí que veía pornografía. Se olvidó de borrar las huellas en el ordenador de casa. Me apareció por casualidad el enlace a un vídeo que yo nunca había buscado. A pesar de ser una mujer muy ordenada, albergaba en su interior cierta indiferencia hacia la privacidad.

Hoy, cuando veo imágenes de gente practicando sexo, no puedo evitar pensar que la pornografía es imparabile. Existirá hasta el fin de los tiempos, como los tardígrados, esos pequeños organismos que sobreviven a la falta de agua, a la radiación, a temperaturas extremas. El fin del mundo consistirá en los tardígrados que, como únicos seres vivos que queden, observarán cuerpos desnudos en movimiento. Tal vez la pornografía sea resistente porque da una impresión de honestidad. Funciona. Aquello que, aunque no sea nada, da la impresión de ser algo es a menudo más duradero.

Michele no ve pornografía, o al menos no la veía. Un día me habló muy en serio del asunto.

—Ten cuidado con esas cosas. Impiden la formación de un imaginario erótico personal.

—Pero yo ya tengo un imaginario erótico personal. Tú.

—Déjate de tonterías. Quienes ven demasiados vídeos no ejercitan sus cerebros para perseguir fantasías de manera autónoma ni su cuerpo para apañárselas por su cuenta. Se vuelven perezosos.

—¿Es que ahora eres sexólogo?

—La pornografía reduce la posibilidad de configurar perversiones propias. Nos topamos con gente que sabe enumerar de memoria todas las perversiones que existen en el mundo, pero que no tiene ninguna propia, una especial.

En la primera década de este siglo, algo debió de sucederle a mi madre, una experiencia desagradable, tal vez se enamorara y la abandonaran sin componendas. Se entristeció, adoptó la expresión amarga de quien ha sufrido una derrota. El médico de cabecera le prescribió un antidepresivo. Luego, en un concierto, conoció a Luca Ferrari; se volvieron inseparables y él se mudó a casa. Tiempo después, ella enfermó gravemente.

A diferencia de «todas las personas de esta sala», como decía el artista, la verdad, según creo,

es que mi madre no imaginó nunca matar a nadie. Y a diferencia de muchas personas solitarias, nunca mintió sobre sus verdaderos deseos. No siempre caes bien, si eres así. Es complicado encontrar la forma correcta de presentar a los demás la autenticidad sin parecer agresivo y ridículo.

Mamá estuvo sola durante largos periodos, pero no creo que sufriera por esa soledad. La vi cansada, enojada, frustrada, acaso necesitada de ternura (no dejamos de ser animales con la piel demasiado delicada), pero en el fondo era perfectamente capaz de salir adelante por sí sola. El aspecto más excepcional de su vida, sin embargo, fue este: dentro de ella no se desvaneció nunca el recuerdo de Thomas, mi padre. Un caso extremo de persistencia de la memoria.

12. La gente de Smiley

Mis padres no tuvieron la posibilidad de vivir juntos, de amueblar casas, de comprarse coches, de coleccionar experiencias para crear esa acumulación de hastío suave que se conoce con el nombre de largo periodo. Su historia quedó interrumpida de repente a causa de la fatalidad. Pero mi madre vivió creyendo que esa historia había sido lo más real de toda su existencia.

Cuando ella murió, Luca Ferrari volvió a su casa. Me pedía a menudo que nos viéramos para charlar, pero yo nunca tenía tiempo, y sobre todo no tenía ganas. Al final, una noche, acepté.

La cena resultó algo formal, pero agradable. En la puerta del restaurante nos saludamos con cariño.

—No perdamos el contacto.

Después de una frase como esta, por lo general la gente no vuelve a verse más, pero en nuestro caso no sucedió así. Durante cerca de seis meses hablamos por teléfono con regularidad, y cuando iba a Milán siempre nos reuníamos en el mismo restaurante. Poco a poco nuestra conversación se fue diluyendo. Se convirtió casi en un hábito. Por último, sin motivo aparente, nos hartamos. Quizá se habían acumulado pequeñas incomprendiones.

Creo que él esperaba encontrar en mí algunos rasgos de mi madre. Yo, en cambio, quería hablar de ella. Luca sabía cosas que yo no sabía, por lo que busqué la manera de interrogarlo sin hacer que se sintiera incómodo. Fue sin duda útil. Una vez me dijo:

—¿Conoces la historia de tus padres?

No era una pregunta al azar. Al igual que yo, él también se había visto expuesto repetidamente a la mitología en torno a mi padre, a los escasos pero minuciosos detalles que la alimentaban. Para mi madre, relatar los hechos de vez en cuando era tan satisfactorio como el ritual de una religión que adora a un determinado dios.

En 1983, cuando se conocieron, mis padres tenían veintitrés años los dos. Estaban en la playa, en Calabria, alojados en un hotel de la costa con piscina, pista de tenis y discoteca. Mi madre había recibido ese viaje como regalo de cumpleaños de su familia. Había ido sola. También mi padre estaba allí por su cuenta.

Hacia el final de la segunda semana se fueron a la cama juntos, ocurrió después de la discoteca. Ya se habían fijado el uno en el otro los días anteriores, pero no habían tenido valor para hablar hasta entonces, entre otras cosas por timidez lingüística: él era alemán, tenían que usar el inglés. Quizá debido a la barrera de la comunicación, se habían atribuido mutuamente un aura de misterio que los atraía y al mismo tiempo los asustaba.

Él se quedó a dormir en la habitación de ella. A la mañana siguiente se despertó y dijo que se iba a correr. Ella se hizo la dormida, a esas horas nunca tenía ganas de hablar.

Más tarde lo encontró sentado en una mesita del bar leyendo un libro, *La gente de Smiley*, la

novela de John le Carré. Se le acercó, más por atracción física que por elección. Él levantó la vista y la invitó a desayunar, pero mi madre nunca desayunaba, y además no solía mentir sobre sus deseos. Así que lo rechazó, tal vez de manera algo descortés; él no pareció ofendido. Acordaron volver a verse en otro momento.

Por la tarde ella estaba en la playa tomando el sol. Él apareció y se sentó a su lado. La playa estaba vacía, se prolongaba larga y desierta bastante más allá del área reservada al hotel. De haberlo querido, alejándose un poco, podrían incluso haber nadado desnudos, nadie lo habría notado. Era un lugar hermoso, en definitiva, adecuado para hacer brotar una gran historia de amor, así como para concluir una relación en crisis sin dudar. Ambas situaciones tienen extraños puntos en común, por ejemplo se adaptan a lugares marinos apartados.

A su alrededor reinaba el silencio, y al principio ella no reparó en la presencia de mi padre. Él dijo algo acerca del calor. Ella abrió los ojos, lo vio y pensó que parecía aún más guapo. Mi padre le contó que había estado en clase de tenis, que se había divertido, el profesor era bueno y hablaba inglés. Mi madre lo escuchaba temiendo el momento en que le tocara a ella relatar lo que había hecho, es decir, nada. Por suerte, él no se lo preguntó y siguió hablando.

—Después del tenis he ido al pueblo a comer. Hay un local muy bonito.

—Sí, la pizzería.

—Se come bien. A lo mejor podemos ir juntos, pero debemos darnos prisa. Nos vamos dentro de dos días.

—Buena idea.

Permanecieron en silencio por un rato, y después él le propuso tomar un baño, ella le explicó que prefería quedarse quieta al sol. Él dijo:

—O sea que no te apetece hacer nada conmigo.

Luego le dio un pellizco suave en la pierna. Se puso de pie y caminó despacio hacia la orilla, cojeando ligeramente, tal vez se hubiera hecho daño jugando al tenis. Ella lo miró con atención, había leído en un manual de dibujo que el cuerpo masculino ideal mide de largo como siete cabezas y media. Pensó que él era más guapo que ella y eso la molestó un poco. Cerró los ojos y se quedó dormida.

Esa noche se encontraron de nuevo, y también la noche siguiente. Al final de las vacaciones se despidieron e intercambiaron sus direcciones, con la idea de iniciar una correspondencia. En el tren, en el largo viaje hasta Milán, mi madre contempló una y otra vez la página del cuaderno con la dirección alemana, sintiendo una extraña aflicción ante la vista de las palabras y los números que la componían. Pero no se sentía orgullosa de sí misma, de este precario sentimiento que había estallado tan deprisa.

Durante el otoño se escribieron algunas cartas breves, mi madre empleaba una escritura redonda y regular y mi padre letras de molde. Palabras simples, descripciones de los días, de pequeños acontecimientos. No hay comentarios sobre los hechos del mundo, ningún tratamiento particular o deseo de impresionar. Ni la menor mención al sexo. Mi madre conservó las cartas de ambos, yo las he leído. El inglés es descuidado pero tierno, los tachones resultan conmovedores.

A finales de diciembre ella decidió pasar una semana con él. Mis abuelos paternos habían muerto a causa de una enfermedad, uno tras otro, hacía poco. Él vivía solo en Tréveris, Trier en alemán, una ciudad de la frontera occidental de Alemania. Vivía del dinero que había recibido en herencia; no era mucho, pero suficiente para mantenerse y levantar algún proyecto. Estudiaba en la universidad, leía muchos periódicos. Trabajaba unas horas a la semana en una librería. Para mi madre todo esto era nuevo.

La atracción entre ellos, cuando volvieron a verse, demostró su solidez. El chico que había conocido en Calabria era, en realidad, un adulto. Se le veía diferente a los jóvenes de su edad que mi madre había conocido hasta entonces, y que le habían parecido torpes en la intimidad y arrogantes en todo lo demás. Alemania en invierno no resultaba muy confortable, pero Tréveris era una ciudad con historia, con cierta gracia, y eso bastaba para ser felices durante unas vacaciones cortas.

El segundo día ocurrió algo inesperado. Él dijo:

—¿Quieres quedarte y vivir conmigo? Para siempre.

Estaban en casa, en el sofá, con poca ropa. Ella contestó:

—No. ¿Pero qué dices?

Él no se alteró, le sugirió que se lo pensara mientras estaba allí.

Mi madre no pudo evitar mirarlo con curiosidad renovada; de repente, hasta había dejado de parecerle un adulto, ahora daba la impresión de ser una entidad carente de fecha, un misterio. Sintió la necesidad de estar a la altura de las circunstancias, por más que desconociera cuánto medía esa altura. Por primera vez en su vida, estaba confundida sobre qué hacer. No quería mudarse a vivir con él así, de buenas a primeras, a un país extranjero. ¿Acaso tenía algún sentido? Al mismo tiempo, la estupefacción ante aquella propuesta no dejaba de rondarla, acariciadora, halagadora. Dos días después, era de noche, él dijo:

—¿Vamos a una fiesta?

Llegaron en coche a una zona residencial al otro lado de la ciudad. Ella llevaba una falda de ante, una chaqueta con hombreras, un abrigo largo. Con ese atuendo pretendía contentar a mi padre: unos días antes le había dicho que la encontraba sexy con esa clase de indumentaria.

Se detuvieron frente a un edificio bastante nuevo y él llamó al telefonillo. Alguien respondió y la puerta se abrió.

—Tienen todo el tercer piso —le dijo mi padre mientras subían las escaleras.

—¿Quiénes?

—Mis amigos. Los de la fiesta.

Llamó al timbre, la puerta se abrió con un chasquido. Se encontraron en un vestíbulo de paredes oscuras. Había un cuadro colgado: un prado, figuras desnudas y rosadas vistas de espaldas. Cruzaron una cortina y entraron en un salón grande, iluminado con discreción.

No había demasiada gente, la música sonaba al volumen adecuado, una pieza lenta de discoteca; sobre un minúsculo palco de metal una mujer bailaba, absorta en sus propios pensamientos. Había algunos sofás y sillones. Los presentes hablaban en voz baja con el vaso en las manos.

Mi madre notó que todos iban bien vestidos. No eran tan jóvenes como mi padre y como ella, sino de treinta años o más; parecían ricos. Se quitó el abrigo.

—¿Qué quieres beber? —dijo mi padre.

—No lo sé. Bueno, mejor nada. ¿Pero tú a quién conoces?

—Aquí conozco a todo el mundo.

Con un amplio gesto, señaló la habitación entera. Nadie les prestaba la menor atención. La chica del palco llevaba un bonito rojo de labios. Mi madre pensó: «Soy fea».

La velada transcurrió sin que hablaran con nadie. Ella no entendía en qué sentido era una fiesta de amigos: ¿qué clase de amigos eran esos? La pregunta siguió dándole vueltas en la cabeza, pero no volvió a decir nada.

A la mañana siguiente, en casa, se despertó muy tarde, para descubrir que estaba sola en la

cama. El edificio de la noche anterior apareció en su mente por un momento. Aparte de eso, se sentía distante de los acontecimientos.

Bajó las escaleras, en la cocina encontró una nota: «Estoy en casa de Patrick». Era su primo, o así lo llamaba mi padre, aunque en realidad era su hermanastro. Tras su llegada a Alemania, unos días antes, mi madre había coincidido con Patrick en una cena, sentado a la mesa del restaurante. Era el hijo del primer matrimonio de mi abuelo paterno.

Cuando leyó que mi padre estaba con él, mi madre notó una sensación extraña, le pareció que era una especie de castigo, dejarla sola en aquella casa que, en el fondo, era una casa de padres muertos, de fantasmas. Subió a la planta de arriba para darse un baño.

Mientras estaba en la bañera sonó el teléfono de la habitación contigua, ella salió del agua rápidamente, sin taparse. Era mi padre, tenía una voz alegre. Le dijo que estaba a punto de volver.

Una hora después salieron en coche para almorzar en un restaurante, un local francés a pocos kilómetros de Tréveris. Eran las dos de la tarde y hacía frío; al día siguiente comenzaría 1984.

Comieron sin rozarse, hablando con frases cortas, inconexas. Su conversación se limitó a describir el entorno, los objetos, los movimientos. De repente, él preguntó:

—Lidia, ¿quieres que me mude yo a Italia? Si tú no quieres vivir aquí, iré yo. No tengo familia y me encantaría formar una.

—Pero ¿por qué conmigo? ¿Por qué ahora?

—¿Por qué no?

Pasaron por el supermercado, pero lo encontraron cerrado. Se acordaron de que en la nevera había pizza congelada. Para celebrar el fin de año sería suficiente, total, tenían intención de acostarse temprano.

Una vez en casa, mi madre dijo que quería tomar un baño caliente, otro. Preparó el agua, se desnudó. Mi padre se reunió con ella y se sentó en un armarito.

—Anoche..., me gustaría saber lo que pensaste, Lidia.

—¿Dónde?

—En la fiesta.

—No entendí qué clase de fiesta era. Aparte de eso, no pensé en nada.

—No se puede no pensar en nada. Yo, por ejemplo, nos imaginaba a nosotros. Comprendí que sería fantástico.

Ella no respondió, se sumergió hasta el cuello.

Fueron al dormitorio y se acostaron. Él dijo algo sobre ella, sobre sus dientes muy pequeños, un poco separados entre sí.

—No sé si eres perfecta o imperfecta. No consigo dilucidarlo del todo.

Él metió un dedo en su boca. Le dijo que quería que tuvieran un hijo, de inmediato. Ella se rio, él la besó. Desde ese momento, los acontecimientos se precipitaron.

De vez en cuando, con el pensamiento, vuelvo sobre estos hechos. Intento identificar los puntos de inflexión fundamentales: el esqueleto del relato. A veces, simplemente, me parece que no hay esqueleto, que la historia no se sostiene. Y me entran ganas de llorar, me gustaría decirle a mi madre, si estuviera viva: date cuenta de que no se sostiene. Tal vez sea porque nunca conocí a mi padre, el caso es que siento dentro de mí, enraizado como una planta, el caos.

13. La familiaridad del amor romántico

Las historias de amor nunca siguen un movimiento regular; contienen singularidades, corrientes, turbulencias. Pasado el tiempo, resulta difícil revivir los cambios, los movimientos realizados. Es más fácil recordar el pico negativo y el final. Nuestra mente mezcla estos dos acontecimientos y crea la impresión general que conservamos, lo hace para facilitarnos las cosas. Nosotros podemos contentarnos con ello o pasar el resto de la vida luchando con la memoria, para exhumar, con precisión, la inquietud.

En determinada fase de nuestra relación, Michele dejó caer todas las defensas y mostró sin limitaciones su propio enamoramiento, hasta tal punto que me asusté. Me refugié en los compromisos de la universidad. Me buscaba, me transmitía aflicción, dulzura y deseo. Deseo no solo sexual: expresó la voluntad de hacer algo especial para mí. El impulso de cuidarme.

En la fase inicial era yo quien lo perseguía; ahora la historia estaba tomando un cariz diferente y no me sentía tan feliz como habría esperado. Duró poco, después él restableció las distancias, sucedió algo relacionado con su familia. Se alejó, pero con cierto criterio: ni demasiado lejos ni demasiado cerca. Tenía talento para eso. Al perder el poder que tan brevemente había ejercido, sentí un dolor insoportable y mi obsesión resurgió peor que antes.

En su etapa complaciente, Michele me regaló un objeto que le pertenecía: el estuche con los DVD de la serie de televisión *La gente de Smiley*. Cuando le conté que mi padre estaba leyendo esa novela en Calabria en 1983, la anécdota lo entusiasmó. A Michele le gustaba John le Carré, le gustaban las historias de espionaje y Londres representado de esa manera; la Guerra Fría lo fascinaba.

—¿Así que te has pasado la vida leyendo a Le Carré? —me preguntó.

La verdad era que no, que nunca había leído nada de él. Michele no podía entender esa falta de curiosidad por mi parte, de modo que se presentó con el estuche envuelto como un regalo. Mientras lo abría, me miraba con ojos relucientes. Dijo que así por lo menos sabría de qué trataba.

—Se lo debes a tu padre.

—Hablas como si quisieras mucho a tu suegro. Mejor dicho, como quien acaba de descubrir que su futuro suegro es hinchado de su equipo de fútbol.

Me sentía incómoda, pero confiaba en que no se me notara. Me empeñé en estar a su lado con pasión. Quería distraerlo de mi malestar, hacerle sentir que apreciaba su regalo, que presentía la fuerza del enamoramiento, que esa fuerza era emocionante y que la emoción me provocaba el deseo de mantener relaciones sexuales perfectas en su apartamento.

Al día siguiente le escribí una carta, un email a su dirección personal.

Querido Michele:

Te quiero mucho. Cada vez que estamos juntos me siento feliz, muy feliz. Luego nos

separamos y la cosa se vuelve difícil. Tal vez nunca llegue a ser sencillo, tal vez tenga que ser así. He entendido lo importante que es aprender a estar tranquilos.

Me ha encantado que me hayas regalado *La gente de Smiley*, aunque sintiera una vergüenza que no soy capaz de explicarte; explicarlo sería una proeza y me entristecería de una manera que tú no podrías soportar.

La otra noche tuve un sueño: descubría que mi padre aún estaba vivo. Me lo encontraba sentado en el vestíbulo de la universidad, pensaba: «Qué viejo es. ¿Qué estará haciendo aquí?». Él me observaba a escondidas, fingiendo que leía el periódico. Y creía que yo no me daba cuenta, reinaba una gran confusión, había muchos estudiantes. Pero yo ya lo había visto todo. A mis ojos casi les molestaba la presencia de una persona invisible hasta entonces. Mirándole se me venían a la cabeza tan solo cosas elementales, por ejemplo que había un vínculo de sangre entre nosotros. Sentía que había sacado de él una lista de características.

A partir de ese instante el sueño se perdía en una pequeña galería de imágenes de los pasillos de la universidad, una especie de persecución: él persiguiéndome, pero como sin ganas, casi a cámara lenta; yo que huía sin ansiedad alguna, una fuga sin motivo. Y así terminaba, en la nada. No hablábamos, no nos acercábamos. Fue un sueño melancólico, desprovisto de la familiaridad recobrada que se podría desear, pero también carente de miedo. En cierto sentido fue lo contrario de la primera vez que te vi a ti, en la presentación del libro: en aquella ocasión experimenté un inmediato sentimiento de intensa familiaridad, pese a tener enfrente a una persona a la que no conocía. Familiaridad y justo después miedo a causa de la atracción. Esa es también una forma de enamorarse: reconocer al otro aunque sea un desconocido para nosotros. Reconocerlo y, precisamente porque nos es desconocido, asustarse.

Mi padre representa lo que existe dentro de mí: forma parte de mi patrimonio genético. Siempre he imaginado que compartíamos algunos aspectos del espíritu. Las historias de mi madre me hacen pensar en ciertas afinidades. Tú, en cambio, representas lo que he encontrado de familiar allá fuera, en el mundo. ¿Qué relación existe entre las similitudes genéticas y la familiaridad del amor romántico? Por mucho que me esfuerce, soy incapaz de definir el vínculo entre la figura de mi padre y la tuya. Para mí seguís siendo distintos. Sé que nuestra historia halla algunas explicaciones en la historia —o la ausencia de historia— de mis padres. ¿Tiene eso importancia?

Un beso,
Giulia

Michele me respondió con unas pocas líneas, dijo que era una carta preciosa, que quería que habláramos de ella en persona.

Volvimos a vernos al cabo de una semana, el habitual encuentro en su apartamento; mientras tanto, habíamos intercambiado muchas otras palabras mediante mensajes. Sin mencionar la carta. ¿Había ido a parar a un segundo plano, ya superada? Lo más probable es que fuese imposible hablar de ella. Se merecía nuestro pudor.

—Giulia, tengo una sorpresa —me dijo.

—¿Otra? Todavía no he empezado a ver la serie de Smiley.

—Es una sorpresa mayor. Nos vemos dentro de dos días, a las once de la mañana, en el aeropuerto.

En seguida pensé en una escapada romántica, un viaje a un país cálido y lejano: fijar una cita en la terminal, embarcar por separado como espías, reunirse a la llegada, pasar una semana desnudos

en una suite con piscina privada de un lujoso resort.

Sentí emoción, eran experiencias que nunca había vivido pero que podía imaginarme a la perfección. Entonces me di cuenta de una cosa y mis fantasías se desvanecieron.

—No puedo ir. Tengo el pasaporte caducado.

—Basta con el carné de identidad.

Así que no era un país lejano.

—¿Adónde vamos?

—Es una sorpresa, ya te lo he dicho.

—¿Y mi madre?

—Giulia, tu madre a los veinte hacía lo que le daba la gana, supongo. Invéntate una excusa. Es hora de crecer, de decir mentiras.

—¿Y si luego pasa algo? No quiero salir en los periódicos.

—Yo tampoco quiero salir en los periódicos. Joder, menuda aversión al riesgo. El otro día pensé que podías trabajar como operadora de bolsa, porque eres tan agresiva como un hipopótamo. Pero ya no lo sé, te falta el gusto por la apuesta.

Dos días después estábamos en el aeropuerto. No tuvimos que hacer nada en secreto, él se limitó a sugerir que me pusiera una chaqueta y unos pantalones, de modo que, si nos topábamos con alguien, pudiéramos alegar que yo era la becaria, de prácticas con algún cliente. También me dijo que estaríamos fuera una sola noche, no podía permitirse más. Me sentí desilusionada. Más aún cuando descubrí el destino.

—¿Luxemburgo?

—Sí, Giulia. Es un país europeo.

—Lo sé. ¿Qué vamos a hacer allí? ¿Una visita guiada a los holdings?

—Cómprate un periódico, una naranjada, lo que quieras. Nos vemos en el avión. Tengo que hacer un par de llamadas.

En Luxemburgo estaba lloviendo, hacía frío. Michele había alquilado un coche.

—¿Me vas a decir ya adónde vamos?

—No.

—¿Está lejos?

—Cruzamos la frontera con Alemania y llegamos.

Al entrar en la autopista empecé a leer los letreros.

—¿Tréveris? ¿Estás loco?

—Es la ciudad de Karl Marx.

14. Un gnomo de jardín en forma de Marx

Puede parecer extraño, pero nunca había estado en Tréveris. No sé qué relaciones mantenía mi familia con los parientes de mi padre, probablemente ninguna. Tampoco es que existieran parientes de verdad: después del accidente de tráfico en el que mi padre y Patrick, su hermanastro, se mataron, no quedó nadie a quien le importara conocernos a mi madre y a mí.

—Te voy a denunciar —le dije a Michele—. No pienso bajarme de este coche.

El viaje no duró mucho, no había tráfico, y me calmé. Tréveris nos recibió con el río, los edificios bajos, el verde, el silencio. Dejamos el coche en un aparcamiento, nos adentramos en una avenida arbolada que tenía el aspecto de conducir al centro. Mientras caminaba, iba observando los edificios. Durante unos minutos nos dimos la mano, una situación extraordinaria. Fantaseaba con vivir con Michele en una casa de techos inclinados, miré un jardín e imaginé a unos niños en el césped para comprobar si quedaban bien. La representación se evaporó casi de inmediato.

El monumento más importante de Tréveris es una puerta de la época romana y en ese punto, como era de esperar, estaban los autocares de los viajes organizados. Un grupo de mujeres, con el pelo blanco cortado de la misma manera, sacaba fotos de recuerdo.

Por el camino compramos patatas fritas y una botellita de agua. Le pregunté a Michele dónde tenía intención de ir.

—No lo sé. No tengo un programa fijo.

Yo no tenía lugares específicos que visitar, no sabía dónde había vivido mi padre, se lo expliqué.

—No importa.

En una intersección encontramos un letrero que señalaba la casa de Marx.

—Vamos a visitarla —dijo Michele.

Era una edificación blanca con techo gris y muchas ventanas. La taquilla la atendía un chico rubio de veinte años, con ligero sobrepeso. Nos entregó las audioguías.

Dentro no había nadie. Michele se concentró, escuchando la voz en los auriculares como si estuviese preparando un examen, yo en cambio era incapaz de prestar atención, me distraía. Había paneles con fotografías y un agradable olor a madera.

En la segunda sala me di cuenta de que no aprendería nada. No estaba en condiciones. En la casa museo no había hallazgos, durante la época nazi todo había sido destruido. El recorrido se basaba en la experiencia intelectual de escuchar la vida y el pensamiento de Marx caminando por el lugar en el que había nacido y observando algunas fotos de la época. Yo estaba cansada.

Me espabilé un poco escuchando las vicisitudes de Marx en su etapa londinense. Michele estaba detrás de mí. Seguí las flechas que llevaban al jardín y descubrí que no se podía entrar, estaba en obras y lo tenían cerrado al público; entreví algunas flores.

En un patio de paso encontré una estatua de Marx de cuerpo entero pero a escala reducida, de

color rojo: un gnomo de jardín en forma de Marx. En la tienda del museo compré un póster. Reproducía la lista de los intelectuales marxistas del mundo. Muchísimos nombres, en letra muy pequeña, en orden alfabético. Cuando fui a pagar le pregunté al empleado, el mismo chico rubio que nos había cortado las entradas, si podía volver a hacer el recorrido.

—Mi padre era de Tréveris —le expliqué—, y está muerto. Es la primera vez que vengo.

—Por supuesto, entra si quieres.

Me dirigí hacia el único panel que me había impresionado: recogía el árbol genealógico de los Marx, los nombres de sus hijos, las fechas de nacimiento y muerte. Calculé cuánto habían vivido. Traté de memorizar esos números.

Fuera me encontré con Michele. El aire se había adensado, le pregunté si nos podíamos ir al hotel.

Caminamos hasta el coche en silencio, sin darnos la mano, pero por ningún motivo particular, tan solo absortos en nuestros pensamientos. Me parecía extraño tener a Michele todo para mí, y sin embargo me estaba acostumbrando, ya no me sentía inquieta, no como antes. Tenía otras preocupaciones. No podía determinar si mi viaje a Tréveris había sido un fracaso.

—Se ve que no soy capaz de ir de viaje —le dije—. Pero estoy encantada de tener a alguien a mi lado, un hombre simpático y guapísimo.

Él se rio.

Encendimos la radio en el coche. Me convencí de que había hecho una tarea necesaria, ahora podía disfrutar en paz de otras cosas más simples. Pasamos la velada en un hotel de la ciudad. A la mañana siguiente él regresó a Londres, yo a Milán.

Durante muchos días no pude dormir bien. En mi recuerdo, aquel viaje iba haciéndose gradualmente más emocionante, más rico en significados. Todo lo que tenía que hacer era pensar: «Lo ha hecho por mí», y la imagen de Tréveris cobraba vida.

Me hubiera gustado decirle lo feliz que me había sentido en esas horas, incluso sin ser consciente de ello. Comencé a elaborar un discurso mental, pero mis alegres intenciones se perdieron de inmediato en un razonamiento retorcido.

«¿Recuerdas cuando hablamos de la metáfora de la media naranja? Tú sostenías que la media naranja no existe, es decir, que no existe nuestra mitad, una sola y única, sino que hay muchas medias naranjas, varias posibilidades para cada uno de nosotros, y sobre esto actúan la casualidad, primero, y la historia, después. La casualidad reúne a las personas, mientras que la historia, en retrospectiva, da sentido a las relaciones: mirar hacia atrás y decir “en el curso de los acontecimientos esta persona se ha convertido para mí en lo que se ha convertido”. Bueno, yo no lo sé, no tengo suficiente experiencia. Pero si pienso en las medias naranjas se me ocurre que una naranja cortada por la mitad, a menos que nos apresuremos a comérsela, se ennegrece.»

Era una reflexión sombría. Y sobre todo era hablar para mis adentros, no una conversación.

El día en que Michele habló de mis obsesiones comunicativas, me hubiera gustado responderle que yo no tenía ninguna maldad, sino solo un deseo desproporcionado de conversar con él, hasta el extremo de que no era raro que me pusiera a hablarle en plena noche, mentalmente. Me daba la impresión de que siempre había muchas cosas importantes que él debía saber; cosas que, en persona, se me olvidaba decirle.

Cuando pienso en la conversación, pienso en mis padres. En el temor a que no les haya dado tiempo a decirse ni una sola cosa verdadera o ni siquiera divertida. Eran dos medias naranjas, o así lo proclama el mito que se me ha transmitido. Mi madre creía haber amado a mi padre del modo en que se ama a la única media naranja que tienes en el mundo. Sin embargo, invirtiendo las cosas, casi podría llegarse a la conclusión de que mi madre albergaba una gran rabia, razones no le faltaban: se había quedado sola con una hija, no por maldad, por accidente, pero sola al fin y al cabo.

¿Qué sentimientos pueden experimentarse hacia un hombre que muere al principio de una historia?

15. Manos tan pequeñas

Me desperté en la habitación de mi juventud: la cama individual, el escritorio de vidrio y metal, una alfombra con motivos geométricos, un armario blanco, dos estantes con muñecos y libros. A pesar de estar desnuda, sentía calor. Aparté la sábana, me senté con las piernas cruzadas. El reloj de la mesilla de noche marcaba las cinco, las 17:04, para ser exactos, pero debía de estar roto, no podía ser ya por la tarde. Cogí el móvil y lo comprobé: la hora estaba bien. Me recogí el pelo con una goma que llevaba en la muñeca.

Tenía hambre y un ligero dolor de cabeza. Repasé los acontecimientos del día anterior: el viaje a Milán, el encuentro con la Princesa, la fantasía de dejar el trabajo, el email a Seamus para decirle que me tomaba unos días. Y Michele: los mensajes, después de muchos años. La impaciencia recobrada.

La tarde del día anterior había entrado en casa, la había ventilado, después había cerrado las ventanas y echado las persianas. Me había quedado recostada en el sofá viendo una película, *Hannah y sus hermanas*, que tenía en un viejo DVD. La he visto muchas veces, la primera en tiempos del instituto, es una película hecha de historias que se entrelazan. Siempre me gustó la del personaje interpretado por Michael Caine, un consultor financiero de éxito, soñador oculto, obsesivo y desmañado. Pierde la cabeza por Lee, la hermana de su mujer. Desea declararle su amor imposible para convertirlo en sexo posible. Se repite a sí mismo que adora a su perfecta esposa, mantiene una extraordinaria compostura durante las cenas familiares con el pavo en la mesa, pero en realidad se dedica a mirar a Lee desde lejos, pensando en su belleza. Un día no puede resistirse, invita a Lee a ir a una librería y finge encontrar un libro por casualidad. Se lo regala. Le dice que vaya a casa y lea el poema de la página 112. Ella obedece y localiza un poema de amor que termina así: «Nadie, ni siquiera la lluvia, tiene manos tan pequeñas».[10] En las «manos tan pequeñas», Lee cede. Inician su historia clandestina, habitaciones de hotel, llamadas peligrosas. Las cosas acaban mal pero no demasiado. No lamento la amargura que siento cuando la historia pasa de la intensidad inicial a la desgana final: el sentimiento dominante de muchas historias de amor.

Después de la película me había metido en la cama y, sin darme cuenta, había estado durmiendo durante todas esas horas seguidas. Había tenido algunos sueños: algo solemne, ciudades desconocidas, una fila de automóviles, un lago.

En el teléfono hallé un nuevo mensaje que Michele había enviado unos minutos antes, a las 17:00 horas exactas; el punto verde al lado del nombre indicaba que estaba en línea. Ver las palabras escritas, la materialidad luminosa de la pantalla, me provocó excitación física.

«Giulia, disculpa que no te haya escrito hasta ahora. Quería tomarme algo de tiempo para pensar. Mira, ya que estás en Milán, ¿nos vemos? Para saludarnos. Vayamos a tomar algo.»

Respondí de inmediato:

«De acuerdo.»

Escribió de nuevo, unos segundos después:

«Si estás en casa de tu madre, puedo pasarme por allí. Alrededor de las siete de la tarde. Te llamo cuando llegue, baja y damos una vuelta. Aunque no puedo quedarme mucho.»

«Sí, estoy en casa de mi madre. Ella ha muerto. No ahora, hace unos años. Si llamas, te abro y subes.»

Michele nunca llegó a conocer a mi madre, pero la noticia de su muerte, que yo le daba de golpe, no podía dejar de causarle cierta impresión. En su lugar, yo no habría sabido qué decir. No contestó en seguida y comprendí que tardaría un rato.

Me di una ducha, no había jabón. Mi albornoz blanco estaba rígido, desprendía un leve olor a polvo. En el baño no había rastro de mi madre. Cuando desaparece una persona todas las estancias son peligrosas para los que quedan, pero el baño lo es de manera especial, pues acumula recuerdos físicos, un champú de muchos años antes, una crema facial. El baño conserva las esperanzas de mejora típicas de esa persona, los deseos de salud y belleza que presionan las paredes de su, ya definitiva, inexistencia. Basta un detalle para que se desate un recuerdo brutal. Por eso yo lo había tirado y limpiado todo.

Me miré en el espejo. Analicé mi aspecto general siguiendo las indicaciones y el vocabulario de las revistas femeninas: tomar medidas en caso de piel apagada, evidentes ojeras, cabello cansado y quebradizo, grasa en exceso en las zonas críticas. Se me vino a la cabeza mi madre observándose y diciendo:

—Basta con tener buenos hábitos.

Meses después de estas palabras yacía sin vida en una salita climatizada, repleta de flores sofocantes. Tenía el ojo derecho un poco menos cerrado que el izquierdo, los labios pintados con el carmín incorrecto, raíces grises en el cabello oscuro. La muerte aparecía como un supremo error de valoración estética.

Volví a mi habitación y abrí el armario. No había gran cosa: una camisa celeste y pantalones de algodón azul oscuro. No tenía bragas de recambio, pero los pantalones eran lo suficientemente oscuros, no se notarían si no llevaba nada debajo. Ni siquiera tenía sujetador. Me acordé de Michele, sentado con compostura en una silla, mirándose mientras me desvesto y diciéndome: «Eres una exhibicionista. Tus pudores son falsos». En el salón encontré zapatos bajos y una mochila que siempre dejaba allí.

Cerré la puerta con cuidado, como si el apartamento no fuera mío. Tenía planes imprecisos, comprar gel de baño y un vestido nuevo para ponerme. Comprar galletas de chocolate. Por encima de todo, tenía miedo de cometer algún error al emplear el tiempo del que disponía. La libertad que me había tomado, la fuga de la oficina, era un lujo que no estaba acostumbrada a gestionar. Como esa gente que gana la lotería y malgasta el dinero en unos pocos meses, no estaba preparada, podía llegar a ahogarme en la abundancia de horas. También tenía que encargarme del sobre para Luca Ferrari que había recogido del buzón. Enviárselo resultaba complicado, desconocía su dirección.

En la calle había una mujer que gritaba contra un ciclomotor. El cielo era blanco. Compré una revista femenina en el quiosco, en la portada estaba escrito: «Sexo y vejez». Me tomé dos cruasanes en el bar y bajé al metro, el tren entraba en el andén. Nadie a mi alrededor parecía estar dispuesto a tirarse bajo sus ruedas, quién sabe por qué se me ocurre siempre pensar en eso. Mis pies estaban firmes sobre el andén, aunque parecían más pequeños de lo normal debido a los pantalones que caían largos y anchos. Michele aún no me había contestado. Sentí un gran deseo de

apretarle con fuerza los dedos a alguien.

Yo tengo las manos grandes, no son «manos pequeñas». En una ocasión en su casa, tendidos en la cama, Michele me dijo que le apretara los dedos tanto como pudiera.

—Aprietas con mucha fuerza, Giulia. Me gusta.

—Podría ser panadera. ¿Sabes que cuando murió mi padre estaba yendo a ver panaderías? Quería invertir algo de dinero.

—Sí, me lo dijiste.

—Una inversión con su hermanastro. Mi madre estaba embarazada de cinco meses, iba a mudarse a Alemania y renunciaría a la universidad. A ver las panaderías fueron Patrick y mi padre. No hacía mal tiempo. Patrick perdió el control del coche.

Me interrumpí, experimentaba una sensación que he experimentado a menudo en mi vida: «Esta historia es mi historia, pero no me importa, estoy fingiendo». Michele me abrazó. Yo me aparté un poco para susurrarle:

—Si comprara una panadería me gustaría amasar el pan en persona.

Me abrazó de nuevo, más fuerte, nos escondimos bajo las sábanas. Su cuerpo siempre estaba muy caliente, como una estufa. Me gustaba tenerlo a mi lado.

En ese momento mi madre aún no estaba enferma, yo no conocía la muerte de cerca, no la había visto acaecer, quiero decir. El mundo se me aparecía como un lugar complejo pero medible. Sin embargo, sentía la responsabilidad de formar parte de una historia y sabía que era una responsabilidad oscura. Para un huérfano, al peso de la ausencia de una persona se añade el peso de la narración, del recuerdo que se nos propone constantemente, o se nos oculta. Cuando estaba en la cama con Michele, abrazada a él, ese peso se desvanecía.

—Mi padre solía ir al cementerio para visitar la tumba de sus padres —dije—. La mantenía impoluta. Flores frescas, perfectas. Hay cosas que se hacen y ya está, y nunca sabremos si es correcto hacerlas.

—Es verdad.

—¿Sabes que mi madre sale ahora con alguien? Una especie de novio.

—¿Es simpático?

—Se queda a dormir en casa. A mí se me hace raro, pero no digo nada, me alegro de que mi madre esté con alguien. No sé si es simpático. Parece perdido en su mundo. Es viejo, dieciséis años mayor que ella. Aunque si es por eso, tú tienes diecinueve más que yo.

Michele no hizo ningún comentario.

—¿Te gusta haber nacido en el 65? —le pregunté.

—¿En qué sentido?

—¿Es una buena edad?

—Es la edad de Robert Downey Junior. De Ben Stiller. Vamos, que no está mal.

Apoyé mi cabeza en su esternón. Tuve la impresión de acercarme a una criatura mágica del bosque. El ruido del corazón me asustó por un momento, casi como si tuviera miedo de que se interrumpiera justo cuando estaba escuchándolo.

—Se llama Luca Ferrari. El novio de mi madre. ¿Has oído alguna vez ese nombre? Es músico.

—Me parece que no.

—Es bastante famoso. Incluso compone para películas.

—Ah, tal vez sí sepa quién es. Ha debido de venir alguna vez a Londres para dar un concierto en el Barbican. Me parece haber visto su nombre en un cartel.

—Es posible. Escribe música desde que era pequeño. Le pregunté si se divertía. Me dijo que

divertirse no era la palabra adecuada. Él dice que incluso hoy, cuando trabaja, se siente muy solo, por más que esa soledad sea importante. Hay que cultivarla. Pero la música no es capaz de animarlo. No lo aplasta, pero tampoco hace que se sienta más ligero. Lo deja todo tal como está. ¿Crees que alguien que habla así está deprimido? Porque no querría que se me metiera un depresivo en casa.

—No tengas tan mala leche. Es posible que no esté deprimido, quizá sea honesto. A los artistas que dicen «me divierto muchísimo» no los soporto.

Al cabo de media hora nos separaríamos, tal vez estuviéramos perdiendo el tiempo, pero continué.

—De vez en cuando Luca y mi madre salen a cenar. Ella se pone vestidos cortos y anchos, acampanados. Puede permitírselo porque está muy delgada, a mí me sentarían como un tiro. Él siempre lleva la misma chaqueta marrón. ¿Por qué se visten así? No lo entiendo. Yo de mayor quiero ser sexy.

Me monté sobre Michele y dejé de devanarme los sesos. Había un espejo. La sábana cayó y ambos observamos las posiciones que cambiaban gradualmente.

16. Super Saturday

¿Media hora sin recibir un mensaje de respuesta es mucho o poco? Depende de los casos, las fuerzas en liza son muchas: egoísmo, irracionalidad, circunstancias, residuos de ideas sobre la buena educación. Con seguridad no depende de la edad que uno tiene. Hace diez años contaba los minutos entre un SMS y otro y perseguía la satisfacción inmediata de mis necesidades, hoy me controlo mejor, pero ¿han cambiado las cosas realmente?

Para distraerme del teléfono, en el metro me imaginé un encuentro inspirado en el pasado: yo con un vestido corto, que se levanta justo cuando me abraza, él con una camisa suave, de las que solía usar antes. Nos abrazamos de manera perfecta. Pronunciamos palabras que nos perturban en lo más íntimo, es decir, adecuadas. ¿Es una hermosa fantasía? ¿Dulzona más bien? Preferí cambiar. Pensé en Michele entrando en mi casa: me saluda y se toma un café. Se entiende que a primera vista le sigo pareciendo la misma, pero luego se percata de que no es así. Soy de calidad inferior, el tiempo me ha opacado. O, por ser optimistas, estoy más próxima a mi esencia, una persona definida pero también desecada. Él, en cambio, parece pacificado. Y aburrido, poco atractivo. Habla del tiempo, es un día sofocante; hace demasiado calor para cualquier cosa, de modo que posponemos nuestro abrazo.

Saqué la revista que había comprado, leí el horóscopo, saltándome la sección «Amor». Empecé un artículo: «El sexo se practica con los cinco sentidos». Solo entonces me di cuenta de que el metro estaba parado, no había llegado a arrancar. Un hombre con una cazadora jadeaba ruidosamente, como si acabara de parar de bailar; el tren se movió y su respiración se hizo regular. Una chica apoyaba la cabeza en el hombro de su novio, un gesto mecánico, un encaje. Una mujer revisó su bolso. El hombre de la cazadora se sacó del bolsillo un ansiolítico, leyó el prospecto, luego lo dobló con cuidado, sin tomar el fármaco.

Al salir al aire libre, volví a mirar el teléfono. Los emails aumentaban, llegaban en oleadas, como un fenómeno atmosférico imparable. Se dice que la primera regla del buen profesional es no dejar que los correos se acumulen. Es una buena regla, pero no quería seguirla.

En lo alto de la pantalla, sin embargo, había uno de la Princesa. No constaba el asunto y eso era raro, los correos de trabajo de gente como ella siempre lo añaden. Lo abrí. Decía:

«Me alegró mucho reunirme contigo ayer por la tarde. Me resultó muy útil. Me gustaría volver a verte de nuevo, lo antes posible. Te invito a cenar. Estabas muy bien, aunque te tomara el pelo.»

Noté una corriente ambigua en sus palabras, pero era un error: no tiene sentido ver corrientes ambiguas por todas partes, y en cualquier caso basta replicar de forma natural. Seamus habría encontrado de inmediato las mejores palabras, eligiendo el tono, transformando la corriente, fuera cual fuese su naturaleza, en un contacto vivo y fructífero. Yo aplacé la solución del problema.

La respuesta de Michele estaba en Facebook.

«Siento lo de tu madre, no lo sabía. Espero que estés bien. Te mando un abrazo.»

A estas palabras siguieron otras, añadidas tres minutos después.

«No sé si es buena idea que nos veamos. No tengo mucho tiempo y precisamente por eso temo que haya follón.»

«¿Qué clase de follón podría haber? —escribí—. He visto la foto de tu gatito blanco. Felicidades, tienes un gatito. En mi casa no hay nada para beber o comer, pero tal vez compre algo antes de que llegues. Un par de cosas básicas que poder ofrecerte. Hasta luego.»

Envié estas palabras frágiles y arrogantes y me pregunté si no sería mejor un hombre nuevo, alguien con quien construir una historia compuesta de despertares con el pelo enmarañado. Michele tenía demasiada relevancia para mí.

El miedo a no desearlo como antes me atravesó. Quería que me gustara, cualquier eventualidad distinta habría sido una traición a mí misma. La posibilidad de que el otro no sea ya nada de particular para nosotros es en estos casos una amenaza de muerte.

De vez en cuando rememoro una de las épocas más difíciles de mi vida laboral. Llevaba dos años en Londres, ya no era la última que había llegado, pero aún no había salido de la fase de esclavitud inicial. Atravesaba un terreno profesional intermedio, lleno de escollos, de futilidad, completamente sometida a la voluntad de colegas y clientes. Había perdido impulso. Al reconstruir el camino que me había llevado hasta allí, no entendía dónde me había equivocado.

Un día volví a mi universidad. Todos los años los bancos de inversión visitan las principales universidades del mundo y cuentan sus propias proezas. El propósito es estimular a los alumnos a realizar el proceso de selección para ser contratados. En esas ocasiones lo principal es decir cualquier cosa cautivadora, algo que te diferencie de los competidores. Por ejemplo, es útil que en la presentación haya al menos una mujer, para dar la impresión de un ambiente profesional paritario.

Cuando llegó el momento de responder a las preguntas, saqué a relucir un lado materno. La idea era que los chicos percibiesen cierta calidez y, en consecuencia, se convenciesen de que el lugar donde yo trabajaba era el mejor, no solo desde un punto de vista económico, sino también en el aspecto emocional. Una ilusión excelente. La verdad es que los bancos de inversión son todos similares y ninguno posee rasgos de humanidad. No en sí mismos. Los bancos son y siguen siendo máquinas, de esas que no se humanizan ni en las películas de ciencia ficción. Al estilo de las lavadoras. También los estudiantes que participan en esos encuentros son iguales: orgullosos, estudiosos, seguros de su talento, tal vez con razón. Están dispuestos a creer en un futuro brillante; mejor aún, están dispuestos a *dar la impresión* de creerlo. Pero hay más. El candidato perfecto no dará excesivas muestras de inteligencia, sobre todo si esta va acompañada de cierta clase de sensibilidad que no la reduce a inteligencia instrumental. El candidato perfecto acentuará su aptitud para la obediencia, por un lado, y su propio apetito por el otro. También dará pruebas de cierto *savoir-faire* diplomático: la discreción que sirve para mantenerse en su sitio unida a la habilidad para trazar, a escondidas, un sendero hacia la grandeza personal. La capacidad de saber pedir, más que de saber dar, será su sello personal.

Mientras conversaba con los estudiantes, me di cuenta de que el aula donde estábamos escenificando nuestro espectáculo era la misma en la que Michele, años atrás, había hablado de su libro. Esta coincidencia me impactó, por más que, a efectos prácticos, fuera irrelevante. Éramos dos personas alejadas, a esas alturas. No lo había vuelto a ver, él había abandonado Londres poco

antes de que yo llegara. Surgía una pregunta: si me dedico a esto, ¿es porque me inspiré en Michele, en la idea de imitarlo? Creo que la respuesta es no. No sé si existe alguien que haya terminado trabajando en un banco como el mío por razones sentimentales y se haya quedado, pero lo dudo. El motivo de una elección como esa debe de ser necesariamente material. No es posible seguir en esto si no se confirman, muy a menudo, los vínculos de uno con las razones materiales.

En las horas que siguieron, el banco se vio inundado por solicitudes de trabajo. No fue mérito mío, nos habíamos limitado a vender, con éxito, una historia: el mérito era de la historia en sí misma. El mito de la carrera se perpetuaba. A fin de cuentas, es un mito simple, un dibujo infantil: el ascenso.

La selección comenzó con el cribado de los currículum: calificaciones en los exámenes, presunto conocimiento del inglés y eventuales experiencias. Luego venía la prueba de matemáticas, seguida por un elevado número de entrevistas. Por fin llegó el momento del Super Saturday, un nombre entusiasta que identifica una especie de partida final que tiene lugar, efectivamente, un sábado. Los candidatos italianos que habían superado las fases previas se mezclaron con los de otros países en una jornada de nuevos coloquios pero también de trabajo en grupo, o, para ser más precisos, de retos. Tenían que resolver un caso juntos, como si formaran parte de un equipo. Mientras tanto, un grupo de seleccionadores los observaba, escuchaba y tomaba notas en silencio. Una especie de *talent show*.

Al día siguiente los elegidos recibirían una oferta, por lo general muy difícil de rechazar: trabajar en Londres para una institución famosa, sentirse al comienzo de una trayectoria necesaria. Tal vez algunos de los seleccionados hubieran recibido una oferta de otro banco, y en ese caso la dinámica era más compleja. Se hacía necesario poner en marcha una labor de persuasión hecha de llamadas telefónicas y cortejo: somos el mejor banco, eres el mejor candidato, eres especial, solo entre nosotros se reconocerá plenamente tu singularidad, te estimamos. Eran frases preconfeccionadas, usadas siempre que había necesidad de hacerlo. El lenguaje había sido probado y verificado.

Ese día, entre los seleccionadores, también estaba yo.

La sala donde tuvo lugar el debate de mi grupo de candidatos se hallaba en el penúltimo piso. Era amplia, con dos mesas redondas: una para los chicos y otra para nosotros. Al otro lado de la pared acristalada, la ciudad, vivaz bajo la fina lluvia, y las nubes grises servían de trasfondo.

En los primeros minutos traté de escuchar a los chicos, que discutían acerca de la valoración de una compañía que produce y vende hélices.

Tenían entre veintidós y veinticinco años, eran tres varones y dos mujeres; cada uno, con inevitable bochorno, exponía su propio punto de vista. De repente, empezaron a polemizar, de manera ordenada pero feroz, procurando al mismo tiempo mostrar capacidad de razonamiento; un español delgado, con la voz un poco aguda, destacaba por su agresividad y su capacidad para pronunciar muchísimas palabras casi sin tomar aliento. Pronto dejé de prestar atención a lo que decían y me limité a observarlos.

Aunque procedieran de países distintos, presentaban cierta uniformidad. Todos iban vestidos más o menos igual. Los chicos llevaban un traje formal, camisa clara, corbata, zapatos negros, el único color de zapatos aceptado en las finanzas. Se podría discutir acerca de su gusto en la elección de la corbata, pero aparte de eso no se les podía reprochar nada: conocían el código, se habían informado. Y lo mismo podía decirse de las chicas. Ambas vestían un traje de chaqueta, una con falda y la otra con pantalón, las dos con una blusa blanca. Una llevaba un pañuelo de seda alrededor del cuello, rosa y verde, la otra un colgante en forma de corazón, tal vez un poco

adolescente, pero nada grave. Al entrar me había dado cuenta de que se habían puesto tacones altos, y eso no era ni bueno ni malo, era bonito. Se trataba de zapatos descaradamente incómodos, como solo los zapatos femeninos saben serlo.

Los hombres, más a gusto en sus respectivos calzados, tenían el pelo corto, recién cortado. Dos se habían afeitado. El tercero se había dejado una incipiente barba; pocos años atrás habría resultado extraño, pero ahora estaba de moda y se toleraba, por más que delatara cierta vanidad. Una de las chicas había estado en la peluquería y se había maquillado cuidadosamente, era una pena que la humedad del día le hubiera encrespado el pelo. La otra llevaba una coleta y solo un poco de rímel. Lo que suele llamarse una cara lavada. Tal vez fuera una decisión premeditada.

Lo que diferenciaba a los candidatos, incluso más que el acento nacional, era la desenvoltura. Se veía de inmediato quién se sentía a gusto con determinada ropa y quién no. Quién llevaba ropa nueva y quién conseguía que su vestimenta quedara en segundo plano con espontaneidad. El español que hablaba mucho, por ejemplo, llevaba un traje recién comprado que no le sentaba del todo bien. Se mostraba inquieto, como si la chaqueta le comprimiese los hombros, que en realidad eran demasiado grandes para la talla elegida, y sus palabras parecían el resultado de una presión, de un estrés. El chico de la barba, que era alemán, se había hecho un nudo demasiado grande en la corbata y de vez en cuando se la ajustaba con un gesto que pretendía ser adulto y discreto, pero que encerraba algo cómico: no era muy distinto de observar a un hombre que se coloca los calzoncillos. El tercer chico, que declaraba en su currículum hablar cuatro idiomas, era el más elegante y equilibrado de los tres varones. También era el más guapo. Una lástima que permaneciera en silencio e inmóvil como una estatua.

La chica sin maquillaje, que era además la candidata italiana, se había quitado los zapatos nada más sentarse, pensando que nadie lo advertiría. La otra, una griega, resistía, pero parecía rígida, como en ascuas. Me entraban ganas de decirle: «Quítate los zapatos tú también, qué más da». Como siempre, en definitiva, la ropa era un dato sensible que se prestaba a cierta reflexión. No era irrelevante y, sobre todo, no era aburrido. Los cinco candidatos se hallaban en una condición de máximo estrés y de mínimo confort, y nosotros disfrutábamos del espectáculo con algo de sadismo. Fuera de esa habitación nos aguardaban las habituales jornadas repletas de trabajo y cansancio, que ni siquiera nos perdonaban el fin de semana. Allí dentro nos veíamos de repente relajados, entre algodones, y éramos poderosos: reyes y reinas por un día.

Pensé en el día no demasiado lejano en que me había encontrado yo misma en la situación de las personas que tenía enfrente. ¿Era distinta, mejor, más elegante que ellos? No lo creo. Con toda seguridad fui igual de torpe, sin reparar en ello. Aparte de eso, ¿tenía alguna idea de lo que estaba haciendo y de lo que me esperaba? ¿De qué no era consciente? No se trata de dejarse llevar por los recuerdos. Igual que no me percaté de ciertas cosas entonces, tal vez no me percate hoy de otras. La vida es un itinerario de ceguera y revelaciones tardías en las que nunca nos damos cuenta del ridículo que nos acompaña. Los chicos del Super Saturday, con sus desmañadas tensiones, son un emblema de la ceguera. Saben lo que quieren, pero subestiman la carga que los aguarda, ofuscados por el mito del ascenso social. A fin de cuentas, es necesario que sea así para que el sistema se perpetúe. Cualquier sistema.

La principal hipótesis de las teorías económicas clásicas es que la gente sabe lo que quiere y actúa en su propio interés. Casi nunca sucede. Es raro saber realmente lo que se quiere, e incluso si se sabe resulta difícil gobernar la arrogancia que acompaña nuestros sueños, darle una orientación. No siempre actúa uno en su propio beneficio, basta con pensar en las adicciones, a determinadas sustancias pero también a comportamientos, a personas, a aspiraciones. Jaulas, a

menudo invisibles. Las teorías económicas clásicas se basan en una hipótesis cómoda y errónea: el individuo que razona, animado solo por una visión clara del propio interés. Tal individuo no existe, o por lo menos es raro. Imaginar que describe a la humanidad significa incurrir en una distorsión gigantesca. La humanidad se mueve en un estado de confusión, de miedo, de entusiasmo abrasador, de incertidumbre. De violencia, sobre todo, hacia sí misma y hacia los demás.

El día antes de mi Super Saturday —aún no me había licenciado— llegué a Londres en el avión de la tarde. Me pagaban el alojamiento en una residencia de la ciudad. No es que fuera fea, pero sí anónima. Una de esas residencias para profesionales: una habitación de veinte metros cuadrados, el baño esencial, con ducha en lugar de bañera, una cama lo suficientemente grande sin exagerar.

Al otro lado de la ventana veía la noche, las luces, los edificios de una ciudad que solo conocía como turista. De haberlo querido, habría podido salir a dar una vuelta, pero preferí quedarme en la madriguera. No estaba en el centro y no quería ir demasiado lejos por miedo a cansarme. Tenía la actitud de un atleta en vísperas de la carrera.

Dormí fatal. A la mañana siguiente, a las ocho menos cuarto, tenía que estar en el banco para registrarme. Llegué con antelación. Me impulsaba un sentido del deber hacia quién sabe qué. Una vez más, no quería cometer un error. Apenas sabía leer el balance de una empresa, aunque en aquel momento me sentía la protagonista de algo cuya naturaleza se me escapaba. Pero ¿qué importancia tenía? La clave de todo era no cometer errores. Al final del recorrido habría un premio.

Dos semanas después firmé el contrato.

En los años sucesivos, mi celo original, la convicción, el espíritu del Super Saturday, por así decirlo, se transformó en una conducta permanente, tal vez más resabiada, más cínica, pero alimentada aún por ese impulso inicial. Un celo inquebrantable dirigido hacia un objetivo, en realidad, bastante indefinido. Soy incapaz de explicar, en ningún momento, por qué hago lo que hago. Y es que realmente no lo sé. Puedo responder: «Dinero», la palabra que lo contiene todo y nada. Me gustaría poder responder: «El miedo a la muerte», una frase que por lo general justifica cualquier cosa, pero que aquí no vale: nadie trabaja en finanzas porque tema a la muerte, quienes temen a la muerte se van a la playa.

A los seres humanos les encanta pensar que sus decisiones, correctas o no, reflejan una coherencia interna. Una personalidad, una persona. Un significado. No hay nada que el ser humano deteste más que la carencia de significado. Sin embargo, a menudo resulta que nos sentimos vacíos, y el cansancio de resistir se acumula, la tensión deja ocasionalmente espacio al llanto y el hielo. En esos casos, enamorarse puede resultar útil.

17. Un desierto es una obsesión

Caminaba más rápido ahora, tratando de mantener un ritmo constante, como si entre un paso y otro tuviera que transcurrir un tiempo exacto, ni más ni menos. Milán me parecía armoniosa, equilibrada como un paisaje rural a pesar de los coches y el aire cargado: en ciertas situaciones la mente se abstrae y lo rediseña todo.

Había mucha gente en la calle, muchos veinteañeros, estudiantes probablemente. En grupos o solos. Un chico con una barba larga y una mochila desgastada parecía un explorador decimonónico de camino a una misión. Divisé a una pareja que caminaba hacia mí. Ella resoplaba, él le hablaba sin dejar de mirarla, caminaba y la miraba, arriesgándose a tropezar; cuando pasaron a mi lado, oí que decía:

—Para mí es una buena nota. Tranquila, lo has hecho muy bien.

Pensé que me gustaría escuchar las conversaciones de los extraños y sorprenderme por cosas simples: he aquí personas más jóvenes que yo, pero ya adultas, que se preocupan; que tienen sus batallas diarias que disputar y una integridad emocional que preservar.

Encontré una tienda de lencería. La dependienta me recibió diciendo:

—Buenas tardes, señora.

Era un establecimiento repleto de artículos, los que estaban expuestos lucían encajes y lazos, eran de colores. Contra una pared había tres maniqués esbeltos sin facciones —sin ojos, sin boca— de aspecto agresivo; llevaban medias con liga y nada más. Entreví un conjunto liso y negro, pregunté por mi talla, la dependienta abrió un cajón y desplegó la mercancía envuelta en celofán como si fuera una revelación. Le pregunté si tenía más modelos lisos, me respondió que no. Escogí un segundo conjunto con un encaje discreto, casi una transparencia.

Pagué y salí, todavía tenía que comprarme el vestido. Una frase me daba vueltas en la cabeza: «Nadie nos hace enfurecer tanto como las personas que amamos». Pensé que abandonarse al dolor, especialmente al dolor sin sentido, deja cicatrices incluso a años vista. Entrenarse para soportar el dolor, en cambio, fortalece. En este caso la experiencia deja una especie de tejido muscular, pero es una traza efímera; si nos detenemos, los músculos desaparecen.

Entré en una tienda de ropa casi a la carrera, miré a mi alrededor como la heroína de una película de acción que apenas tiene unos instantes para decidir si saltar desde el puente. Había un vestido verde ceñido a la cintura, con una falda corta y un escote redondo. Me lo llevé sin probármelo, no quería hablar con otras dependientas que me dijeran «Buenas tardes, señora».

Consideré la idea de buscar un par de zapatos y repetir la experiencia de la compra impulsiva. Frente al primer escaparate comprendí que no podría hacerlo con todos esos tacones delante. En el supermercado de al lado compré gel de baño, crema hidratante, jabón, champú.

Había un email del chico del polo rojo en el móvil. Me pilló desprevenida. Me acordé de su nariz torcida, su piel bronceada, el rostro contrariado. El email llevaba por título «En el espejo».

Querida Giulia:

«Un país como los Estados Unidos nunca podrá quebrar: basta con que imprima moneda y pague la deuda.» La frase anterior equivale a decir que los ladrones nunca entrarán en mi casa porque, si se atreven a intentarlo, prenderé fuego a la casa.

Releí estas palabras tres veces. Me imaginé una casa en llamas y los ladrones observándola perplejos desde la calle. El mensaje era largo, recorrí las líneas deprisa, busqué palabras que se dirigieran a mí.

La inflación y la depreciación monetaria son formas alternativas de impago. Pero, entonces, los títulos exentos de riesgo ¿son, en realidad, arriesgados?

El chico del polo rojo hablaba de volatilidad. Tenía un tono ensayístico. Aparte del «Querida Giulia» inicial, no había nada personal. No había escrito «qué guapa eres» por ninguna parte.

El email terminaba así:

Los mercados nacen como imitaciones de lo real. Son simulacros. Un mercado eficiente se comporta por naturaleza de manera casual, dado que la realidad es por encima de todo una colección de situaciones inesperadas. Cuando el mercado comienza a tener demasiada influencia en la realidad, el flujo de información se vuelve menos eficaz. Las consecuencias son impredecibles. El mercado se refleja en el mercado, la información queda atrapada en este espejo. La falta de casualidad conduce, qué ironía, al caos.

Un beso,
Gabriele [\[11\]](#)

Respondí: «Gracias, pero no me dices que soy guapa».

No envié la respuesta.

Encontré un nuevo mensaje de Michele y di un saltito. El paso de la inteligencia del chico del polo rojo a la estupidez de mis reacciones hacía que la cabeza me diera vueltas. Sentí placer, el placer de la intensidad, la ilusión de que de la estupidez pueda brotar el realismo. El mensaje no era en absoluto agradable, pero me pareció lleno de vida.

«Giulia, estás cabreada, me he dado cuenta, y ahora no sé qué contestarte, cualquier respuesta sería un error. Si digo: “Gracias por los cumplidos sobre el gatito blanco” creerás que te estoy tomando el pelo, si digo: “Lo lamento, pero la verdad es que no me siento capaz de verte de nuevo sin ponerme nervioso”, pensarás que soy un cabrón. Ahora no quiero discutir por escrito y explicarte por qué no puedo verme contigo hoy. Si quieres hablamos por teléfono, te dejo mi nuevo número, pero tienes que decirme una hora. No puedo verte esta noche, pero podemos hablar, establezcamos una cita telefónica, de media hora sí que dispongo, entiendo perfectamente que no tiene sentido seguir escribiéndonos aquí, así que te digo: vamos a hablar. Tengo que resolver algunos follones, luego iré a cenar con mi hija, esta es la razón principal por la que no puedo verte. Le prometí hace mucho que iríamos a cenar, solo nosotros dos. No puedo quedar contigo y arriesgarme a que ocurra algo para luego irme a cenar con ella con cara de idiota. No puedo. Por favor. No quiero desastres. (El gatito no es mío, es de mi hija. No soy un fanático de

los gatos, lo hago por ella.)»

A continuación, su número de teléfono. Lo guardé con el nombre «No soy un fanático de los gatos». Escribí:

«Antes has dicho que podías verme y ahora resulta que no, es lógico que me siente mal.»

Lo borré y escribí:

«Quiero existir para tus ojos.»

Lo borré y nada más.

Pensé que podía llamar a Luca Ferrari y decirle que tenía una carta para él, tal vez le apeteciera cenar en compañía, hacía mucho tiempo que no nos veíamos, podía pasar una velada tranquila con una persona agradable. Hubiera sido bonito decirle a Michele: «Yo también tengo un compromiso familiar».

Escribí:

Michele, una última pregunta: ¿a qué restaurante vas? Te lo pregunto porque a lo mejor tengo un compromiso familiar, como tú, y es mejor que no nos encontremos. Milán es grande, pero nunca se sabe. También tengo una segunda última pregunta: ¿quién es Beatrice? La de Facebook. Con ella te comportas como si amaras a los gatitos. Nada, solo por curiosidad.

Esta vez se lo envié. Entré en una ferretería y compré una cuerda fina, de nailon, blanca, pensando en juegos eróticos; pero era una cuerda equivocada.

Llegué a casa rápidamente, dejé mis compras y me desnudé. El vestido, una vez puesto, era más corto de lo que pensaba, y además era más verde, expresaba toda la esperanza del verde: una mirada benévola lo habría apreciado, una mirada analítica, no. Estaba buscando amor. ¿Era adecuado que mi ropa procurara seleccionar las miradas benévolas a su favor? Tal vez sí.

Me probé la ropa interior de encaje, me quedaba bien. Me puse los zapatos altos del día anterior, posé, saqué algunas fotos, escogí una que me gustaba, un clásico del autorretrato contemporáneo: de pie, de espaldas, girando el busto y mostrando la parte inferior de la espalda pero también la cara. Se la mandé a Michele acompañada de la palabra «Gratificación». No por casualidad. Un día Michele me había contado que se sentía gratificado por mi presencia: ser deseado por mí era una fuente de satisfacción para él. Un sentimiento modesto, precisó, y sin embargo esa era la verdad, una gran verdad masculina a su parecer.

Después de mandarla, me di cuenta de que en la foto tenía una sonrisa dolorida, la sonrisa de cuando levantamos el vaso para brindar por nuestro cumpleaños. Siempre pico. Sonreír no funciona, es difícil, no da buenos resultados.

Llamé a Luca.

—¡Giulia!

Su tono era alegre, más alegre de lo que esperaba.

La última vez que nos habíamos visto habíamos estado a punto de discutir. Para llenar un silencio, le había dicho que a veces me sentía vieja, muy vieja. Él se molestó:

—No pierdas el tiempo con pensamientos como esos.

—¿Qué pensamientos?

—Pensamientos sin sentido.

Parecía un padre diciéndole a su hijo que no se metiera los dedos en la boca.

—¿Te has ofendido?

—No, qué va.

—Total, ya has decidido que no nos volveremos a ver.

En efecto, era así, pero mentí.

—Eso no es cierto. Cuando charlamos me pongo contenta, hablamos de mi madre, eres la única persona con la que puedo hablar de ella.

—No me pareces contenta en absoluto. Pareces solo alguien que busca información, pero ya no tengo nada más que contarte. Disculpa si he dicho que piensas cosas sin sentido.

—Quise decir que a veces, cuando sufro de ansiedad, tengo la impresión de que ha pasado mucho más tiempo del que ha pasado en realidad. Como si fuera vieja, de hecho.

—Piensa que a los viejos les ocurre lo contrario. A los viejos el tiempo transcurrido siempre les parece menos de lo que ha sido.

Por un momento imaginé el aspecto que tendríamos ante un observador ajeno: él intrigado, siempre dispuesto a explicarse; yo distraída y sobre todo triste. En medio, el espacio que mi madre había dejado vacío. Éramos el retrato de la amargura. La amargura es lo opuesto a la gratificación.

Por teléfono, bajo la pátina del buen humor, la voz de Luca sonaba cansada. Le conté lo de la carta en el buzón. Tosió, distante, tal vez había apartado el móvil por educación.

—Bueno, pues abre el sobre y veamos de qué se trata.

—No creo que esté bien que lo abra yo.

—No te preocupes. Hazlo.

—De acuerdo, voy a buscarlo.

—Espera. ¿Me has dicho que estás en Milán?

No, no se lo había dicho. Estaba segura de no habérselo dicho. De repente, me arrepentí de haber telefoneado. Colgué, como si se hubiera cortado.

Unos segundos después me devolvió la llamada, no contesté. Volvió a llamar tres veces. Me envió un SMS.

«¿Qué ha pasado?»

Coloqué el teléfono sobre la mesa y dejé pasar unos minutos. Fue entonces cuando se me vino a la cabeza la entrevista.

Meses atrás, una revista en línea había publicado un reportaje sobre Luca. Lo leí un sábado en que, como pasatiempo, estaba buscando en internet los nombres de algunas personas que conocía.

—Maestro, habla usted a menudo de eficiencia. ¿Qué es la eficiencia para usted?

—Es una estrategia de trabajo. Una técnica, nada más. No es un estilo o un hábito, eso seguro. Es un rasgo de oficio, de concreción. Una forma de vida auténtica.

—Se ha dicho que es usted un músico-economista.

—Sí, pero nunca se especifica si se trata de un cumplido.

—Pero que es usted ambas cosas es un hecho.

—Me licencié en Economía hace muchos años. Con eso no basta para hacer de mí un economista.

—También se ha dicho que usted se expone, sin defensa alguna, al riesgo de concebir mala música.

—Mala o buena. El riesgo puede ir en ambas direcciones. Esa es la definición de riesgo.

—Por supuesto. La cuestión, en cualquier caso, es que en la música que escribe no hay una red de protección.

—No entiendo lo que quiere decir. No entiendo qué es eso de la red de protección.

—Alguna vez ha dicho usted que el espíritu actúa mejor si explota solo una parte de su poder y acepta mostrar sus debilidades.

—Sí, se obtiene más densidad espiritual si no se usan todas las fuerzas de las que uno dispone y se deja espacio a la vulnerabilidad. Ahora bien, es muy difícil, porque no debemos hacerlo de manera deshonesta. Debemos creer en ello, a riesgo de parecer estúpidos. Y debemos, de alguna manera, valer para afrontarlo.

—Hemos llegado a pensar que en su economía de medios no queda espacio para la obsesión. Esto sucede porque no hay abundancia, sino escasez. Y es en la abundancia donde, de hecho, suelen madurar las obsesiones. Las perversiones, también.

—¿Ah, sí?

—Bueno, sí. Pensamos que, a través de su música, lo que busca usted es una fuga de la obsesión. Quizá por razones morales: ¿es correcto? Al igual que un monje, rechaza usted la abundancia y rechaza las obsesiones que, por necesidad, nacen dentro de la abundancia.

—No lo creo. La obsesión es un esquema, un modelo. También puede nacer de la escasez. Tomemos un solo grano de arena, repitámoslo mil millones de veces, se convierte en un desierto. Un desierto, con todos sus granos de arena, es una obsesión. Y aun así un hombre en el desierto nunca hablaría de abundancia. Por el contrario, sufriría de escasez. La abundancia no se encuentra necesariamente en la raíz de las obsesiones. Yo no tengo nada en contra de la abundancia.

—¿Se considera usted un ser obsesivo, entonces?

—¿Qué sé yo! ¿De qué diablos estamos hablando?

En este punto, Luca Ferrari se niega a continuar con la entrevista. Es una lástima. Todos quieren saber más: tanto quienes lo aman como quienes lo detestan. Sus admiradores están tan encendidos como sus detractores. La frescura infantil que caracteriza la música de Luca Ferrari es un incendio veraniego, a nuestro parecer.

Volví a llamar a Luca.

—Lo siento, se me había descargado la batería.

—Ah.

—¿Te vienes a cenar conmigo esta noche?

Lo había dicho. Ya no podía volverme atrás.

—¿Esta noche? ¿A qué hora? Es una invitación un poco repentina.

—Sí, lo siento. No pasa nada. No te preocupes.

—Espera, déjame pensar. Así podrías darme el dichoso sobre, lo abrimos juntos y resolvemos el misterio. A ver si puedo organizarme. Te devuelvo la llamada en cinco minutos.

Me devolvió la llamada y dijo que de acuerdo. Propuso que nos viéramos en el restaurante de siempre.

Al colgar miré si había alguna reacción de Michele al mensaje en el que le preguntaba quién era Beatrice, pero especialmente a mi foto. La había, y bastante larga además. El número de líneas no es indicio suficiente para adivinar si una respuesta es prometedora, y al mismo tiempo es imposible renunciar a la esperanza que implica ese panorama: el muro de palabras.

«Hablemos de viva voz, por favor, pongámonos de acuerdo en el mejor momento para hablar, no podemos escribirnos hasta el infinito. ¿Vale? Bueno, me pides que te cuente quién es Beatrice y podría no decirte nada, no estoy obligado, pero el problema es que me sentiría idiota por no decir nada, y ese es el principal efecto que tienes sobre mí: me haces sentir idiota y como consecuencia te sales con la tuya. Ahora te diré quién es Beatrice. Beatrice es una mujer con la que me acosté. (Total, eso es lo único que te interesa.) Hace mucho que no nos vemos, en todo caso. (Es una historia de antes de conocerte.) Hoy somos amigos en Facebook, pero no hay nada entre nosotros. Le tiene mucho cariño a su perro, no hay nada de malo en ello. Yo no pretendo que me gusten los gatitos, como tú dices, trato solo de mostrar entusiasmo cuando ella habla de animales porque sé que le importa. Así, bajo la foto de su perro, yo puse la foto del gato de mi hija. (Pero la verdad es que al explicarte estas cosas me siento aún más idiota, dime tú si a mi edad tengo que explicarle a nadie por qué pongo gatos en Facebook. Además, yo en Facebook solo estoy para echar un ojo a mi hija. Y ya sé que es inútil, la verdadera vida de mi hija tiene lugar en quién sabe qué plataforma.) P. S.: Muy bonita tu foto.»

«Gracias», respondí.

Llegaba tarde a la cita con Luca. Cogí tres bolsas de plástico del armario de la cocina.

En mi habitación, el vestido verde yacía sobre la cama. Los zapatos de tacón estaban en el suelo. Doblé el vestido con cuidado, lo metí en la primera bolsa, los zapatos fueron a parar a la segunda. Decidí que me quedaría con el conjunto de encaje, el liso lo metí en cambio en la tercera bolsa. Lo puse todo en la mochila, la cuerda también, y me tiré en el colchón, exhausta a causa de mi meticulosidad. La precisión de los actos esconde el deseo de desaparecer en su interior.

Revisé el teléfono y me encontré con Fred. Un email sin texto, solo el asunto:

«¿Has visto? Seamus Heaney.»

18. La época de los relatos

He aquí dos hallazgos:

Sabes cómo hacer que se piense en ti. Creo que posees una gran habilidad para conseguir que se piense en ti. Y creo que lo sabes. Es una habilidad especial y fatal. Quién sabe cómo se adquiere. ¿Depende de la belleza? No es suficiente. Tal vez dependa más de la capacidad de turbar.

Pienso mucho en tu belleza. La veo en el pensamiento. Y nunca es menos hermosa. Es una belleza que sientes encima. Es un deseo casi incómodo físicamente.

Son dos mensajes de Michele que se remontan a cuando yo empezaba a volverme obsesiva pero él aún no se había cansado de mí. Los copié en un pedazo de papel, los metí en la caja donde guardo los recuerdos de mi vanidad: las fotos, las páginas escritas. Me gusta la sensación que experimento cuando los leo de nuevo. Aprecio las repeticiones, el uso infantil de las palabras «hermosa» y «belleza». El elogio. Yo también soy víctima de la gratificación, no es solo una verdad masculina.

En la raíz de mis comportamientos involuntarios encuentro a menudo verdades humanas que considero masculinas y femeninas al mismo tiempo: gratificación y desilusión, placer y dolor, amor y violencia. Promiscuidad y separación física. Forman parte de la vida, de la aventura mejor dicho, cada uno tiene la suya. Al final, cada aventura quedará descrita también por la cantidad de remordimiento y la cantidad de arrepentimiento acumulados. Por tradición, suele sugerirse que en las mujeres prevalecerá el arrepentimiento, y el remordimiento en los hombres. Eso se debe a que los hombres realizan sus funciones biológicas y se alejan, abandonan, desarrollan sentimientos de culpa, mientras que las mujeres están convencidas de haber perdido el tiempo. Podría ser. Pero me parece que cada aventura humana abarca más que el mero cumplimiento de una función.

Hay una época en mi historia, «la época de los relatos». Se abre con el viaje a Tréveris. Por la noche, en el hotel, después de visitar la casa de Marx, Michele estaba contento, algo cansado.

—Dúchate tú primero —dijo.

Cuando estábamos juntos, yo prefería que nos ducháramos los dos a la vez, pero pensé que, en efecto, no debería convertirse en un hábito. Luego le tocó a él, una larga ducha, con mucha agua. Le esperé en la cama con una camiseta puesta y nada más; vi la televisión, dibujos animados en alemán. Salió del baño, se puso unos calzoncillos limpios, se sentó en la cama y empezó a hablar el primero. Un hecho excepcional.

Dijo cosas simples, por ejemplo lo bien que se está en los hoteles, en los hoteles de muchas estrellas. Siempre le habían gustado las habitaciones intactas, el momento de entrar, la virginidad del lugar, una falsa virginidad porque las habitaciones han visto de todo, aunque no lo parezca.

Cruzas el umbral y traes el desorden, ensucias las superficies, profanas las sábanas, abres los frasquitos de gel de baño, desacralizas toallas y albornoces. Enciendes la tele para matar el silencio.

La noche anterior, por enésima vez, él había estado haciendo cuentas: ¿podía dejar de trabajar? Había acumulado algo de dinero gracias a las finanzas, es decir, de una manera que muchos consideran vulgar. Tenía ahorros pero sin exagerar. Lo cierto era que no había adquirido el desparpajo que esperaba. Su mujer era rica de nacimiento, bastaba una nimiedad para que pareciera un mantenido.

—A ella le gusta un determinado estilo de vida, si no trabajara me vería como un marido dependiente. Por eso estoy en el banco: para poder seguir su ritmo. Al mismo tiempo me he hartado. No se lo he dicho nunca a nadie, pero es así. No soy como esos que necesitan hacer mil cosas para sentirse vivos, los que aman los retos. Odio los desafíos, solo era bueno en la escuela, y también ambicioso y un poco cabroncete. Me atraen las cosas que relucen. Junta todos esos elementos y aquí me tienes. Pero no me gusta, quiero marcharme, de lo contrario sé que me volveré loco. Hace tres días estaba solo en una sala de reuniones, pensé: ahora me desabrocho los pantalones y meo en la moqueta. No lo hice, pero es para que te hagas una idea de los disparates que se me ocurren. Sigo donde estoy porque me gusta la sensación de seguridad que me da el dinero. Una sensación de lo más simple. Y luego porque, como te decía, tengo que seguir su ritmo, por amor propio. Pero tal vez no debería confesarte estas cosas, acabaré por dejar de gustarte.

En parte era cierto, existía el riesgo de que dejara de gustarme algo, tal vez no él sino su discurso. Llega un momento en el que el amante se desnuda más de lo habitual y vemos una desnudez imprevista que habría sido mejor que siguiera oculta. Si se supera esa circunstancia, quizá puedas casarte y tener muchos hijos.

—No es cierto que ya no me gustes. Puedes hablar de todo conmigo.

—Lo dices por amabilidad.

—No. En cualquier caso, si te has cansado de tu trabajo deberías buscar otro.

—Tienes suerte. Eres la clase de persona que podría desempeñar los trabajos más bonitos del mundo. Posees el espíritu adecuado.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Yo no soy un aventurero, tú sí. Tienes miedos, prefieres protegerte de los riesgos, pero en el fondo de tu alma eres una aventurera.

Se miró las manos como si buscara la aventura que le faltaba. Pero era feliz. Le gustaba estar limpio y oler bien, le gustaba sentirse amado por una aventurera. Yo daba la impresión de amarlo y él lo advertía. Tal vez, realmente, eso era todo. Una ducha, un buen hotel, una chica semidesnuda dispuesta a escucharlo. Reaccioné ante esa pequeña estampa.

—Los ratones existen sin permiso —dije—, todo el mundo los odia, todos los persiguen, viven en la inmundicia, inmersos en una sosegada desesperación. Y sin embargo, son capaces de destruir civilizaciones enteras.[\[12\]](#)

—Qué bastardos.

—No es mío. Ni siquiera sé si la cita es correcta.

Michele se reclinó en la cama y cerró los ojos.

—Cuéntame algo —dijo.

—¿Como qué?

—Yo me quedo aquí con los ojos cerrados y tú me cuentas una experiencia sexual que hayas vivido. Qué sé yo, cuando te fuiste a la cama con varios hombres a la vez.

—Pero si nunca me he ido a la cama con varios hombres a la vez...

—No importa. Te lo imaginas y me lo cuentas.

—Una vez fui a un local de intercambio de parejas.

Michele abrió los ojos y levantó la espalda de repente.

—¿De verdad?

—En mi primer año de universidad, con un chico con el que salía. Durante el puente de Todos los Santos nos fuimos a París en tren. Te preguntarás: ¿por qué precisamente a París?

—Más que nada me digo que menuda has montado para venir conmigo a Tréveris, y en cambio para ese viaje educativo con tu amigo no.

—¿Y eso qué tiene que ver? Si hago un viaje con uno de mi edad, mi madre no me hace preguntas. En fin, habíamos elegido París porque éramos dos buenos chicos y nos parecía precioso, aparte del intercambio de parejas. No te rías. Hicimos turismo un par de días, vimos mil cosas, muy aplicaditos, y luego fuimos a ese local. Recuerdo una habitación larga y estrecha y una mujer desnuda, de rodillas, rodeada de hombres. Recuerdo su boca.

Michele se había relajado de nuevo, con los ojos cerrados. Respiraba ruidosamente, estaba resfriado. Por un momento percibí los diecinueve años de diferencia que había entre nosotros.

—El chico que estaba conmigo se acercó a la mujer de rodillas. No sentí nada en particular al verlos juntos. Era como una telenovela que lleva cientos de episodios y ha agotado todo lo que tenía que decir, y aun así seguimos pegados a la pantalla. ¿Te estoy aburriendo?

—Qué va. ¿Por qué dices eso?

—Al cabo de un rato decidí que ya no quería estar allí, cambié de habitación, quería dar una vuelta yo sola. Encontré una salita con una enorme cama en forma de corazón donde una pareja estaba dando un espectáculo, en el sentido de que querían que los miraran. Alrededor de la cama había sillones y sofás, y en los sofás otras parejas ofrecían sus propios espectáculos. Me percaté de que algunos hombres y mujeres me observaban, pero ninguno de ellos me importunó. Había mucho respeto, mucha compostura. Me desnudé completamente.

—¿De golpe, como haces a veces?

—Sí. Luego me senté en una butaca, me acurruqué y sucedió algo un poco extraño, extraño para ese lugar: me quedé dormida. Pasó el tiempo, media hora tal vez. Me desperté sobresaltada, las cosas no habían cambiado. Seguía habiendo gente que practicaba sexo. Un hombre se había sentado en el brazo de mi butaca. Me preguntó si quería acompañarlo a otra habitación. Lo seguí.

Michele tenía ahora los ojos muy abiertos y me miraba con la máxima atención. En su mirada había también una especie de nostalgia, o de envidia, una mezcla.

—Pero ¿es que tú no has hecho nunca cosas así? —le pregunté.

—Soy un reprimido. Déjalo estar. Sigue.

—De acuerdo. Pero ahora me encuentro en una encrucijada, tengo en la cabeza dos versiones del final y ninguna me convence.

—Quiero que me cuentes la versión verdadera. Porque esta es una historia real.

—No, me la estoy inventando.

—Yo creo que es cierta. Sigue.

—Entré en la habitación, había otros hombres y mujeres. Me pregunto si realmente quería tener sexo así, delante de tanta gente, en público. No lo sé. A veces me imagino ciertas cosas, pero no creo que tenga nada que ver.

—¿Qué cosas?

—Me imagino que estoy contigo en un dormitorio. Hay otras personas en la casa, no sé por qué

razón están ahí. En cualquier caso, hay una puerta cerrada que nos separa de ellos. Una protección. Nosotros actuamos como si no pasara nada. Hacemos lo de siempre. Tú que no vacilas sino que decides, yo que me desplazo y capitulo una, dos, muchas veces. Así que follamos mucho, y yo espero que me hayan oído los que están en la otra habitación. Quiero que sepan que soy una adulta y practico el sexo sin pudor. Al mismo tiempo, creo que no son un público. Hay una puerta.

Michele casi contenía la respiración. Reanudé mi relato.

—Volviendo a la historia de París, estaba observando a la gente y no sabía qué hacer cuando llegó mi amigo y me agarró del brazo. No parecía enojado, pero había algo extraño en su agitación, un instinto, que me hizo pensar en los celos. O tal vez le había ocurrido algo, algo malo. Tiraba de mí, decía que era tarde. Respondí que por mí podíamos irnos cuando quisiera, no me importaba. Todo ocurría mientras estábamos desnudos entre la gente curiosa. Estábamos hablando en voz alta. Nos vestimos y volvimos al albergue. Al día siguiente salía nuestro tren. Fue una de las experiencias menos eróticas de mi vida. En efecto, es un relato triste.

—Pues a mí me gusta. Quiero que me cuentes otros, no digo ahora, cuando te apetezca.

Me besó, nos quedamos un rato abrazados, viendo los dibujos animados alemanes. Me sacó unas fotos, se había llevado una cámara Polaroid. No era la primera vez, no me importó, de hecho me gustaba.

A partir de ese día me gané su insistencia: cada vez que nos veíamos quería nuevos relatos. Yo le decía que me obligaba a inventármelos, Michele respondía que sí, que me inventara lo que quisiera, y entonces yo comenzaba, hilvanaba cualquier cosa y siempre llegaba el momento en que él exclamaba:

—¡Pero si esta historia es cierta!

Con el tiempo, desarrollé tramas perfectas para mi público de una sola persona. Michele fantaseaba con tener una mujer con pasado, tal vez fuera eso. Yo no lo entendía del todo, le pedía explicaciones.

—Me gusta imaginarte, y me gusta pensar que estás imaginando —dijo—. Me gusta.

En definitiva, había senderos que se desbrozaban por encima de su cabeza. Saboreaba las escenas evocadas por mis frases. El resultado era una representación.

Este juego de los relatos fue dándome, poco a poco, una sensación de fatiga mental: la búsqueda de las palabras adecuadas, las correcciones un segundo antes de hablar, la construcción de los escenarios, la ropa que se usaba. Un esfuerzo hollywoodiano. Mas de una vez pensé que era un sacrificio: una de las tareas del amor, un deber afectivo. Fue la situación más cercana al matrimonio que vivimos.

Un día le dije:

—Cuéntame tú algo ahora.

—No, por favor. No se me da bien.

—Inténtalo.

—De joven me fui a la cama con dos mujeres a la vez. Pero no me gustó mucho. Solo me atraía una, la otra no me interesaba en absoluto. No sé qué más añadir.

—Lo que recuerdes. O bien cambia de historia.

—Sueño a menudo contigo.

—¿De verdad?

—No son sueños eróticos. O al menos no solo eróticos.

—Ponme un ejemplo.

—De hecho, soñé contigo hace dos noches. Tú eras una niña vestida de amarillo. Caminabas con tu madre, llevabas en una mano un libro de música, en la otra una lata de Coca-Cola. Ibas a clases de violín.

—¿De violín?

—En mi sueño estudiabas violín, sí. Tropezabas y me derramabas encima el contenido de la lata. Te sentías fatal. Tu madre te regañaba un poco, como se hace en esos casos. Yo dije que no pasaba nada y noté que la Coca-Cola había caído también sobre el libro. Lo recogía y lo limpiaba con la mano, tu madre tenía un pañuelo, me lo ofrecía, yo le daba las gracias. Era muy alta. Yo pensaba que te había visto jugando en un parque el día anterior. Te decía: «De verdad, no pasa nada». Tenías la cara muy seria. Yo decía: «Te he oído tocar, eres realmente buena». Te devolvía el libro y me presentaba. Pero tú seguías muy seria, o más aún: tu gesto exigía respeto. Como una persona de gran reputación. Para mis adentros, pensaba: un día se convertirá en una gran violinista. Y después de pensarlo me decía: soy realmente viejo.

Permaneció en silencio unos instantes, luego me miró fijamente.

—¿Pero tú has hablado de nosotros alguna vez con alguien? Lo pregunto por asociación de ideas, por las historias. No sé, tal vez le hayas contado algo a una amiga.

—No. Nunca. ¿Por qué?

—¿Tal vez algún día lo hagas?

No sabía qué replicar. ¿Sería Michele de esa clase de hombres a los que les gusta que se hable de ellos? ¿Lo deseaba? ¿Se imaginaba a su joven amante elogiándolo delante de otras mujeres? En ese momento no veía razones para contarle nuestra historia a nadie. Respondí:

—Preferiría no hacerlo, no es mi estilo. No obstante, en caso de estar sufriendo, podría desahogarme con alguien, por más que ahora la idea me parezca extraña. ¿Y tú, has hablado alguna vez de nosotros?

—No es esa la cuestión.

—Eso significa que sí. ¿Con quién?

Cerró los ojos y se acostó de lado, dándome la espalda.

—Si hablas de nosotros —dijo—, hazlo con lealtad.

19. El juego de la oca de la desesperación

«Michele, disculpa si te escribo otra vez, pero se me ha ocurrido una idea. Podríamos quedar después de la cena con tu hija, aunque sea tarde no importa, como te he dicho yo también tengo un compromiso. ¿Qué te parece? ¿No puedes inventarte una excusa? Estaré en Milán unos días. De verdad que me gustaría verte. Tengo que hablar contigo, pero no por teléfono. Seamus ha dejado el banco.»

Lo envié y me senté en el borde de la cama, sin apartar la mirada de la pantalla. Eché un vistazo otra vez a la página de Michele, deteniéndome en la foto de la Navidad familiar: el interior de la casa, la lámpara naranja, su mujer vestida de azul, él con los ojos relucientes. Mi desazón como resultado.

Miré el correo, el mensaje de Fred que decía: «¿Has visto? Seamus Heaney». Parecía obvio que el significado era ese: Seamus se ha ido. Las únicas historias humanas que cuentan en Canary Wharf giran en torno a las mismas preguntas: «¿Quiénes son los que vienen? ¿Quiénes son los que se van?». Podría sobrevivir unos días sin explicaciones. Pero ¿y si la historia era otra cosa? Escribí a Fred:

«¿Así que Seamus se va? ¿Para cultivar camelias o porque le cubren de dinero en otra parte?»

Telefoneé a Luca para decirle que llegaría con un cuarto de hora de retraso. Llamé a un taxi, bajé y ya estaba allí. La carrera fue rápida. El coche eléctrico parecía un organismo con los huesos vacíos.

El restaurante me recibió con sus manteles rosas, luces tenues pero no en exceso, plantas decorativas, grandes ventanales, el olor a buena comida. Luca estaba sentado en una mesa cerca de la pared. Leyendo.

—¿Qué lees?

Levantó la vista y sonrió. Se puso de pie, moviéndose con agilidad.

—Giulia, qué alegría volver a verte. ¿Qué tal estás?

Era delgado por naturaleza, la delgadez excesiva de los corredores de maratón, aunque no creo que haya practicado deporte jamás. Se le veía en forma, si comparaba su imagen actual con mi último recuerdo.

—Es un libro que da consejos sobre cómo reorganizar la casa —dijo, besándome en la mejilla—. Me gustaría reorganizar mi piso de arriba abajo. Ha llegado el momento de imprimir un cambio a mi vida. Tengo setenta y dos años. Ya soy mayor, por fin.

Me pregunté si, más allá de las apariencias, estaría realmente bien. Luca era lo más parecido a un pariente cercano que yo tenía. ¿Debía preocuparme por él?

—Giulia, ¿te ocurre algo?

—No, estaba pensando en la de veces que hemos estado en este restaurante.

—Muchas, es verdad. Pero me alegro de que estemos aquí esta noche también.

Tuve que obligarme a parecer tranquila. Debía fingir plenitud existencial, como se hace,

precisamente, con los parientes.

Nos sentamos a la mesa y en seguida nos pusimos a hablar del referéndum, de Inglaterra. Improvisé un razonamiento sobre la incertidumbre, al principio me salían frases como las del chico del polo rojo, luego el nivel de mi alocución descendió y me relajé. Dije que el país corría el riesgo de transformarse de Gran Bretaña en Pequeña Bretaña; Canary Wharf probablemente desaparecería y todos nos iríamos a trabajar a Frankfurt; pronuncié la palabra «Frankfurt» con un tono muy dramático. Estaba representando un papel: el indignado del momento.

Traté de compensarlo explorando los motivos del resentimiento de los que habían votado a favor de la salida. Hablé sobre el mercado de la vivienda en Londres y sobre su valor simbólico. Sobre la torre de apartamentos Vauxhall, fea, siempre vacía, el emblema de quienes compran para invertir pero nunca viven en la ciudad; uno de los muchos fenómenos de los últimos años. Y sobre One Hyde Park, el complejo residencial de Knightsbridge: edificios novísimos, pisos de decenas de millones de libras, ventanas especiales con cristales a prueba de balas, guardias en la puerta, el correo de los residentes pasado por rayos X, o así lo contaban los periódicos. El ochenta por ciento de las unidades inmobiliarias las han adquirido al parecer sociedades anónimas en paraísos fiscales. No se sabe quiénes son los dueños.

—A ver, Giulia, ¿dónde querrías estar? No quieres ir a Frankfurt, no hablas bien de Londres. ¿Dónde te gustaría echar raíces?

—No lo sé. No es algo que se sepa.

—Pero tendrás alguna preferencia, ¿o no?

—Soy alguien sin tierra.

—No digamos tonterías. Como poco, eres de Lombardía.

—Soy alemana.

Me reí, la frase «soy alemana» me parecía la más extraña del mundo.

—Pues si eres alemana, en Frankfurt estarás bien.

Charlamos un rato. Los asuntos financieros lo intrigaban, lo atraían y lo repelían a la vez, leía los periódicos con atención. Me preguntó por el precio del petróleo.

—Cuando el precio del petróleo aumenta se dice que la economía se resentirá porque aumenta el coste de las materias primas; cuando baja, se dice que la economía se resentirá porque las expectativas de recuperación son negativas y todo está relacionado. En suma, siempre hay una manera de justificar que todo irá mal. ¿Me lo puedes explicar, Giulia?

En efecto, había cierta confusión. Los razonamientos económicos provocan una sensación parecida a cuando hacemos ejercicio físico y utilizamos una parte del cuerpo que suele permanecer inactiva. Es como si la economía fuera ajena a la versión natural de nosotros mismos. Y no es una ciencia exacta, ni siquiera es una ciencia. Según algunos se asemeja más bien a una religión racionalizada. Lo indudable es que el tema de las previsiones deja mucho que desear. Hace años, el consejero delegado de una gran empresa energética declaró: «Si supiera predecir el precio del petróleo, ya me habría retirado a una isla a pasármelo en grande. Mejor dicho, ya me habría comprado esa isla».

—La previsión del precio es como leer el futuro en los posos del café.

Inmediatamente después de decirlo, se me escapó un bostezo.

—¿Tienes sueño?

—Lo siento.

—Ya veo, te obligo a hablar de estas cosas y no te apetece.

—Qué va, solo necesito comer.

—Es que escuchar ciertos argumentos me distrae de los pensamientos existenciales.

—Entiendo. Los que se ocupan de las finanzas resultan útiles a la hora de animar las conversaciones del aperitivo entre extraños. O en los funerales: el dinero relaja el ambiente.

—Hablo en serio. Me gusta hablar contigo.

—Gracias.

—Y es verdad que necesito distraerme. Últimamente no estoy muy bien, me imagino a menudo cosas que no debería. Por ejemplo, pienso en coger un folio enorme y usarlo para afrontar, según se me vienen a la cabeza, lo que yo llamo «las causas históricas de mi desesperación». Me gustaría dibujar un enorme juego de mesa, con sus casillas. El juego de la oca de la desesperación, con una salida y una meta.

—Podrías intentarlo.

—En realidad, ya lo intenté una vez.

—¿Y cómo fue?

—Me puse a pensar en todo lo que me ha pasado en la vida, lo escribí en un papel, lo relacioné mediante flechas. Después, cuando me sentí listo, dibujé en una cartulina casillas cuadradas y las rellené con palabras.

—¿Qué clase de palabras?

—Vulgares.

Me reí.

Era el momento de pedir. Siempre me apetece que alguien elija por mí. Pero nunca ocurre.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar en Milán? —me preguntó.

—Depende de algunas cosas. Es posible que me vuelva a Londres mañana —mentí, no quería que supiera que me quedaba unos días—. Pero ahora no me preguntes qué tal va el trabajo.

—No tenía la menor intención, querida. Y tú no me lo preguntes a mí.

—Ni siquiera sabría qué preguntarte. No sé lo que hace un músico.

—Bueno, depende.

—He leído una entrevista que te hicieron en internet. Te enfadabas y la interrumpías. Me pareció divertida.

—La recuerdo. No, divertida no fue.

Llegaron las bebidas.

—En 1984, cuando tú naciste, yo tenía cuarenta años. Como padre sería lo bastante viejo para ti.

—Entiendo, quieres adoptarme. La respuesta es no.

—O tal vez podría decir: sería lo bastante viejo para ser tu padre pero no lo suficiente para ser tu abuelo. He estado reflexionando. Pensaba en la diferencia de edad entre Lidia y yo, nunca había claculado la edad que tenía ella cuando naciste tú y cuántos años tenía yo. Se me ocurrió porque una vez dijiste que reflexionas a menudo sobre las diferencias entre generaciones.

Su mano derecha acariciaba la izquierda. Estaba inmerso en un razonamiento y las manos formaban parte de ello.

—Como sabes, también doy clases. Me gusta. En mi caso, podría parecer una pérdida de tiempo, pero no lo es. Tiene mucho sentido transmitir a los demás el conocimiento que uno posee, así todos somos mejores. Con todo, a pesar de reconocer la importancia de la pedagogía, debo admitir que nunca he podido encariñarme con mis alumnos, al contrario, me hacen enfadar. Los aprecio, pero nunca me parecen lo suficientemente buenos. Y pierdo la paciencia. Siempre hay alguno que destaca, tal vez no un genio, pero alguien que vale. En cualquier caso, no los entiendo

del todo. De vez en cuando me digo que no es una cuestión relacionada con la música. Tal vez tenga más que ver con las generaciones. Pero luego me acuerdo de ti. Eres joven, y te encuentro bastante soportable. Entonces ¿qué es?

Miré a mi alrededor para comprobar si había algún conocido. Hoy, si sales con un hombre mucho mayor que tú, la gente no piensa, como en otros tiempos, que es tu padre. Todos parten del supuesto de que las personas se mezclan en un sentido erótico.

—¿Estás buscando a alguien? —preguntó.

—No.

La comida llegó en abundancia. Noté en sus ojos cierto disgusto, parecía un niño delante de un plato que detesta. Había elegido lo que quería, el problema era que no le gustaba comer, ya lo había notado otras veces. A mí, en cambio, me encanta llenar el estómago, ya saboreaba el bienestar interior que se derivaría del primer bocado.

Atacamos la comida en silencio, yo con rapidez, luchando incluso por mostrar cierta contención. Él era lentísimo. Mis ojos se fijaron en el teléfono. Lo había dejado en un rincón de la mesa y hasta ese momento me las había apañado para olvidarlo. Ahora quería comprobar si me había llegado algo, pero ¿cómo?

En ese momento sonó. Era Fred, su nombre parpadeaba en la pantalla.

—Perdóname, tengo que contestar.

Me levanté y salí a la acera. No respondí, no me interesaba la llamada, solo la excusa que me proporcionaba: podía quedarme unos minutos en compañía del aparato, el canal invisible por donde fluye buena parte de mi vida. Dejé que acabara de sonar.

Michele me había contestado.

«Dentro de media hora estaré cenando. No me mandes nada más por escrito, de verdad, te lo suplico. Mi mujer no llegará esta noche hasta tarde, y eso ayudaría, pero no puedo dejar a mi hija sola en casa después de haber salido con ella, aunque sea mayor. Daría una impresión de lo más raro. Espero que lo entiendas. Y mañana nos vamos todos juntos. Estaremos fuera unos días. Si necesitas hablar podemos hacerlo esta noche, te llamo yo. Pero basta de tanto mensaje por escrito. (Ya sé que me repito siempre, mil veces.) No te enfades, por favor. (He pensado en cuando te fotografiaba. Y en tus relatos. Me gustaban tanto las fotos como los relatos.) Un beso.»

Se me quedaron grabadas las frases «No me mandes nada más por escrito» y «Basta de tanto mensaje por escrito». Tenían el ritmo de una batalla. Así que intervine.

20. Vejaciones

«Tengo casi treinta y dos años, Michele, y mi actitud frente al mundo puede parecer contradictoria y primitiva. Para mí se trata de mantener cierta libertad. Ser libre significa poder fluctuar entre múltiples estados. Siento melancolía, advierto plenamente mis incoherencias, mis sueños no exactamente intactos, mi miedo al fracaso, las frustraciones para las que ya no hay remedio. Al mismo tiempo siento euforia, muy fuerte a veces: una euforia que no sé explicar. La mantengo en secreto. Cuando llegué a Londres (tú ya te habías ido) conocí a un hombre y durante un par de meses tuve la sensación de que era parecido a ti. Aunque era inglés. Era abogado, tenía más o menos tu edad, lo conocí trabajando en una operación, los detalles son aburridos. Nos veíamos a veces a las siete de la mañana, para desayunar, yo no tenía tiempo de salir por la noche. Recuerdo esos desayunos llenos de mermelada. La comida que me ofrecía transmitía afecto y eso me atraía. Un día, un sábado, me telefoneó y me dijo que iba a venir a verlo su hermana desde Mánchester; le acompañaba su marido, se quedaban a dormir en su casa. Me preguntó si podíamos salir a cenar los cuatro, quería presentarme, sabía que era pronto para esa clase de reuniones, pero su familia estaría encantada de descubrir que salía con una chica. Le respondí que prefería no hacerlo. ¿Por qué? No estoy segura del motivo. Tal vez no me guste ser un símbolo. El símbolo de la chica, el icono que se exhibe para hacer feliz a la familia. Y además, no me gusta socializar a lo loco. No me gusta conversar a menos que esté segura de que la conversación va a resultar interesante. La idea de la hermana, en definitiva, me molestaba. Entre las situaciones que más detesto incluso hoy está la de salir con otra pareja. Parejas que salen juntas, como si una pareja fuera una entidad inseparable y dos parejas fueran comparables a dos amigos que salen, dos amigos formados por dos cuerpos cada uno. Como es natural, acabé yendo. No recuerdo nada de la cena, no recuerdo el lugar ni la charla, solo recuerdo las caras de la hermana y el marido, personas muy amables. Él tenía una tienda de tecnología de alta fidelidad, ella trabajaba en urgencias; él no era feo, pero iba vestido como el cantante de un club nocturno, llevaba una chaqueta oscura un poco brillante, gomina, la cara reluciente como si hubiera tomado rayos UVA; ella debía de haber sido una de esas niñas muy guapas y muy rubias: niñas que pierden la gracia misteriosamente cuando crecen. Una semana después, cuando su hermana se marchó, el abogado consideró natural invitarme a dormir en su casa. Acepté, pero fue algo forzado, otra vez. Algo forzado y sin embargo nadie me obligaba. Es una sensación que puedo evocar incluso ahora, si me concentro por un momento la experimento. Revivo lo que significa tomar decisiones forzadas actuando con absoluta libertad. Son cuestiones relacionadas con la naturaleza del mundo físico. La estupidez es así. No sabemos lo que queremos, ni antes ni después, nos sentimos insatisfechos siempre, no podemos enfadarnos con nadie, a decir verdad ni siquiera con nosotros mismos. Dormir al lado de alguien, en todo caso, no me desagrada. Soy un ser humano, un animal de tamaño medio, por lo que me encanta sentirme protegida. Esa noche, de repente, me embargó la emoción. Me desnudé dejando que me mirara. Mírame, soy así, esto es todo lo que tengo, si no te

gusta dímelo de inmediato, no me ofendo. Ese tipo de situación. Pero después, ¿qué es lo que quería hacer? No lo había pensado. En el transcurso de la noche las cosas fueron por diferentes caminos. Lo que realmente queremos no es lo que habíamos decidido querer, y la distancia entre esos dos sentimientos se llama abandono. Es importante suspender la propia inteligencia. Volvimos a vernos unas cuantas veces y la cosa acabó perdiendo fuelle: nada nuevo. Los acontecimientos brillan por un momento. Luego se marchitan, pierden luminosidad, es difícil renovar la propia virginidad, es difícil permanecer siempre en el centro de la propia existencia. Las experiencias nos empujan, poco a poco, hacia la periferia. Una mañana nos despertamos y todo ha terminado y hay que empezar de nuevo; y todo ha terminado y hay que empezar de nuevo.»

Lo borré todo y me metí el teléfono en el bolsillo. Sonó, era otra vez Fred. Rechacé la llamada.

Mientras volvía, vi por el cristal que Luca me estaba mirando. Había estado fuera veinte minutos por lo menos. Pensé que cierto grado de falta de civismo formaba parte de mi personaje: tengo colegas que interrumpen el bautismo de su hijo para responder a las llamadas de sus clientes, mis veinte minutos escribiendo no eran gran cosa.

Luca estaba comiéndose un colín, había dejado su plato casi intacto y ya frío. Masticaba despacio, parecía que el colín fuera un pensamiento.

—¿Estás bien? He visto que estabas escribiendo un poema épico, parecías una posesa. Causabas impresión.

—Perdóname, un correo urgente.

—Entiendo. Trabajas demasiado.

—A veces sí.

—¿Y la carta? La que has encontrado en el buzón.

La había guardado en un bolsillo exterior de la mochila.

—Te la he traído. Aquí está.

Abrió el sobre, contenía un folleto. Lo hojeó con atención. Mientras tanto, me terminé lo que quedaba en el plato. Me daba un poco de vergüenza, la comida estaba del todo fría a esas alturas. Cuando acabé, Luca llamó al camarero con un gesto y le dijo que podía retirar los platos de ambos. Este le preguntó si no había sido de su agrado, él contestó que estaba todo muy bueno, pero que acababa de salir de una gripe y no le apetecía más. Pareció aliviado cuando vio que el chico se alejaba. Hizo ademán de guardarse el folleto en el bolsillo pero se detuvo.

—¿Quieres saber qué es?

—Sí, por supuesto.

—La curiosidad es inevitable. Pero no se trata más que de la invitación a un concierto. Ahora querrás saber cuál.

La verdad era que no me interesaba, pero sentía el deber de mostrarme amable. Asentí.

Tenía la cabeza en otra parte. Apaciguada por la comida, estaba lista para distraerme persiguiendo preocupaciones emocionales. Notaba un peso en el corazón, insignificante pero susceptible de agigantarse: las cuitas sentimentales tienen mucho potencial. ¿Quién era Michele, después de todo? Solo un fantasma de diez años atrás. Es difícil hacerse preguntas acerca de un fantasma. Algunos aspectos de su naturaleza se me aparecían sin cambios: no era un revolucionario, era un hombre que añadía nuevos escenarios a la vida sin apartar los precedentes; le gustaba deslizarse por la realidad tal como es, a pesar del cansancio que conlleva, incluso prefería ese cansancio si la alternativa era destruir; le gustaba acumular, almacenar. No era un

cabronazo, aunque afirmara serlo. Poseía mucha imaginación. Como un niño que va mal en el colegio y decimos: «Sí, pero tiene mucha imaginación». El imaginativo no revoluciona nada. Deja las cosas como están y encuentra un escondrijo cómodo.

Luca me entregó el folleto. En la primera página estaba escrito, a tamaño grande, «Vejaciones». La palabra, violenta y elegante, se asentó de inmediato dentro de mí.

—¿Qué es?

—Un concierto en el que interpretan *Vejaciones*. Solo esta noche, por cierto. ¿Conoces la pieza?

—No.

—Pero puede que hayas oído hablar de su autor, Erik Satie.

—Más o menos. Es un músico francés.

—Bueno, yo creo que a ti Satie te interesaría. Y *Vejaciones* también.

—¿Es un concierto bonito?

—No, probablemente sea feo.

—Entonces ¿por qué debería interesarme?

—Abre el folleto. Hay una explicación. Léela atentamente, por favor.

Luca quería que me concentrara un poco. Se había dado cuenta de que mi mente se alejaba de él con facilidad. El camarero sirvió el segundo plato.

En 1893, Erik Satie compuso *Vejaciones*, una pieza breve. En la primera página de la partitura escribió una nota poco comprensible: «Para tocar este tema ochocientas cuarenta veces seguidas, será oportuno prepararse con antelación, y en el más profundo silencio, con grave compostura».

¿Significa esto que la pieza, durante la ejecución, debe repetirse ochocientas cuarenta veces? Si es así, *Vejaciones* podría llegar a durar un día entero. Muchas horas ocupadas por un pequeño fragmento repetido. Eso explicaría el título: vejación, es decir, opresión, persecución. La obra más larga de la historia, sádica con el pianista y los espectadores. ¿Qué le ocurre al que la interpreta en su totalidad, él solo? ¿Qué les sucede a quienes la escuchan de principio a fin? ¿Se le ha ocurrido alguna vez a alguien organizar una maratón de estas características? A decir verdad, sí.

El primero fue John Cage, en 1963. Cage compartía con Satie la desconfianza en las convenciones, la fascinación por lo ilógico. Según su punto de vista, la ejecución de *Vejaciones* no solo era posible, sino necesaria. El maratón se llevó a cabo gracias a un grupo de pianistas que se fueron turnando hasta la conclusión de las ochocientas cuarenta repeticiones. Después de Cage hubo otros. *Vejaciones* se ha convertido con el tiempo en una pequeña celebridad musical. Una música que, devorando el tiempo, en realidad lo destruye: la materia de *Vejaciones* es la destrucción del tiempo.

En la página opuesta figuraba la descripción del concierto de esa noche.

Setenta pianistas, muchos de ellos aficionados, se alternarán en la ejecución. A los espectadores se les permitirá abandonar la sala durante el concierto, pero no será posible volver a entrar.

Se requiere una aportación de quince euros a la entrada. Quienes permanezcan hasta el final de la función recibirán el reembolso completo de la localidad como premio a la resistencia.

La invitación incluía también una breve carta colectiva escrita por los setenta pianistas que se habían sumado a la *performance*.

Los espectadores e intérpretes de *Vejeciones* concuerdan en atribuirle rasgos místicos.

Los intérpretes defienden que hay algo diabólico en la notación de Satie, algo que hace imposible memorizar la pieza. Incluso después de muchas repeticiones nos vemos obligados a mirar la partitura, como si la estuviéramos tocando por primera vez. Los espectadores nos refieren un efecto similar: después de muchas repeticiones, aún son incapaces de canturrear el motivo.

Pero no nos interesa todo eso. No nos interesa la memoria. Nos ocuparemos del simple presente de cada nota. Cada uno de nosotros se limitará a tocar doce repeticiones de la pieza, por un total de ochocientos cuarenta repeticiones, según indica la partitura. El objetivo no es la homogeneidad o la belleza de las interpretaciones, sino el simple hecho de que estas se produzcan. Pasaremos de la concentración meditativa al lirismo. De la completa relajación a la ansiedad. Habrá aburrimiento. Habrá alucinaciones. Tal vez la alarma de un coche suene en la calle, de repente. Cualquier cosa puede suceder, nada conseguirá interrumpir nuestro proyecto colectivo.

—Parecen fanáticos —dije.

—Pero es interesante afrontar la idea de una música como esa. La música repetida. En tu opinión, ¿por qué lo hacen?

—No lo sé. Será alguna perversión.

Volví en seguida a pensar en otras cosas. En las mismas cosas. Michele era un fantasma, no era un revolucionario, tenía mucha imaginación y, lo más importante, no podía estar conmigo esa noche. La única posibilidad era permanecer inmóvil escuchando de forma pasiva lo que Luca me decía. En algún punto llegaría el momento de irse. Solo entonces se descubriría que me había convertido en una estatua. He ahí cuál podía ser mi destino: atrapada para toda la eternidad en la silla de un restaurante con manteles rosas.

Me lancé al segundo plato. Luca dijo:

—Por una vez podrías decirme la verdad.

—¿La verdad?

—La verdad sobre cualquier tema. Tu madre decía siempre que de ti nunca se llegaba a entender mucho.

¿Debía levantarme y marcharme?

—Mi madre decía de mí lo mismo que dicen todas las madres, porque esa es su función, su trabajo. De todos modos, estaba pensando que soy la espectadora ideal de *Vejeciones*. Llevo un peso en el alma y creo que no seré capaz de volver a levantarme de esta silla.

—¿Qué ocurre?

—Nada, solo que preferiría que fueras tú quien hablara. Cuéntame algo, yo te sigo palabra a palabra.

No es una cosa fácil, seguir palabra a palabra, pero hice esa promesa. Él apartó el segundo plato, que no había tocado todavía.

—Como quieras —dijo, y se tomó un respiro—. Antes de venir aquí he estado pensando en que no elegimos a las personas que se enamoran de nosotros, y sin embargo dicen mucho sobre

quiénes somos. Entonces me he puesto a pensar en cómo son, en general, las personas que se enamoran de mí. Que no son pocas. ¿Me crees?

—Por supuesto que te creo.

—Personas que se enamoran de mí. Es sorprendente.

—Pues a mí no me sorprende tanto.

—Quiero decir, aunque sea feo.

—No eres feo.

—Está bien, gracias. En cualquier caso, a veces son fans, como lo era tu madre. Otras son discípulos, a menudo muy jóvenes. Y ahí surgen las complicaciones. Se enamoran, pero yo no, y se desencadena el drama. Muchos, antes de enamorarse, desprecian mi música, pero se apuntan a alguno de mis seminarios. La única razón por la que participan es la curiosidad por verme de cerca. Me conocen, se enfadan porque no me enamoro de ellos, terminan por despreciarme aún más, esta vez de manera explícita. Por lo común se producen situaciones de persecución y locura. Hasta que todo acaba y yo me encuentro enjaulado en la incredulidad.

—O sea que tienes acosadores.

—Afortunadamente, nunca ha sucedido nada grave. Pero no es esa la cuestión. Los estudiantes que se enamoran son tanto chicos como chicas. Pueden ser personas muy diferentes entre sí. Sin embargo, tienen un elemento en común. He notado que la mayoría se considera semejante a Bach, en el sentido musical. Y eso, a la fuerza, debe querer decir algo de mí. ¿Entiendes a lo que me refiero?

—¿Eso significa que tú te pareces a Bach?

—No. El asunto es que si creen tener semejanzas con él, eso dice algo de mí. Dice que soy alguien que gusta a aquellos que piensan que se parecen a Bach.

—En definitiva, que gustas a los presuntuosos.

—Algo así. Algunos de esos estudiantes enamorados, imaginando que yo era una persona diferente, más desenfadada, me propusieron algún tipo de relación sentimental con ellos. La petición más angustiada que he recibido nunca fue la de un abrazo. Sucedió hace unos años, tu madre todavía estaba viva. Tener que mirar a los ojos a un estudiante que amenaza con suicidarse si no recibe un abrazo mío.

Bebió un poco de agua, se aclaró la garganta.

—En aquella ocasión me sentí confuso. No porque abrazar fuera algo malo, incluso habría podido intentarlo, sino porque estaba casi seguro de que no sería capaz de hacerlo bien. Los abrazos nunca son lo bastante fuertes y largos, nunca lo suficientemente llenos de amor. Esa es una de sus características. Abrazar bien es algo que solo saben hacer unos pocos. Todos los demás causan desilusión. Es como con los apretones de manos.

—Es verdad.

—¿Tú has conocido alguna vez a alguien que supiera abrazar bien?

—Sí.

—Pues eres afortunada.

Me estaba observando con atención. Tal vez fuese alguna clase de prueba. Una parte de mí todavía quería abstraerse, quería sacar el teléfono y escribir a Michele: «Necesito que me abrases a la perfección o que me estreches muy bien la mano. De lo contrario, me mato».

—Giulia, escucha esta descripción, escúchala bien: cabello y cejas color castaño oscuro, ojos grises, nariz larga, boca media, barbilla pronunciada, cara ovalada, ciento sesenta y siete centímetros de estatura. ¿Quién es?

—No lo sé.

—Es Satie. Así es como habla de sí mismo. ¿Te gusta?

—Era bajo.

—Para los estándares de hoy, sí. No tuvo una infancia maravillosa, pero quizá pocos, en la segunda mitad del siglo XIX, tuvieran una infancia que nosotros consideraríamos maravillosa. Uno de los episodios más importantes de su juventud fue su amistad con un aspirante a escritor casi de la misma edad. Una amistad vivaz, alimentada por unas cuantas buenas reglas juveniles. A los veintisiete años, en cambio, vivió una historia de amor que lo dejó marcado. La historia de amor es la historia de *Vejaciones*.

Se detuvo de nuevo para beber. Yo me había terminado todo el plato, él no lo había tocado. El camarero vino a retirarlos, esta vez sin hacer preguntas. Nos propuso un postre, respondimos que no.

Me rendí a mis impulsos y sin ocultarme revisé el correo. Entonces Luca, por primera vez, sacó su teléfono. Los dos nos vimos inmersos en las pantallas, por más que yo supusiera que él estaba fingiendo, para remedar mi mala educación. La relación humana entre nosotros, durante unos minutos, se perdió.

Encontré un email de Fred, el asunto era «¿Has leído las noticias o no?». Contenía un enlace a un periódico. Lo abrí y comprendí por qué Fred había tratado de localizarme. Levanté los ojos al cielo, Luca no se dio cuenta. Le escribí a Michele: «Seamus Heaney ha desaparecido. No es que haya dejado el trabajo. Es que ha desaparecido. Acaba de decírmelo un colega mío».

Le dije a Luca:

—Lo siento, ya he terminado con el teléfono. Lo guardo.

—No te preocupes. ¿Quieres escuchar la historia de *Vejaciones*? Verás que no es una historia cualquiera. Verás que te estrecha las manos con fuerza.

21. El amor es una debilidad nerviosa

En 1893 Erik Satie conoce a una mujer llamada Suzanne Valadon en un local pequeño y oscuro donde él toca a menudo. Ambos tienen veintisiete años. Es una noche de enero, tarde, y hace frío. Satie ve a Suzanne y se enamora de inmediato.

Ella está en compañía de un amigo. Es muy atractiva y bastante conocida, posa como modelo para los pintores, pero también es una pintora autodidacta. Unas horas después, Satie le pide que se case con él, y no lo dice en broma. La cosa no llega a concretarse: son las tres de la madrugada y nadie se casa de noche, el ayuntamiento está cerrado. Después, por alguna razón, siempre será demasiado tarde. Pero comienzan una relación.

Al principio, Satie teme hallarse en una posición de debilidad. A sus veintisiete años, sabe poco del sexo y de su propia identidad: es un adulto y al mismo tiempo un crío. Quizá no conozca a las mujeres, o lo poco que sabe de ellas sea inútil. Suzanne, en cambio, sabe muchas cosas. De sí misma, de los demás. Es una asimetría llena de alegría y dolor, la que hay entre los dos.

Pero Satie es un músico. Posee contornos precisos, al menos a ojos de las personas que lo frecuentan. Suzanne, en cambio, es una modelo. Una modelo, en general, carece de forma. O más bien tiene una forma física de la que otras personas se apropian continuamente, configurándola y sometiéndola a sus necesidades. Los pintores utilizan a Suzanne para representar mujeres, niñas y también hombres jóvenes. ¿Qué destino aguarda a una persona remodelada una y otra vez con ambigüedad? Ella desprende cierta fuerza, y todos sospechan que vale algo. Se siente grande, verdadera, llena de significado. Lo es, y a lo largo de la vida tarde o temprano lo demostrará.

Suzanne hace un retrato de Satie al óleo. Satie dibuja a Suzanne en un pentagrama y compone para ella una canción de solo cuatro compases, *Bonjour Biqui, bonjour*, extraña pero alegre.

Seis meses después todo termina de forma abrupta y para siempre. Satie escribe: «El amor es una debilidad nerviosa. Para mí ya no hay nada más que soledad glacial».

Finalmente, compone una pieza llamada *Vejeciones*. En el frontispicio escribe esa frase que parece sugerir que se repita el pasaje cientos de veces. ¿Es una broma, un chiste dirigido a los pianistas del futuro? ¿Es algo más? El desconsuelo romántico por el fin de la relación podría haber generado en él la idea musical de la repetición, de la obsesión; mejor dicho, de la ritualidad de la obsesión. Es difícil establecerlo con exactitud. Es difícil decir si Satie, cuando pide que se repita el motivo durante horas, está bromeando o está desesperado. La frontera entre el humor y la desesperación, por otro lado, es siempre muy incierta.

Vejeciones comienza con el mismo acorde con el que termina *Bonjour Biqui, bonjour*, como si se tratara de la dolorosa continuación de una primera pieza feliz. Es una composición breve, hostil, delicada: antítesis de la grandiosidad y el melodrama, es una diminuta y refinada obsesión que, repetida, adquiere dimensiones gigantescas. Después de todo, el secreto más íntimo de las obsesiones es el tiempo, que las vuelve desmesuradas.

Cuando llegó la cuenta, Luca sacó su billetera, yo no. Prefería ser él quien invitara, ya lo sabía. Para él era una cuestión de jerarquía familiar.

—¿Te ha gustado la historia o no? —me dijo.

—Sí, mucho. De verdad.

—Sé lo que se te está pasando por la cabeza.

—¿En qué sentido?

Dejó la billetera sobre la mesa.

—El deseo es mi especialidad. La música tiene mucho que ver con el deseo. ¿Alguna vez has pensado en ello?

Mientras escuchaba la historia de Satie no había dejado de apretar el móvil en la mano derecha. Lo coloqué al lado del vaso.

—No, nunca lo había pensado.

—¿Alguna vez has experimentado un estado de nerviosismo, un nerviosismo hermoso, hecho de deseo? Escuchando alguna canción que te guste, quiero decir.

—Eso sí. Especialmente cuando era niña, cuando oía una canción nueva.

—Exacto. La música crea el deseo, un deseo que, sin embargo, exige una resolución. Un final, un cierre. Una satisfacción. Escuchando una pieza, esperamos que en determinado momento, no al azar, la música alcance un clímax, una especie de meta. Pero ¿qué ocurre si esa meta no existe? Que nos quedamos empantanados en el deseo, un deseo que no se aplaca. Satie analiza, a través de la música, esa clase de deseo. Analiza la obsesión que no se cierra; la falta de centro y dirección que de ello se deriva; las posibilidades que tenemos, en situaciones como esa, de encontrar un equilibrio diferente. A veces pienso que Satie intentaba superar la viscosidad del deseo. Y que en eso consistió su lucha, su fuerza. Una lucha de carácter musical, pero también espiritual. Nunca he logrado saber si Satie era fuerte o en cambio muy vulnerable. Perseguía el proyecto de una música inmóvil, y la inmovilidad tal vez nos vuelva más vulnerables, más expuestos al ataque de los que nunca están inmóviles. Satie se define a sí mismo como sin memoria, casi como si se creyera inserto en un presente continuo, ininterrumpido. Sin memoria y, por lo tanto, sin tiempo. Pero también sin espacio: inmóvil, justamente. ¿Hay vulnerabilidad en esto? Por otro lado, toda la música, si se quiere, es difícil y frágil. Hay muchas cosas más fáciles de hacer, y más sólidas, e igual de hermosas en el mundo. La literatura es más sencilla. Pintar es más sencillo. Cuidado, no estoy diciendo que un músico sea más inteligente que otros artistas. La mía es una consideración práctica, ligada a la naturaleza de las cosas. Un cuadro existe y solo pide ser mirado. Un libro pide ser leído. Leer implica más esfuerzo que mirar, pero una vez garantizada la colaboración del lector, el libro está tan completo como un cuadro. El oyente de música, en cambio, no sabe qué hacer con el trabajo del compositor. Necesita la música escrita y el músico que la ejecute. Y que sea un buen intérprete. Además, si es posible, prefiere una sala con buena acústica. La publicación musical en papel, en definitiva, es un objeto incompleto, que en sí mismo es inútil. Se asemeja a un manual de instrucciones para armar la obra de arte. El compositor es aquel que escribe instrucciones para montar muebles. La música está encerrada en un contenedor lleno de líneas y puntos negros dispuestos según un criterio de optimización logística: el pentagrama. Como una mesita vendida por piezas, en una caja plana, por unos grandes almacenes. Y entonces ¿qué es lo que hago en la vida? ¿Las instrucciones para las mesas? Tal vez sí. Tal vez sea todo un equívoco. De hecho, a menudo soy víctima de las decepciones.

Pensé: «¿Mi madre fue una decepción para ti? ¿Son una decepción los muertos?». Luca dio un

ligero golpe en la mesa con la mano.

—Fui a un relojero el otro día. He perdido peso, debería comer más, pero soy incapaz, de modo que fui a que me apretaran la correa. En la tienda me encontré ante una pared cubierta de esferas de distintos tipos, relojes de pared. No sé si te has fijado alguna vez, pero los relojes que se exponen en las relojerías marcan a menudo las diez y diez. Vamos, casi siempre. ¿Por qué? Tal vez los relojeros prefieran poner todos los relojes a la misma hora, para evitar la sensación de confusión y pérdida que se derivaría de observar una pared con docenas de horas diferentes. Como es lógico, no pueden tenerlos siempre en funcionamiento, con la hora real, gastarían demasiado en pilas o llevaría mucho tiempo recargarlos. Pero ¿por qué optar por las diez y diez? Solo se me ocurren explicaciones estéticas, no encuentro otras. La simetría con respecto al eje vertical del reloj, el hecho de que ambas manecillas apunten hacia arriba, pero sin exagerar, sin arrogarse el primer puesto, como ocurriría con las doce; una hora cuya perfección roza el sentimentalismo, y sin ser frustrante como las once menos cinco, que reflejan el esfuerzo de vivir, el cansancio de quienes no están ni llegarán nunca a la cima, pero aun así lo esperan. Las diez y diez semejan un movimiento agraciado de ballet con los brazos abiertos. Una postura de danza o el gesto de alguien que da las gracias al público. Por todas esas razones se escogen las diez y diez, que parece una hora bonita. El mismo efecto, no obstante, podría conseguirse poniendo los relojes a las dos menos diez. ¿Cambiaría algo? Y pese a ello ningún relojero elige las dos menos diez. Le he estado dando vueltas, pero es realmente difícil entender por qué razón las diez y diez es una hora más bonita que las dos menos diez. El relojero al que fui tenía, como todos, los relojes parados en las diez y diez. Excepto uno: solo un reloj marcaba las dos menos diez. ¿Un error? ¿Un descuido? Me quedé mirando la esfera equivocada mientras el relojero quitaba una pieza de la pulsera de metal, y todo me pareció un equívoco. Mejor dicho, precisamente la enésima decepción.

Fuera del restaurante nos despedimos como dos personas que aprecian la recíproca compañía pero que son conscientes de la importancia de no verse demasiado a menudo. Luca detuvo un taxi y me preguntó si quería que me dejara en algún sitio. Me negué, diciendo que prefería caminar. Eran las once y cuarto. El camarero que nos había servido, ahora de pie cerca de la entrada, no pareció sorprenderse al ver que, una vez sola, no me moví del sitio. Luego volví a entrar en el restaurante pasando a su lado.

En el baño vacié la mochila, saqué los zapatos, el conjunto liso, el vestido verde. Me cambié. Puse una sonrisa exagerada, mirándome en el espejo, mostrando a propósito una expresión infantil: mis dientes, los dientes de siempre, los ojos castaños sin motas doradas, sin sombras verdes u otras peculiaridades que merezca la pena describir, la nariz ni bonita ni fea, el pelo oscuro, un poco ondulado.

Revisé el teléfono, tenía una llamada de Michele. Me sonrojé, me emocioné, pero decidí no hacer nada. Tenía otra llamada de Fred. Le devolví la llamada.

—Giulia, ¿dónde demonios estás?

—Estoy de vacaciones.

—¿De vacaciones? Ya veo que te pegas la gran vida. Muy bien. ¿Lo has leído?

—Sí, lo he leído.

—¿Y cuándo vuelves?

Parecía estar hablando con su madre: ¿cuándo vuelves, mamá?

—Volveré dentro de unos días, no lo sé, ya veremos.

—Gabriele me ha dicho que os visteis.

¿Gabriele? ¿El chico del polo rojo? ¿Y eso qué quería decir? Nada, salvo que en Canary Wharf no existe la discreción.

—Sí, nos hemos visto una vez.

—Es un buen chico.

—Sí.

Era asombroso que Fred y yo, incluso en esas circunstancias excepcionales, fuéramos incapaces de tener algo importante que decir. No era desapego. Era una forma de control extremo de las reputaciones, tanto propias como ajenas: alguien, Seamus en este caso, hace algo extraño, peligroso, y en un primer momento no sabemos qué decir. Al menos hasta que el chisme no estalle en toda su luminosidad y adquiera desde entonces un lenguaje. Pero aún no había llegado ese momento.

Fred adoptó un tono avergonzado.

—Verás, he hecho una gilipollez, Giulia.

—Bueno, no será tan grave, ya me lo contarás cuando nos veamos.

—Una gilipollez de verdad.

—¿Qué ha pasado?

—Cuando Seamus se marchó ayer, entré en su despacho. Aún no se sabía nada de lo ocurrido. Entro allí a menudo, cuando él se va. Para nada, para echar un vistazo.

Ya me había percatado del ritual. Fred, al final del día, entraba en el despacho vacío de Seamus, que siempre dejaba la puerta abierta; miraba a su alrededor, respiraba un poco de poder y luego se marchaba. Nunca les había dado importancia a las cosas que hacía Fred, y esa no era de las peores.

—Había un sobre en su escritorio —continuó—, con tu nombre escrito. Lo cogí. No lo abrí, ¿eh? Solo estaba celoso porque siempre te deja cartas a ti y a mí no. Pensaba dártelo.

—Venga ya, si lo hace con todo el mundo. Notitas sobre algún embrollo que resolver. Si no puede hablar contigo en persona, te escribe en papel porque detesta dejar rastros innecesarios en el correo electrónico. En eso es un ser superior, hay que admitirlo.

—Él nunca me encarga que resuelva embrollos.

—Pues mejor para ti, entonces.

Me imaginé a la policía interceptando nuestras llamadas telefónicas y analizándolas y a nosotros acabando en prisión. Dije una frase inocente:

—Está bien, déjalo otra vez donde estaba.

—No, ahora ya no puedo. Lo dejo en tu escritorio.

—No, lo dejas donde estaba. ¿Alguien ha ido hoy a la oficina? Después de lo ocurrido. Qué sé yo, su mujer. Los servicios secretos.

—No sé. Hoy estoy en Estocolmo.

—¿Y dónde está la carta?

—La tengo aquí, en la maleta.

—Vale, pero en cuanto llegues la dejas en su sitio. Promételo.

Lo prometió, pero sabía que no lo haría. La llamada concluyó.

Consulté las últimas noticias sobre Seamus. Por último, escribí a Michele:

«Ayer por la tarde, alrededor de las siete, Seamus Heaney salió de su despacho de paredes transparentes para ir a reunirse con su mujer, que lo esperaba fuera del edificio. En el trayecto que

va de nuestra planta a la calle, se perdió su rastro. Consta que su tarjeta de identificación se usó para salir, si bien eso no significa mucho, podría haberla utilizado alguien en su lugar. Se obtendrá algún dato más, tal vez ya se haya obtenido, de las cámaras de seguridad. Seamus padece del hígado y necesita medicarse, pero se dejó el fármaco en su escritorio. Guardó el teléfono en un cajón. Bloomberg no da más información por el momento. Es el misterio de Canary Wharf. Algunos periódicos especulan con que haya podido huir por razones oscuras, un fraude. También hay quienes hablan de dificultades psicológicas, de problemas mentales, de cómo las finanzas te destrozan. Muchos, en estas horas, rememoran el suicidio de 2014. Aparentemente, pierdo a todo el mundo por el camino. Así que no sé si te apetece verme, pero te invito otra vez: ¿nos vemos a las doce de esta noche? Llevo una cuerda en mi mochila. No respondas, preséntate y punto, si quieres. Te mando la dirección.»

Salí del baño y del restaurante. Me alejé un buen trecho, hasta que dejé de ver el letrero. Era posible que media hora no le bastara a Michele para llegar a tiempo. Pero era tarde, no había mucho tráfico. Ni siquiera me planteé la posibilidad de que decidiera no presentarse. Nunca he creído que pudiera renunciar a mí.

Llegué al lugar de la cita exactamente a medianoche. Me detuve frente a un edificio anónimo, residencial. Había un cartel que decía: «Satie: *Vejaciones*». Estaba en el lugar correcto, aunque no hubiera nadie, ninguna persona que fuera al concierto.

Justo en ese instante oí una nota de piano. Y otra nota, y otra. Comprendí que ya estaban todos dentro, puntuales, dispuestos a escuchar la primera de las ochocientas cuarenta repeticiones. Agucé el oído con mayor atención. La música no era mala, pero la idea de la repetición seguía siendo espantosa. Me pareció comprender algo, tal vez estuviera a punto de alcanzar una iluminación. Intenté entrar, pero la puerta estaba cerrada. Me volví y vi a Michele.

En mi cabeza apareció de inmediato la frase «Me gustas a rabiar». Es una frase ambigua, en realidad: mezcla de sentimientos contrapuestos.

22. La eminencia gris

Querido Michele:

Me gustas a rabiar. Por lo general, las pasiones funcionan así: de una persona apreciamos algunas cosas, las apreciamos mucho, y luego decidimos que esa persona nos gusta en su integridad, o sea que nos apasionamos por extensión. En el caso de mi pasión por ti ha sucedido algo distinto. De ti no me atraen solo algunas cosas, de ti me gusta todo, te quise a primera vista y de manera perfecta. Desde entonces trato de demostrarme a mí misma que en realidad no te quiero. Pero es difícil.

Me sentiría feliz si te revelaras antipático, estúpido o feo, aunque fuera desde un punto de vista que no había tomado en consideración. Sería un comienzo, desde ahí podría proceder a borrarle de mi corazón. Por ahora todavía no lo he conseguido.

A veces trato de convencerme de que eres frío. La frialdad es el único asidero que tengo para intentar detestarte. Es bastante fácil convencerse de que alguien es frío, basta con ser exigente y esperar mucho de una persona. Si esa persona no logra estar a la altura de nuestras exigencias, podemos concluir que es fría. Como puedes ver, sé cómo se hace. Pero eso es teoría, en la realidad no funciona.

Perder mi interés por ti está en la cima de mis deseos. ¿Por qué? No es que fuera feliz antes de conocerte. Pero no existía esta pasión imposible de vivir. Me gustaría volver a experimentar emociones tolerables. Me gustas a rabiar, pero tal vez la propia expresión lo diga todo.

Tengo muchos proyectos para mí misma. Tú siempre dices que un día se descubrirá que soy una persona importante que conspira en la sombra. Una espía. Lo dices en broma, luego te pones serio y añades: no es imposible. En tu opinión, mi naturaleza es capaz de esconderse y actuar. A mí, que estoy en la sombra y trabajo con diligencia, me gusta la idea. Sin embargo, no puedo cultivar esa imagen si no hallo la forma de eliminar la pasión amorosa imposible. La excitación nos vuelve visibles, como un vestido llamativo, un vestido rojo; pero también podría ser amarillo o verde, no importa. Los colores del semáforo: no van bien. Si quiero ser importante y permanecer oculta, el color debe ser indefinido a la fuerza, el gris de la eminencia gris. Si elijo el amarillo, el rojo o el verde, me equivoco.

¿Se entiende lo que estoy tratando de decir?

Escribirte y a través de las palabras mostrarte distintas partes de mí, todas a la vez: me gustaría poder hacerlo. Lo he intentado incluso dibujando, no te lo tomes a broma. Nos he dibujado a los dos, unos garabatos feos, pero no es ese el problema principal. Es que los dibujos me asustan porque están hechos enteramente de turbación.

Las emociones que siento cuando estoy contigo son desproporcionadas. Todo es demasiado real, sin interrupciones, sin referencias ni forma. La última vez que estuvimos juntos te miraba en el espejo y no podía soportarlo. Cuando estoy a tu lado, incluso si hablamos de cosas sin importancia, no me atrevo a moverme por miedo a derrumbarme.

Adiós.

Es la primera carta auténtica que le envié a Michele, hace muchos años, por correo electrónico. La segunda es la que precedió a Tréveris. El resto de nuestra correspondencia estuvo compuesto por multitud de mensajes, cortos o largos, pero mensajes al fin y al cabo.

Al releerla, creo que define los rasgos del enamoramiento que comenzó cuando tenía veintidós años; la cantidad de tiempo que, dentro del enamoramiento, he gastado. Se trata de un periodo excepcional, en el sentido de su duración e intensidad.

Diez años después de esta carta me encontraba frente a él, en la calle, cerca del portal de un edificio del que provenía una melodía que poco a poco, lenta pero inexorable, como un mecanismo que se autoalimenta, revelaba el truco de la repetición.

Michele llevaba pantalones deportivos y una camiseta oscura, no sabría qué más decir de su ropa. Había adelgazado, estaba muy bien. Sentí unos celos transitorios. Pensé que tal vez hubiera perdido peso para complacer a alguien. Aunque supiera perfectamente que podía haberlo perdido por otras razones.

El pelo se le había vuelto gris. Sus ojos eran diferentes, no como en la foto con su mujer, de hecho no tenían nada que ver con la foto. Creo que reflejaban el pelo gris como el enlucido de las casas refleja el color del cielo. Eran muy hermosos.

Sonreía con timidez. Tenía aspecto de estar asustado. Se acercó aún más y dijo:

—Siempre pensé que Seamus acabaría haciendo algo extraño.

Lo dijo, pero no parecía importante. No hice ningún comentario.

Por un momento temí caer hacia delante. Me besó en la mejilla. En seguida se deslizó hacia mi boca, sin ambigüedad. Me acariciaba el cuello con las manos, con fuerza, podía ser incluso alguien que pretendía estrangularme. Lo abracé estrechándolo lo más fuerte que pude, le pedí que me abrazara y lo hizo. Luego miró a su alrededor.

—No podemos quedarnos en la calle —dijo.

Se dirigió a la puerta del edificio y la empujó; se abrió sin problemas, quién sabe por qué antes no. Me dejó pasar. No me di cuenta de que la abertura era muy baja y me golpeé la cabeza, no muy fuerte, pero tampoco flojo.

—¡Ay!

—¿Te has hecho daño?

—No. Un poco.

La puerta se cerró.

Dentro estaba bastante oscuro, había un patio pero carecía de iluminación. Ahora la música se oía mejor, provenía del primer piso, el concierto tenía que ser allí; no sabía a qué repetición habrían llegado. Michele me empujó lentamente contra el muro, como para apoyarme y apoyarse sobre mí, reanudó los besos, tocaba el vestido y mi cuerpo por debajo del vestido. Se detuvo y dijo:

—No sé si lo he entendido. ¿Tienes una casa en este edificio?

—No.

—Entonces ¿por qué estamos aquí?

—No lo sé.

Se apartó de mí, no por rabia sino para reflexionar mejor.

—Suena música. Alguien está tocando algo.

—Ya lo sé. ¿Te molesta?

—No.

La música se interrumpió, una repetición había terminado y la siguiente estaba a punto de empezar.

—Has adelgazado.

—Es una cosa reciente. Una dieta. No te preocupes, no me estoy muriendo.

Una vez le había dicho que esperaba que fuera inmortal. Me había contestado que no aspiraba a ello. Se rascó la cabeza y dijo:

—¿De verdad tienes una cuerda?

—Sí.

—¿Me la prestas?

Saqué la cuerda de la mochila y se la entregué. Él la observó, había aprobación en sus ojos, aprobación técnica.

—Podríamos usarla para bloquear la puerta. Así, si alguien entra, no digo que no lo vaya a conseguir, pero lo oiremos a tiempo.

—¿Y si bajan?

Se encogió de hombros.

—Me gustaría hacer el amor ahora, de pie. ¿Qué te parece? Ya sé que es incómodo, no es como en las películas.

Parecía un niño pidiendo permiso a sus padres para caminar sobre un murete alto. Nuestra historia alcanzó un punto de equilibrio.

23. Una cristalización

El 27 de junio de 2016, hacia las siete de la tarde, Seamus Heaney salió de su despacho de paredes transparentes. Tenía una cita con su mujer fuera de la sede del banco. En lugar de abandonar de inmediato el edificio, tomó el ascensor hasta el sótano, donde había unos aseos poco frecuentados. No entró en el baño de caballeros, sino en el de señoras, y lo encontró vacío, como esperaba.

Se introdujo en uno de los cubículos, cerró la puerta con llave, se desnudó y se puso unas bragas negras de mujer, un sujetador —rellenó las copas con un poco de algodón—, unas medias, un traje de chaqueta con falda, gris oscuro, un poco arrugado, una camiseta blanca de punto con rayas azules. En los pies se calzó un par de zapatos de tacón alto. La ropa se la había comprado a propósito, pero los zapatos no eran suyos. Perteneían a Giulia, una italiana de apellido alemán que tenía por costumbre dejar un par de recambio en la oficina, debajo de su mesa. Seamus tenía los pies pequeños para ser hombre, Giulia tenía los pies grandes para ser mujer. Calzaban el mismo pie: un cuarenta y uno.

Abrió la puerta del aseo y se miró en el espejo. La cara lampiña, las facciones delicadas, todo ayudaba, pero en cualquier caso faltaban una peluca y el maquillaje, y también unas gafas para camuflarse. Seamus llevaba todo lo que necesitaba en una mochila espaciosa.

Cuando el trabajo estuvo completo, pensó que parecía una mujer atractiva y exitosa. Solo entonces salió del edificio usando su propia tarjeta de identificación, tratando de no pensar en la cara y el nombre que aparecían en ella, ambos masculinos. Afortunadamente nadie lo detuvo para ninguna comprobación.

Fuera vio a su mujer esperándolo, la vio por detrás. La reconoció por el trasero, poco femenino, enjuto, resaltado por los ajustados vaqueros bajo la chaqueta corta: inconfundible. Pasó a su lado sin decir nada, sin ser reconocido. Fue a coger el metro y en el camino se le resquebrajó un tacón. Perdió un poco de confianza, además estaba cansado. Decidió entonces que pasaría la noche solo en un apartamento de su propiedad que tenía vacío en Battersea.

A la mañana siguiente se despertó temprano, cada fibra de su cuerpo estaba lista por fin. Pasó el día caminando por Londres, vestido de mujer, caminó mucho y con alegría, sin llegar a sentir fatiga en las pantorrillas, sin que le saliera una sola ampolla en los pies. Comió cosas que le gustaban, se fue a la librería Foyles y se sentó en una silla de cuero negro a leer un libro titulado High Windows, donde encontró escrito:

*Cuando veo una pareja de chicos
e imagino que él se la folla y ella
toma la pildora o usa un diafragma,
sé que esto es el paraíso.[\[13\]](#)*

Permaneció allí durante media hora, luego se levantó y fue hasta la caja, compró el libro y regresó a casa con su esposa. Se la encontró en la cocina, al teléfono, dando instrucciones a un tapicero. Ella se quedó con la boca abierta, él le dijo que en adelante iría vestido de esa manera, no siempre, pero sí con bastante frecuencia. Pasaron la noche en camas separadas. Al día siguiente ella dijo que se mudaba a casa de su madre, necesitaba una pausa.

Seamus volvió al banco vestido con ropa masculina, fue recibido con aparente entusiasmo por parte de la institución que durante un corto tiempo lo había creído muerto. La historia, en los periódicos, había remitido, el banco con algún truco de magia había logrado hacer creer a la gente que se trataba de un asunto personal de poca importancia: el banquero desaparecido, en realidad, había pasado la noche solo, a consecuencia de una discusión conyugal. El detalle del travestismo no llegó a ser de conocimiento público. El banco, cruzando la hora de salida registrada por la tarjeta de identificación con las imágenes de las cámaras, se había hecho una idea de lo sucedido desde el primer momento, y logró mantenerlo todo bajo control.

Seamus fue invitado a entrevistarse con Jane, la jefa del departamento de recursos humanos: una formalidad solo en apariencia, después de lo ocurrido el banco quería entender, quería encuadrar el asunto, no sucede todos los días que un banquero de alto rango —donde el rango se define por el dinero generado— huya disfrazado como un estudiante desganado que se marcha del colegio por la puerta de atrás.

Jane pensó que querría renunciar, que se habría hartado, la mayor tragedia en la vida de un banquero en el fondo era esa: hartarse. Desde las altas esferas, Jane probablemente había recibido indicaciones precisas sobre cómo comportarse: no exagerar la gravedad de los hechos, no mencionar el travestismo, centrarse en cambio en las razones psicológicas de la historia. Comprobar si Seamus se había vuelto loco, por ejemplo. Nada más verlo, cuando entró, Jane pensó: «No, no está loco». Le bastaba con echarle un vistazo, veinte años en recursos humanos sirven para algo. Él le contó con todo lujo de detalles lo que había hecho, atuendo femenino incluido, sin alterarse. Dijo que pensaba compensar a Giulia por los zapatos. También dijo que estaba tan encantado como antes, si no más, de trabajar para una institución maravillosa, y que se comprometía a ganar más dinero que nunca. Declaró su lealtad. Por último, explicó que a partir de entonces le gustaría trabajar vestido de mujer: no siempre, pero sí a menudo. Jane, sin pestañear, prometió examinar el asunto, pero no veía qué obstáculos podía haber. Lo dijo no porque fuera verdad, sino porque era lo único que podía decir sin que se produjera un desastre en el acto. Sonrió.

El caso es que Seamus, con su equipo, genera varios millones de dólares al año. Además, el banco no puede permitirse el lujo de incurrir en incorrecciones políticas. Entre sus misiones explícitas está la de «promover un entorno laboral orientado hacia la diversidad». El mundo de hoy lo requiere. Los periódicos están ahí a la espera del menor escándalo, y si es un escándalo frívolo, sexual, aún mejor. Algo que arroje fango sobre la banca, pero sin ser la complicada historia de siempre, difícil de explicar, la habitual aguachirle a base de productos financieros complejos, de siglas extrañas, de cosas que al final aburren a todo el mundo. Mejor, mucho mejor, un caso de discriminación. Por eso el banco prefiere protegerse y razonar del siguiente modo: en la medida en que Seamus continúe ganando millones de dólares incluso vestido de mujer, el banco no ve motivos para... Esa es la postura oficial.

¿Y en lo más íntimo? En lo más íntimo, podría decirse que en el fondo de su alma, el banco ya ha decidido que Seamus no va a durar: durante un tiempo parecía inmortal, ahora lleva la marca de «aquellos que no durarán mucho». Se eliminará él solo, puede darse por sentado, y es

mejor así. El banco, en realidad, quizá no tenga nada en contra de los hombres que usan ropa de mujer. No tiene nada en contra de nada: no tiene opiniones, al menos no como las imaginamos nosotros, que insistimos en tenerlas. Eso sí, le ha perturbado la imagen de un subordinado, mimado siempre con cuantiosos bonus a fin de año, que como un ingrato cualquiera huye del edificio travestido. Y sabe que los clientes son impresionables, que no están obligados a la corrección política y que, por encima de todo, son lo primero, con su delicadeza y con su estrechez de miras. Pero más allá de todo esto, más allá de las poses y de las conveniencias y de los clientes, el banco ha olfateado en Seamus la delicadeza, una delicadeza provocativa, y eso es inaceptable. Seamus, que ahora parece alegre y bien dispuesto, ha querido subir el listón, ha querido exagerar, haciendo de Canary Wharf el escenario de su exhibición. Una forma de amenaza para el sistema. El sistema que se autorregula: la propensión al riesgo, tan elogiada si produce rendimientos económicos medibles, debe tener un límite en el campo de las emociones, de la expresividad. Seamus no puede hacer lo que le venga en gana, nadie en la banca puede hacerlo. Hay que saber controlarse, aprender a pedir permiso, al menos. ¡Podía haberlo dicho antes! ¡Para todo puede encontrarse una solución aseada! Es fundamental ejercer la virtud de la obediencia.

La teoría económica prevé que no existan los problemas de autocontrol, y sobre esta rigidez tan poco realista se cimienta. La previsibilidad de las acciones cuenta incluso más que la promesa de hacer dinero. Keynes escribió: «La sabiduría mundana nos enseña que es mejor para la reputación fracasar de manera convencional que triunfar de modo poco convencional».

[\[14\]](#)

Escribí atropelladamente estas páginas, las imprimí, las metí en mi caja de los recuerdos. No creo tener mucho más que decir sobre el «día de Seamus Heaney», pese a considerar que es una historia interesante. Hasta la fecha no sé cuál será el destino de Seamus: por ahora sigue aquí, a pocos metros de mí. Produce dinero, no se viste de mujer, pero sé que está esperando para hacerlo.

Su historia, a diferencia de otras, no es la de un fracaso. Nada se ha desmigajado en él, nada se ha pulverizado. Eso me llama la atención. Empiezo a pensar que Seamus posee la legendaria habilidad de prosperar en el caos.

De vez en cuando telefono a Luca Ferrari, aunque solo sea para saber cómo está. Me habla de música, me aconseja discos, pero no tengo tiempo para escucharlos. Yo le hablo de economía de una manera que espero que lo entienda. La última vez estuvimos discutiendo sobre el hecho de que la frase «lo que piensan los mercados» no tiene mucho sentido. Los mercados son lo que algunos piensan que otros piensan. Son la construcción que una mente hace del pensamiento de otra mente. Todo ello multiplicado por muchas mentes. Aún mejor, dicho de otro modo: los mercados son lo que cada uno piensa que piensa el promedio de los demás. Son la racionalización sumaria de un tejido hecho de esperanzas, envidias, misterios percibidos, malhumores, deseos, maldades, instintos. La analogía con las relaciones humanas y las distorsiones en las que incurrimos cuando intentamos interpretarlas es demasiado fuerte.

No sé si tendré ganas de volver a ver a Luca en un plazo breve. Me preocupo por él, y al mismo tiempo me cansaría si tuviéramos una relación más constante. El nuestro es un vínculo familiar, sintético, inventado, y aun así parece natural. Contiene todas las contradicciones.

He empezado a salir con regularidad con el chico del polo rojo, lo llamo Gabriele en voz alta, pero en mi cabeza conserva su etiqueta original. Es un entusiasta, me propone viajes a lugares lejanos, viene a recogerme a la oficina en moto y me lleva a cenar, por más que yo, en secreto, esté intentando ponerme a dieta y preferiría no comer fuera. Me escribe poemas.

*Con los mercados cerrados
solo se movía
el ojo del operador.*[\[15\]](#)

Me lleva al cine, al teatro. Lo observo y pienso que las personas, por lo general, sufren en un entorno demasiado competitivo. Pero él no. A veces se ensombrece y piensa en la libra, en su condición de expatriado en una tierra tal vez hostil. Maldice la incertidumbre y dibuja escenarios sombríos.

—Es una crisis espiritual —dice.

Luego se le pasa. Empieza a hablar de un posible viaje a Bolivia o Malasia y se le pasa.

La semana pasada me llevó a una exposición de Modigliani donde también había cuadros de otros pintores de Montmartre, entre ellos Utrillo. Leyendo su biografía descubrí que Utrillo era el hijo de Suzanne Valadon. Casi me da algo, pensé que se trataba de brujería: como todos los seres humanos, soy incapaz de razonar con cierta distancia y en seguida presiento la magia de las coincidencias.

Después de la noche del concierto de Satie regresé a Londres, interrumpí aquella especie de periodo de vacaciones, fui a la oficina y encontré en mi mesa el sobre que Fred había sacado del despacho de Seamus. Lo abrí, dentro no había mensajes de trabajo, solo dos polaroids: una mujer recostada en un sofá, desnuda, en dos posiciones ligeramente diferentes; se le veían la espalda y las nalgas, pero no se le veía la cara. En la cintura llevaba, a modo de cinturón, una corbata roja con motivos pequeños, una corbata especial, procedente de una edición limitada. En conjunto, una iconografía propia de una mente formada en los años ochenta.

Me imaginé que Michele, diez años antes, descubría por casualidad el secreto de Seamus: vestirse de mujer. Michele no tiene intención de usar este secreto de manera alguna, pero el problema es otro, Seamus ahora sabe que está expuesto, no se fía de nadie, y sobre todo quiere divertirse y siente pasión por las batallas sutiles. No se perdería ni una sola.

Así, para protegerse y también para distraerse, rebusca en los cajones de Michele, donde sabe que encontrará algo: Michele es justo la clase de persona capaz de similares ligerezas. Y, en efecto, he aquí las fotos de una chica desnuda. Seamus roba solo dos, lo suficiente. No las elige al azar, coge aquellas en las que no se le ve la cara porque no le interesa hacer daño a la chica. Lo que le interesa más bien es que se vea la corbata de edición limitada, un signo de reconocimiento imperfecto pero suficiente para llegar hasta Michele en caso necesario. Roba las fotos para reequilibrar la relación de fuerzas, por más que vestirse de mujer sea un secreto más complejo que traicionar a la esposa. Pero no es solo eso. Por un lado, Michele está en posesión de un arma más poderosa; por el otro, Seamus es más propenso a la crueldad y, por tanto, al uso feroz de cualquier clase de información, importante o no. Se lo pone de manifiesto a Michele: recuerda lo

despiadado que soy. Y Michele se lo reitera: no tengo ninguna intención de hablar de ti, no te preocupes, pero devuélveme las fotos. Seamus lo apremia: me pregunto qué otros secretos tendrá alguien que guarda fotos de un culo en el cajón de la oficina. ¿Estás seguro de que eso es todo, Michele? ¿O es tan solo la punta del iceberg? ¿Me tienes miedo? Pues deberías, porque tarde o temprano yo me revelaré ante el mundo, he decidido no tener más secretos, todos sabrán que me gusta ponerme tacones, o sea que el valor de la información que posees es igual a cero. Mis ropas femeninas valen cero. Mientras que tú, estoy seguro, no querrás hacer daño a tu familia. Los secretos que te atañen son una estupidez, si me preguntas a mí son hasta aburridos, pero su valor es infinito.

Michele, llegados a ese punto, probablemente no responde. Los dos permanecen en vilo como durante una guerra fría, no emplean la munición que poseen, gestionan las posiciones respectivas con diligencia. Tiempo después, Michele abandona el banco, las dos fotos se las queda Seamus. ¿Por qué se marcha Michele? Me inclino por la explicación clásica: se hartó. A Michele nunca le importó lo suficiente.

¿Hay víctimas? Mis fotos han cumplido una función, sin duda, y esto me convierte en un instrumento. Recuerdo a menudo el discurso de Seamus al día siguiente del referéndum, cuando me dijo que Michele le había contado cosas de mí, cosas que habíamos hecho. ¿Debo creerle? Me cuesta imaginar que hayan intercambiado confidencias, pero mi mente se pierde en el misterio, empieza a alimentar dudas, se cansa. Pienso en la frase de Michele: «Si hablas de nosotros, hazlo con lealtad». Pienso en la lealtad. ¿Existe una palabra más noble para definir una relación entre dos personas? La palabra «amistad» ha perdido hoy gran parte de su significado, para convertirse en sinónimo de contactos, de red, de conexiones. La palabra «amor» arrastra consigo todo el peso de la historia: la historia del corazón, hecha de emociones inviables, de senderos despeñadizos, de aberturas inesperadas y repentinas segregaciones. De sangre. La palabra «lealtad» en cambio mantiene una franqueza, muestra todos sus vínculos con la sinceridad, la justicia, la abertura. ¿Es demasiado abstracta? ¿Es demasiado difícil? ¿Conlleva riesgos? La lealtad a veces muestra las nevaduras del apego y de la excesiva devoción.

Seamus y yo, a lo largo de los años, hemos hablado en innumerables ocasiones y mis fotos siempre han estado, idealmente, de fondo; él lo sabía, yo no. De repente, un día, el mismo en que decidió disfrazarse y revelarse, optó por devolvérmelas. ¿Una confesión, una amenaza, un gesto de cortesía? No lo sé.

Hace unos días, usando unas chinchetas, fijé las dos fotos en las paredes de mi cubículo. Me parece la única coronación digna de la historia. Ayer Seamus pasó por allí y no pestañeó. Sin embargo, el gesto de exponer las fotos podría parecer hostil; pero no creo que sea nada que él no pueda manejar en su día, si es necesario.

Fred me dijo:

—Bonito culo.

Yo le contesté:

—Gracias.

—Me refiero a las fotos.

—Sí, ya lo sé. El culo de las fotos es el mío.

Él se echó a reír.

—Ya te gustaría. A los veinte años tal vez.

Esta frase puso a prueba mi vanidad. Al fin y al cabo, el núcleo de la cuestión es también ese: mi vanidad.

Por lo demás, Canary Wharf intenta mantener las apariencias: luz refleja, árboles, edificios y números. Tomarse el almuerzo en el jardín sobre el techo del metro, mirar el muro de piedra caliza, la hierba y los juegos de agua. Mientras tanto, la ansiedad, los acontecimientos impredecibles, la escasa clarividencia y la prepotencia impulsan la ciudad y sus contradicciones. Persiste el vicio de no profundizar. Se complican las vicisitudes, la historia propone nuevas víctimas y nuevos verdugos, mezcla los rostros, dispone las combinaciones. Todo este desasosiego no nos lo esperábamos.

Una vez al día, si puedo, salgo y me acerco al río. No hace falta que haga buen tiempo. Me gusta el Támesis por las razones por las que se suele amar a los ríos. Me gusta la mutabilidad de la superficie, el mal olor que resulta bueno, el hecho de que fluya siempre en la misma dirección. Aprecio que las voces humanas se dispersen en presencia del agua. Un río nunca ofrece un aspecto tranquilizador, no te invita, y sin embargo se muestra disponible para hacer cosas que otras superficies naturales —el mar, los prados— no harían: está dispuesto a acoger tus pensamientos y a hacerlos desaparecer sin demasiadas preguntas. No promete regeneración, pero no rechaza nada. Nos dice: «Despreocúpate, deja que tus pensamientos se escondan en mí. Mi fango no conoce la moralidad».

Hoy, apoyando los codos en el parapeto, me he preguntado si no sería hermoso, algún día, tener a alguien a quien proteger. Soy una persona adulta, ya no soy una niña, soy menos ágil pero mi voz es más profunda. ¿Quién quiere sentirse protegido por mí? Me siento lista, llena de voluntad. No tengo miedo, casi nunca. Excepto cuando en mi mente aparece la frase «Me gustaría irme a casa». No sé de qué casa estoy hablando, y tampoco sé cómo construir guaridas. Vivo en un apartamento que he comprado, pero no es nada más que eso: una propiedad. He leído el libro de una mujer que, con amor, habla de su propia casa como de un calcetín viejo en el que retirarse. Me pareció conmovedor pero inalcanzable para mí.

No he vuelto a ver a Michele ni a hablar con él. Tampoco le he escrito. Mis sentimientos por él están vivos e inmóviles al mismo tiempo, en los momentos más dispares se me presenta el deseo incontrolable de esconderme bajo su cuerpo, luego vuelvo a respirar normalmente. Nuestra historia ha alcanzado un punto de equilibrio y se ha cristalizado en él.

Siempre he creído que las historias de amor tarde o temprano se topan con el abismo, la humillación, el aburrimiento, la amenaza; o, en los casos más afortunados, con la remodelación, la distancia adecuada. No sé cuáles pueden ser las consecuencias de una cristalización.

Notas al texto

[1] La cita del epígrafe está sacada de Natalia Ginzburg, *Caro Michele*, Turín, Einaudi, 2006. [Traducción española de Carmen Martín Gaité: *Querido Miguel*, Barcelona, Acantilado, 2000.]

[2] [3] [4] Los fragmentos citados proceden de Beppe Fenoglio, *La paga del sabato*, Turín, Einaudi, 2014. [Traducción española de José Antonio Soriano: *La paga del sábado*, Barcelona, Barataria, 2006.]

[5] La frase citada en uno de los comentarios es el conocido arranque de la novela de León Tolstói *Ana Karenina*.

[6] La frase de Francis Bacon está sacada de una entrevista realizada al artista por el crítico David Sylvester, citada en «One continuous accident mounting on top of another», en *The Guardian*, 13 de septiembre de 2007 (cf. <https://www.theguardian.com/theguardian/2007/sep/13/greatinterviews>).

[7] Versos extraídos de Seamus Heaney, *Death of a Naturalist*, Londres, Faber & Faber, 1966. [Traducción española de Margarita Ardanaz: *Muerte de un naturalista*, Madrid, Hiperión, 2014.]

[8] La frase de Václav Havel aparece citada en Seamus Heaney, *The Redress of Poetry: Oxford Lectures*, Londres, Faber & Faber, 1994. [Traducción española de Jaime Blasco: *La reparación de la poesía: Conferencias de Oxford*, Madrid, Vaso Roto, 1996.]

[9] La obra de arte descrita está inspirada en la obra de Tracey Emin *Hate and Power Can Be a Terrible Thing*, conservada en la Tate Gallery de Londres.

[10] Los versos mencionados en la película *Hannah y sus hermanas* están tomados del poema «Nadie, ni siquiera la lluvia» de E. E. Cummings.

[11] La carta retoma algunos de los conceptos expresados en el documento de C. R. Cole «Volatility of an Impossible Object: Risk, Fear, and Safety in Games of Perception», en *Third Quarter 2012 Letter to Investors for the Artemis Vega Fund LP*, 30 de septiembre de 2012.

[12] La cita relativa a los ratones está tomada de Banksy, *Wall and Piece*, Londres, Century, 2006.

[13] Los versos son de Philip Larkin, *High Windows*, Londres, Faber & Faber, 1974. [Traducción española de Marcelo Cohen: *Ventanas altas*, en *Poesía reunida*, Barcelona, Lumen, 2014.]

[14] La cita procede de John Maynard Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money*, Londres, Palgrave Macmillan, 1936. [Traducción española de Eduardo Hornedo: *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.]

[15] Los versos son una parodia de la primera estrofa del poema «Trece formas de mirar un mirlo», de Wallace Stevens («Entre veinte montañas nevadas, / solo se movía / el ojo de un mirlo»). [Véase Wallace Stevens, *Poesía reunida*, traducción española de Andrés Sánchez Robayna, Daniel Aguirre y Andreu Jaume, Barcelona, Lumen, 2018.]

**¿Qué tienen hoy en común nuestras relaciones amorosas y nuestra voracidad económica?
«Un estilo nuevo, un condensado en femenino de Kundera y Houellebecq.» *La Stampa***



Hace años que Giulia trabaja en la *city* de Londres, y allí las relaciones humanas se rigen por las mismas reglas que las finanzas: frialdad, pragmatismo y eficiencia. Así le sucede a Giulia con Michele, un hombre casado con quien tuvo una obsesiva aventura en su época de estudiante. Esta obsesión ella misma era capaz de observarla con una impasibilidad clínica y volverá a hacerlo cuando el mismo hombre reaparezca inesperadamente. Con él vuelve aquel enigma que dominó su aventura y que también domina nuestra época: ¿es posible que coexistan la inestabilidad y la eficiencia? ¿Puede alguien esperar que de ello brote algo que funcione? Este libro es un análisis preciso y contenido de este enigma contemporáneo; a fin de cuentas, hace falta precisión para contener una explosión.

La crítica ha dicho...

«Un estilo nuevo, un condensado en femenino de Kundera y Houellebecq por la intensidad al describir el placer y el gusto por la digresión.»

La Stampa

«En esta novela hay una «coherencia interna», una necesidad de hacer lo más honesto incluso si se trata de una transgresión. La búsqueda de algo que no nos deje como antes. [...] La vida es volátil como una acción en el mercado de valores. Y es mejor así.»

Corriere della Sera

«Nos guste o no, amar es un peligro, y es en este lugar donde me hallo al leer este libro. [...] En buena parte de la literatura la narración del amor tiene como trasfondo un escenario amenazante. En este caso, la jungla es una división comercial.»

La Repubblica

«Una novela excelente, estilísticamente perfecta [...]. Posee la capacidad de atravesar la ambigüedad de las relaciones humanas, la viscosidad de ciertos entornos sociales, y devolver al lector destellos de algo de verdad acerca nuestra presencia en el mundo. [...] Aquí no hay perdedores o ganadores, solo experiencias. Efectivamente: esta novela está hecha con experiencias, para atravesarlas con los sentidos, abrir el alma y dejarnos ir con lo que de nosotros hay en estos personajes.»

Marina Bisogno, *L'Indipendente*

«Una historia en la que se entrecruzan emociones y especulaciones, pasiones y mercados, mundos que solo en apariencia son diferentes y que resuenan con la misma potencia.»

Marie Claire

Sobre Letizia Pezzali

Letizia Pezzali nació en Pavía, Italia, en 1979. Trabajó durante varios años en el sector financiero en Londres y ahora vive junto a su familia en Luxemburgo. Su novela de debut, *L'età lirica*, fue finalista del Premio Calvino. *Lealtà* es su primer libro en traducirse al castellano.

Título original: *Lealtà*

Edición en formato digital: enero de 2020

© 2018, Giulio Einaudi editore s.p.a., Torino
© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2020, Carlos Gumpert, por la traducción

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Adaptación del proyecto gráfico de Riccardo Falcinelli: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: © Nick Veasey/Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-204-3556-5

Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[Lealtad](#)

[Cita](#)

[1. La educación de los animales](#)

[2. Canary Wharf](#)

[3. Oscuridad, irracionalidad, euforia](#)

[4. ¿Es bonito casarse en otoño?](#)

[5. La materia de la que están hechos los mercados](#)

[6. El paseo del río y cuadros con amapolas](#)

[7. Es el amor](#)

[8. ¿Qué se dice de verdad en Italia?](#)

[9. El poder del agrado](#)

[10. La vida pasa y yo no bailo](#)

[11. Un caso extremo de persistencia de la memoria](#)

[12. La gente de Smiley](#)

[13. La familiaridad del amor romántico](#)

[14. Un gnomo de jardín en forma de Marx](#)

[15. Manos tan pequeñas](#)

[16. Super Saturday](#)

[17. Un desierto es una obsesión](#)

[18. La época de los relatos](#)

[19. El juego de la oca de la desesperación](#)

[20. Vejaciones](#)

[21. El amor es una debilidad nerviosa](#)

[22. La eminencia gris](#)

[23. Una cristalización](#)

[Notas al texto](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Letizia Pezzali](#)

[Créditos](#)